

Todas las posibilidades

3º Los MacGregor

Nora Roberts

Shelby sabía que Washington era una ciudad de contrastes, y era por eso por lo que le gustaba tanto. En ella podía encontrar desde elegancia y sabor histórico, si era eso lo que buscaba, hasta clubes nocturnos de oscura fama y todo tipo de ambientes. El Capitolio era, desde luego, su corazón, dado que se trataba de la capital política y administrativa del país. Washington hervía de actividad, pero no con el bullicio despreocupado de Nueva York, sino con una especie de precavido y temeroso frenesí. En aquella gran urbe nada era seguro, y esa era precisamente otra de las cosas que le gustaban a Shelby; la seguridad significaba, en su opinión, complacencia, y la complacencia significaba aburrimiento. Y su primera regla en la vida era no aburrirse nunca.

Georgetown le convenía debido a su alejamiento del centro de la ciudad. Poseía la energía de la juventud: la universidad, las boutiques, los cafés, los bares que hacían descuento los miércoles por la noche... Pero al mismo tiempo ostentaba la dignidad de su edad, con sus venerables edificios de ladrillo rojo y ventanas pintadas de blanco. Shelby se sentía muy cómoda allí. Su tienda daba a una de sus clásicas calles estrechas de pavimento adoquinado, con una vivienda situada en el piso superior; tenía incluso un balcón, donde podía sentarse a tomar el fresco en las noches de verano.

A Shelby Campbell la encantaba estar y hablar con la gente. Le gustaba tanto conversar con desconocidos como con viejos amigos, y prefería el bullicio al silencio. Aun así, prefería vivir sola, ya que sus compañeros de piso no pertenecían en realidad a la especie humana: Nelson, su gato tuerto, y Tía Emma, una lora que se empeñaba en no hablar. Los tres convivían en un ambiente de relativa paz en medio del terrible caos que Shelby denominaba «su hogar».

Trabajaba de ceramista y vendía su propia producción. Su pequeña tienda, a la que había bautizado con el nombre de «Calliope», se había convertido en un gran éxito durante los tres años que llevaba funcionando. Había descubierto que le gustaba tanto departir con sus clientes como sentarse ante el como con una masa de barro para dejar volar la imaginación. El papeleo era, por el contrario, una constante fuente de molestias, aunque para el carácter optimista de Shelby incluso las molestias daban su sabor a la vida. En cualquier caso, para estupor de su familia y asombro de muchos de sus amigos, había fundado un negocio y había tenido éxito.

A las seis cerraba la tienda. Desde el principio Shelby había tomado la decisión de no trabajar más tarde de esa hora; aquella noche, sin embargo, tenía una obligación impostergable. Después de apagar las luces, subió al piso superior. El gato, que hasta entonces había estado cómodamente encaramado en el alféizar de la ventana, se desperezó para acercarse hacia ella: la vuelta de Shelby siempre indicaba que la cena estaba próxima. La lora, a su vez, agitó las alas a modo de saludo.

-¿Cómo va todo? -inquirió mientras rascaba a Nelson detrás de las orejas, allí donde más le gustaba-. Sí, ahora mismo te doy de comer.

Emitió una exclamación de disgusto al entrar en la cocina para dar de comer al gato. Le había prometido a su madre que asistiría a la fiesta que había convocado el congresista Write en su casa, y no podía fallar. Probablemente Deborah Campbell era la única persona a la que Shelby jamás podría negarle nada.

Shelby estaba muy encariñada con su madre. A veces la gente incluso las tomaba por hermanas, a pesar de sus veinticinco años de diferencia. Las dos tenían el mismo color de pelo, de un tono rojo brillante, aunque Deborah lo llevaba corto y liso mientras que su hija prefería llevarlo largo y conservar

su rizado natural. Shelby había heredado de su madre su esbelta figura y sus grandes ojos color gris humo. Tenía una cara muy fina, con los pómulos acentuados, lo que le daba cierto aspecto desvalido, como la pequeña vendedora de flores del cuento de Dickens.

Pero si de su madre había heredado sus rasgos físicos, su personalidad era una creación propia. No necesitaba proponerse ser audaz o extravagante: simplemente lo era. Había nacido y se había criado en Washington, así que los acontecimientos políticos habían marcado su infancia: las ausencias de su padre durante unas cuantas semanas al año en época electoral, los actos sociales en el mundo de la alta política... todo eso había formado parte de su pasado. Los niños del senador Campbell habían jugado un papel muy importante en la imagen de su padre. Una imagen que se había esforzado por vender para llegar incluso a la Casa Blanca, y que en gran medida había correspondido exactamente con la realidad. Su padre había sido un hombre bondadoso, trabajador, cariñoso. Lo cual no le había librado de perecer asesinado a manos de un loco, quince años atrás.

Fue en aquel entonces cuando Shelby se convenció de que había sido la política lo que realmente mató a su padre. Con apenas once años había comprendido que la muerte le llegaba a todo el mundo, pero a Robert Campbell le había llegado demasiado pronto. Y si a él, al que siempre había creído invulnerable, le había tocado, lo mismo podría ocurrirle a cualquiera y en cualquier momento. Con todo el fervor de la adolescencia Shelby había decidido disfrutar de cada instante de su vida y aprovecharlo al máximo, y desde entonces nada la había hecho cambiar de opinión. Así que, por enésima vez, se dispuso a aplicar ese principio suyo a lo que tenía que hacer esa noche: asistiría a la fiesta que el congresista Write había convocado en su mansión del otro lado del río, y encontraría allí algo que la divirtiera o interesara. Ni por un solo instante dudó de que tuviera éxito.

Shelby llegó tarde, aunque eso no era ninguna novedad. No se debía a falta de responsabilidad, o a que necesitara llamar la atención. No; siempre llegaba tarde porque nunca terminaba de hacer algo con la rapidez con que preveía que iba a hacerlo. En cualquier caso, y afortunadamente para ella, la mansión estaba tan llena de gente que su tardía llegada pasó desapercibida.

La sala era tan ancha como el apartamento de Shelby y dos veces más larga. Estaba decorada en tonos grises y cremas, con excelentes óleos de paisajes franceses colgados en las paredes. A Shelby no le disgustó el ambiente, aunque nunca podría haber vivido en un lugar semejante. Lo que sí que le gustaba era su olor: a tabaco, a colonias y perfumes mezclados. Era el aroma de la gente y de las fiestas. Las conversaciones eran las típicas de la mayor parte de las fiestas de esas características: ropa, campeonatos de golf, otros actos sociales... pero con ellas se entremezclaban murmullos sobre los índices macroeconómicos, la actual política exterior de los Estados Unidos o la última entrevista concedida por el Secretario del Tesoro a la prensa...

Shelby conocía a la mayor parte de los presentes. Y consiguió no verse acorralada por ninguno de ellos a fuerza de sonrisas y rápidos saludos, mientras se abría paso hábilmente hacia el buffet. La comida era una de las cosas que se tomaba con más seriedad. Después de comerse varios canapés fue cuando decidió que la velada no iba a resultar tan terrible, después de todo.

-Caramba, Shelby, ni siquiera sabía que estabas aquí. Me alegro mucho de verte -Carol Write, destilando elegancia con su vestido de lino malva, se había deslizado rápidamente entre la multitud sin derramar una sola gota de jerez.

-He llegado tarde -explicó Shelby, disculpándose-. Tiene usted una casa preciosa, señora Write.

-Gracias, Shelby. Me encantaría enseñártela más tarde, si es que puedo escabullirme un rato. ¿Qué tal te van las cosas en la tienda?

-Estupendamente. Espero que el congresista Write se encuentre bien.

-Oh, sí. Seguro que querrá verte. Le encantó aquella urna que le hiciste para su despacho. No deja de decirme que es el mejor regalo de cumpleaños que le he hecho en su vida. Bueno, ahora vas a tener que mezclarte con los demás -la tomó suavemente de un codo-. No sé de nadie mejor que tú para las relaciones públicas. Evidentemente conoces ya a la mayoría de la gente pero... ah, ahí está Deborah. Te dejo con ella.

Aliviada, Shelby volvió al buffet.

-Hola, mamá.

-Estaba empezando a pensar que te habías echado atrás -Deborah miró detenidamente a su hija, maravillada de lo bien que le sentaba la falda multicolor y la blusa de estilo campesino. Con aquella ropa estaba tan elegante como la dama mejor ataviada de la fiesta.

-Te lo prometí, ¿no? -repuso, y desvió la mirada hacia la mesa del buffet-. La comida es mejor de lo que había esperado.

-Shelby, por favor, olvídate de tu estómago -se dispuso a abrazarla, cariñosa-. No sé si lo has notado, pero por aquí hay jóvenes muy atractivos.

-¿Todavía no has renunciado a casarme? -inquirió mientras la besaba en las mejillas-. Ya casi te había perdonado por lo de ese pediatra con quien intentaste liarme.

-Era un joven muy agradable.

-Mmmm -Shelby decidió no comentarle que aquel joven tan «agradable» parecía tener seis pares de manos.

-Yo lo único que quería era que fueses feliz...

-¿Eres tú feliz? -le espetó con un brillo malicioso en los ojos.

-Sí -respondió Deborah, sorprendida-. Claro que lo soy.

-¿Cuándo vas a casarte?

-Yo ya he estado casada -le recordó con un leve tono de disgusto-. Y he tenido dos hijos...

-Que te adoran -la interrumpió Shelby-. Y yo tengo dos entradas para la actuación de ballet del Centro Kennedy de la semana que viene. ¿Querrás acompañarme?

El leve ceño de disgusto se borró repentinamente del rostro de Deborah. No pudo evitar preguntarse cuántas mujeres tendrían una hija capaz de exasperarla y encandilarla al mismo tiempo.

-Una manera muy inteligente de cambiar de tema. Me encantaría.

-¿Podríamos cenar primero? -le preguntó Shelby a su madre antes de volverse sonriente hacia un joven recién llegado-. Hola, Steve -y añadió, palpando sus musculosos brazo-: Has estado haciendo ejercicio, ¿eh?

Deborah observó cómo su hija derrochaba encanto con el ayudante del Secretario de Prensa, antes de acercarse a saludar a otro conocido. A la hora de charlar y moverse entre la gente, nadie disfrutaba tanto como Shelby. Pero entonces, ¿por qué evitaba con tanto empeño los compromisos emocionales? Si

solo hubiera evitado el matrimonio, Deborah lo habría aceptado y comprendido, pero sospechaba que se trataba de algo más. Algo más profundo.

Durante los últimos quince años había sido testigo de los esfuerzos de su hija por ahorrarse cualquier dolor emocional. Y sin dolor, no podía haber plena satisfacción. Aun así... suspiró al ver a Shelby reír desenfadada en medio del grupo que había creado en su torno. Aun así Shelby era tan vital, tan radiante... Quizá se estuviera preocupando innecesariamente. La felicidad era algo muy personal.

Alan observaba a aquella mujer cuya melena parecía una llamarada y que vestía como una princesa gitana. Podía escuchar su risa flotando en la sala, sensual a la vez que inocente. Sí, tenía un rostro interesante, de una belleza muy especial. Se preguntó qué edad tendría. ¿Dieciocho años? ¿Treinta? Desentonaba con el ambiente de aquella fiesta. Su vestido no procedía de las selectas tiendas que frecuentaba la clase política de Washington, y su peinado tampoco había sido elaborado por un sofisticado esteticista. Y sin embargo, encajaba. A pesar de su aire de Nueva York o Los Ángeles, aquella mujer encajaba allí. ¿Quién...?

-Vaya, senador... -el congresista Write le dio a Alan una cariñosa palmada en la espalda-, me alegro de verte fuera de la arena política. Me temo que nunca conseguimos alejarte de ella durante demasiado tiempo.

-Un whisky escocés estupendo, Charlie -comentó, alzando su copa a modo de brindis-. Veo que no se te escapa ningún detalle -sabía que Write había elegido bien el tipo de whisky, ya que estaba al tanto de sus antecedentes escoceses.

-Por desgracia no solo basta con eso. Te quemas mucho las cejas, Alan.

Alan sonrió. En Washington no se movía nadie sin que todo el mundo se enterara.

-Parece que hay muchas cosas por quemarse en este momento.

Asintiendo con la cabeza, Write tomó un sorbo de whisky.

-Me gustaría conocer tu opinión sobre la ley Breiderman que saldrá a trámite la semana que viene.

Alan lo miró con expresión tranquila, consciente de que Write era uno de los más firmes defensores de aquella ley.

-Estoy en contra -declaró francamente-. No podemos consentir más recortes en los presupuestos de educación.

-Bueno, Alan, tú y yo sabemos que las cosas no son ni blancas ni negras.

-Pero a veces las zonas grises son demasiado extensas..., y entonces lo mejor es volver a lo evidente, a lo básico -no tenía ganas de discutir de política. Y Alan McGregor era un político lo suficientemente hábil para eludir las preguntas que no le convenía responder-. ¿Sabes? Creía que conocía a todo el mundo aquí -recorrió la sala con la mirada-. Pero aquella mujer que parece una mezcla de la gitana Esmeralda y Heidi... ¿quién es?

Intrigado por su descripción, Write siguió la dirección de su mirada.

-¡Oh, no me digas que no conoces a Shelby! -exclamó, sonriendo-. ¿Quieres que te la presente?

-Creo que me presentaré yo mismo -murmuró Alan-. Gracias.

Y se alejó hacia su objetivo, deslizándose entre los grupos de gente y deteniéndose cuando se veía obligado a hacerlo. Como Shelby, estaba hecho para las multitudes. Apretones de mano, sonrisas, la palabra adecuada en el momento adecuado, una buena memoria para las caras. Algo imprescindible para un hombre cuya profesión dependía del capricho de la gente tanto como de su propio talento. Y talento no le faltaba.

Alan conocía muy bien las leyes. Estaba familiarizado con todos sus matices y ángulos, aunque al contrario que su hermano Caine, también abogado, se había visto más atraído por la práctica de la política que por la aplicación del derecho a los casos individuales. Era la visión de conjunto lo que lo fascinaba. La política había cautivado su imaginación en la universidad y todavía seguía haciéndolo, a sus treinta y cinco años. Después de haber ganado un acta de congresista en la anterior legislatura, y actualmente con otra de senador, disfrutaba explorando sus infinitas posibilidades.

-¿Estás solo, Alan? -le preguntó en cierto momento Myra Ditmeyer, esposa de un juez del Tribunal Supremo.

Sonriendo, Alan besó en las mejillas a aquella entrañable amiga suya.

-¿Es una oferta?

-¡Oh, qué diablillo eres! -se echó a reír-. Veinte años, rompecorazones escocés. Con veinte años menos, ya verías tú de lo que soy capaz... -lo miró sonriente-. ¿Cómo es que no te veo esta noche del brazo de una de esas modelos a las que eres tan aficionado?

-Esperaba convencerte de que pasáramos este fin de semana en Puerto Vallarta.

En esa ocasión Myra le clavó un dedo en el pecho sin dejar de reír.

-Te complacería encantada si pensara que estás hablando en serio. Estás demasiado convencido de que no aceptaría -suspiró-. Y desgraciadamente es verdad. Tenemos que buscarte una mujer verdaderamente peligrosa, Alan McGregor. Un hombre de tu edad y todavía soltero... -chasqueó la lengua-. A los norteamericanos les gustan los presidentes felizmente casados, querido.

-Ahora estás hablando como mi padre -la sonrisa de Alan se amplió.

-Ese viejo pirata... -resopló Myra, pero un brillo de diversión asomó a sus ojos-. Aun así, deberías seguir mi consejo. Para tener éxito en política hay que estar casado.

-¿Debería entonces casarme por el bien de mi carrera?

-No intentes pasarte de listo conmigo -replicó Myra, advirtiéndole que desviaba la mirada al escuchar una risa deliciosamente cantarina... y muy familiar: la de Shelby Campbell. Aquello se estaba poniendo interesante-. La semana que viene pienso dar una fiesta en casa -le informó, tomando de repente la decisión-. Solo para unos cuantos amigos. Mi secretaria te llamará a la oficina para darte los detalles -y después de darle una cariñosa palmadita en la mejilla, se alejó hacia un lugar estratégico desde donde poder observar la escena.

Al ver que Shelby se separaba del grupo con el que había estado hablando, Alan se encaminó hacia allí. Conforme se acercaba, lo primero que percibió fue su aroma. Era más un aura que un perfume: absolutamente inolvidable. Shelby se había inclinado frente a una vitrina, con la nariz casi pegada al cristal.

-Porcelana china del siglo dieciocho -musitó, percibiendo que alguien se le había acercado por detrás. Espectacular, ¿verdad?

Alan observó la cerámica que tanto parecía fascinarla, antes de concentrar la mirada en su maravillosa melena rojiza.

-Ciertamente llama la atención.

Shelby miró por encima del hombro y sonrió. Era una sonrisa tan tentadora e inolvidable como su aroma.

-Hola.

-Hola -Alan estrechó la mano que le tendía... una mano fuerte, que contrastaba con su aspecto. La ayudó a levantarse.

-Me había distraído de mi objetivo. ¿Querrías hacerme un favor?

Alan alzó las cejas. Tenía una curiosa manera de hablar, mezcla de educación universitaria y habla coloquial de la calle.

-¿De qué se trata?

-Simplemente de que te quedes donde estás -con un rápido movimiento, Shelby se acercó un instante a la mesa del buffet y empezó a servirse un plato-. Cada vez que me pongo a hacer esto, viene alguien y me interrumpe. No me dio tiempo a cenar antes de venir. Ya está -satisfecha, volvió a reunirse con Alan y lo tomó del brazo-. Salgamos a la terraza.

Soplaba una ligera brisa perfumada con un aroma a lilas. La luz de la luna iluminaba el césped recién cortado. Desde donde estaban, podía verse un gran sauce con sus ramas derramándose sobre el suelo de piedra. Con un suspiro de puro goce sensual, Shelby se llevó una gamba del plato a la boca. Poco después, con la mirada fija en la comida, murmuró extrañada:

-No sé lo que es esto. Pruébalo tú y dímelo -recogió con un dedo un poco de comida y se lo acercó a los labios.

Intrigado, Alan no vaciló en probarlo.

-Paté de castañas.

-Mmmm. Es verdad. Me llamo Shelby -se presentó mientras dejaba el plato sobre una mesa de cristal y tomaba asiento.

-Yo soy Alan -una sonrisa bailó en sus labios cuando se sentó a su lado. Una vez más se preguntó de dónde habría salido aquella deliciosa criatura, y decidió que le encantaría dedicar todo el tiempo posible a averiguarlo-. ¿Vas a compartir ese plato conmigo?

Shelby lo observó mientras reflexionaba sobre su respuesta. Ya antes se había fijado en él, quizá por su elevada estatura y por su figura atlética, algo que no se veía con frecuencia en las fiestas de esa clase. Se veían cuerpos bien cuidados a base de dietas y ejercicio, pero el de aquel hombre era casi como el de un nadador profesional, esbelto y poderoso. Su cabello negro y sus ojos oscuros le recordaban a un personaje de las novelas de Emily Bronte; Heathcliff o Rochester, no estaba segura.

-Claro. Te lo has ganado. ¿Qué estás bebiendo?

-Whisky, claro está.

-Sabía que podría confiar en ti -Shelby tomó su vaso y le dio un sorbo; por encima del borde sus ojos parecían sonreírle, mientras la brisa jugueteaba con su cabello. Por un instante pareció un elfo a punto de desvanecerse.

-¿Qué estás haciendo aquí? -le preguntó Alan.

-Presión maternal -respondió-. ¿La has experimentado alguna vez?

-Bueno -sonrió-. Lo mío es más bien presión paternal.

-No creo que haya mucha diferencia -repuso Shelby, con la boca llena-. ¿Vives en Alexandria?

-No, en Georgetown.

-¿De verdad? ¿Dónde?

La luz de la luna se reflejaba en sus ojos, revelando el tono más puro de gris que Alan había visto en su vida.

-En P Street.

-Es curioso que nunca nos hayamos encontrado. Mi tienda está muy cerca de allí.

-¿Tienes una tienda?

-Soy ceramista.

-Ceramista -en un impulso, Alan le tomó una mano y le volvió la palma para examínarsela. Era una mano pequeña y fina, de dedos largos y uñas cortas y sin pintar-. ¿Eres buena?

-Soy magnífica -por primera vez desde que podía recordarlo, Shelby tuvo que dominar el impulso de romper aquel contacto-. Tú no eres de Washington. ¿Nueva Inglaterra?

-Massachusetts. Te felicito por tu capacidad para reconocer un acento -percibiendo una leve resistencia, Alan le retuvo la mano mientras picaba un poco de comida del plato.

-Ah, la huella de Harvard permanece -pronunció ella con cierto desdén en la voz-. No, médico no especuló mientras entrelazaba los dedos con los suyos. Aquel contacto se estaba tornando cada vez más agradable-. No tienes las palmas de las manos tan finas como las de un médico. ¿Artes, Letras?

-Derecho -pronunció Alan. En seguida detectó una ligera sorpresa en sus ojos-. ¿Decepcionada?

-Sorprendida. Aunque supongo que la culpa es de mis prejuicios sobre los abogados. El mío, tiene papada y lleva gafas de carey. ¿No crees que el derecho sea una materia que va asociada con cosas muy... ordinarias?

-¿Tales como el homicidio? ¿O los delitos que implican violencia?

-Eso no es algo ordinario, afortunadamente -explicó Shelby mientras tomaba otro sorbo de whisky-. Supongo que me refería, a los interminables trámites de la burocracia. ¿Tienes idea de todos los impresos que tengo que rellenar para vender mis piezas? Luego alguien tiene que leer todos esos impresos, otra persona tiene que rellenarlos, y otra más enviarlos en el momento adecuado. ¿No sería más sencillo que me dejaran vender mi pieza y ganarme la vida en paz?

-Es difícil cuando manejas millones -repuso Alan mientras seguía acariciándole la mano, jugando con el anillo de su dedo-. Sin ese papeleo no todo el mundo aceptaría llevar un equilibrado balance de cuentas, nadie pagaría impuestos y el pequeño comerciante no gozaría de mayor protección que el consumidor.

-Resulta difícil de creer que rellenando mi número de la seguridad social por triplicado se consiga todo eso -su contacto ya la estaba distrayendo demasiado, pero cuando lo vio sonreír, Shelby decidió que aquel era el hombre más irresistible que había conocido jamás.

-La burocracia siempre ha sido algo necesario -por un instante, Alan se preguntó qué diablos estaba haciendo allí manteniendo aquella conversación con una mujer que parecía como salida de un cuento de hadas, y que olía tan maravillosamente bien.

-Lo mejor que tienen las reglas es la infinita variedad de formas que existen de romperlas -rió Shelby.

De repente llegó hasta ellos, a través de una ventana abierta, una voz enérgica y autoritaria:

-Puede que Nadonley haya puesto a prueba las relaciones entre Estados Unidos e Israel, pero con su actual política no se está ganando muchos amigos.

-Y su imagen anticuada y de tan poco gusto no le favorece nada.

-Típico -murmuró Shelby, frunciendo el ceño-. La ropa y la imagen exterior tienen en política tanto peso como las ideas... probablemente incluso más. Si llevas traje oscuro y camisa blanca eres un conservador. Y el suéter de cachemir y los mocasines definen al liberal.

Alan ya había oído ese tipo de comentarios sobre su profesión y siempre los había ignorado. Pero en esa ocasión no pudo evitar sentirse molesto.

-Tienes una ligera tendencia a simplificar demasiado las cosas, ¿no te parece?

-Solo con aquello que me agota la paciencia -reconoció, despreocupada-. La política siempre ha sido un engorroso subproducto de la sociedad ya desde que Moisés discutía con el faraón.

Alan sonrió de nuevo. Pero Shelby no lo conocía lo suficiente como para darse cuenta de que, en realidad, era una sonrisa de desafío.

-Así que desprecias a los políticos.

-Es una de las pocas generalizaciones que suelo hacer. Siempre he encontrado particularmente terrible que un puñado de hombres puedan tener el mundo en sus manos. De modo que... -encogiéndose de hombros, hizo a un lado su plato-... he adquirido la costumbre de fingir que realmente puedo ejercer un control sobre mi propio destino -se inclinó hacia él, admirando sus rasgos iluminados por la luna, y se vio asaltada por la tentación de dibujar con un dedo sus contornos-. ¿Quieres que volvamos?

-No -Alan dejó que su pulgar trazara lentos círculos sobre su muñeca. Podía sentir la rápida aceleración de su pulso-. La verdad es que no había tomado conciencia de lo mucho que me estaba aburriendo hasta que salí a la terraza contigo.

-Ese es el mejor de los cumplidos -sonrió Shelby con expresión radiante-. Tu familia no es irlandesa, ¿verdad?

Alan negó con la cabeza, sin poder evitar preguntarse a qué sabrían aquellos pequeños labios de aspecto tan delicioso.

-Escocesa.

-Dios mío, la mía también -un estremecimiento le recorrió la piel-. Estoy empezando a creer en el destino. Y ese es un concepto con el que nunca me había sentido cómoda.

-¿Tienes acaso miedo de no poder controlar tu propio destino? -cediendo a un extraño impulso, se llevó su mano a los labios.

-Prefiero sentarme a observar, adoptar una actitud pasiva. Es el sentido práctico de los Campbell.

En esa ocasión fue Alan quien se echó a reír, divertido.

-Por las viejas rencillas -pronunció, alzando el vaso para brindar-. Indudablemente nuestros antepasados debieron de destrozarse unos a otros en medio del atronador sonido de las gaitas. Yo soy del clan McGregor.

-Mi abuelo -sonrió Shelby- me habría puesto a pan y agua de haberme visto hablando contigo. Un maldito y condenado MacGregor... -pero, a continuación, añadió en voz baja y seria-. Alan MacGregor... senador por Massachusetts.

-Culpable.

-Una pena -sonrió mientras se levantaba.

Pero Alan no renunció a soltarle la mano, y se levantó también.

-¿A qué viene esto? -le preguntó.

-Sí, desde luego que me habría granjeado la furia de mi abuelo. Yo no salgo con políticos.

-¿De verdad? -Alan bajó la mirada hasta sus labios-. ¿Es esa una de las reglas de Shelby?

-Sí. Una de las pocas que tiene.

Su boca era maravillosamente tentadora, pero la diversión que podía leer en sus ojos era todo un desafío. En lugar de retroceder, se llevó su mano a los labios y le besó la muñeca, sin dejar de mirarla.

-Lo mejor de las reglas -pronunció, repitiendo la frase que ella misma había formulado antes- es la infinita variedad de formas que hay de romperlas.

-Me estás haciendo probar mi propia medicina -murmuró Shelby mientras retiraba la mano. Aquello era ridículo. Era ridículo sentirse tan conmovida por un gesto de una galantería tan anticuada. Pero había una expresión en aquellos ojos castaños que le decía que lo había hecho tanto por complacerla a ella como a sí mismo.-. Bueno, senador -añadió, con voz ya más firme-. Ha estado bien. Tengo que volver dentro.

Alan la dejó llegar casi hasta la puerta antes de volver a hablar.

-Hasta la próxima, Shelby.

-Es una posibilidad -se detuvo para mirarlo por encima del hombro.

-Una certeza -la corrigió él.

Shelby entrecerró los ojos. Alan permanecía de pie al lado de la mesa de cristal, con su silueta recortada por la luz de la luna: alto, sombrío, más atractivo que nunca. Su expresión era muy tranquila, pero aun así, Shelby tuvo la sensación de que, al menor gesto invitador suyo, sería capaz de abalanzarse sobre ella y estrecharla en sus brazos. Lo cual constituía un estímulo más para tentarlo. Y su sonrisa era especialmente irritante, sobre todo porque la hacía desear devolvérsela. Sin pronunciar una sola palabra más, abrió la puerta y regresó a la sala.

Con ese gesto, pensó, había puesto fin a todo aquello.

Desde el principio, Shelby había contratado a un ayudante para la tienda a tiempo parcial, con el fin de poder disfrutar de algún tiempo libre a la semana cuando lo necesitara o dedicar más tiempo a la elaboración de sus piezas. Fue así como conoció a Kyle, un poeta en apuros de horario flexible y un temperamento que se acoplaba muy bien al suyo. Trabajaba de manera fija los miércoles y sábados en la tienda, y ocasionalmente siempre que lo llamaba. A cambio, Shelby le pagaba bien y escuchaba y le hacía comentarios sobre sus poemas: lo primero nutría su cuerpo, y lo segundo su espíritu.

Aunque se reservaba muchos sábados para trabajar en el torno, Shelby se habría extrañado de que alguien la hubiera calificado de disciplinada. Seguía pensando que si trabajaba tanto era porque le deseaba, porque así lo había elegido, y no porque se dejara llevar por la rutina. Sin embargo, ni siquiera ella misma era consciente de lo mucho que aquellos sábados sentada frente al torno significaban para su vida. Su taller estaba situado en la trastienda. Dos de las paredes estaban cubiertas de sólidos estantes, con piezas que esperaban su turno para ser cocidas en el horno. Había filas y filas de cerámica esmaltada, de todos los colores, y diversos tipos de herramientas. Y dominando la pared del fondo había un gran horno, en aquel momento cerrado.

Como las ventanas estaban abiertas y el espacio no era grande, la alta temperatura del horno mantenía un agradable calor en el taller. Para trabajar en el torno Shelby se ponía camiseta y pantalones cortos, con un delantal para protegerse de las salpicaduras del barro. Había dos ventanas que daban a la calle. Siempre tenía encendida la radio. Cada día, con la melena recogida en una larga trenza, se sentaba ante el torno con una masa de arcilla entre las manos. Quizá fuera esa la parte de su trabajo que más le gustaba: tomar un pedazo de barro y modelarlo con su talento e imaginación. Tal vez acabara convertido en un cuenco o un jarrón, aplastado o esbelto, de superficie lisa o rugosa. O en una urna a la que aplicarle unas asas. Posibilidades. Eran las infinitas posibilidades lo que realmente fascinaba a Shelby. El esmalte y la pintura apelaban en cambio a otro aspecto de su naturaleza. Era un trabajo de precisión, tan creativo como difícil, que siempre constituía un verdadero desafío.

Con las manos desnudas podía amasar y modelar a voluntad un pedazo informe de barro. Shelby era consciente de que la gente hacía eso a menudo con las personas, y con los niños en particular. La idea no le gustaba y ella prefería proyectar esa necesidad de su espíritu en la arcilla. Prefería que la gente no fuera tan maleable: los moldes estaban hechos para la materia muerta. Cualquier persona que encajaba en un molde prefijado era como si hubiera dejado ya de vivir.

En aquel momento había terminado de amasar la arcilla. Estaba húmeda y fresca, y tenía la consistencia adecuada. El torno esperaba. Con ambas manos, apretó el barro mientras la rueda empezaba a girar. Y poco a poco empezó a sentir cómo iba cobrando forma bajo sus dedos.

Absorbida en su tarea, siguió trabajando. La radio sonaba en un rincón. El barro giraba sin cesar, cediendo a la presión de sus manos, rindiéndose a las implacables exigencias de su imaginación. Formó un anillo de gruesas paredes, presionando con un dedo en el centro, hasta conseguir crear, muy lentamente, un cilindro. Podía aplastarlo y convertirlo en un plato, o abrirlo en forma de cuenco: lo que quisiera. Era ella la que estaba al mando. Sus manos dominaban aquella arcilla con la misma seguridad con que su propia creatividad la dominaba a ella. Sentía la necesidad de modelar una forma rotunda y elegante. En el fondo de su mente descansaba una poderosa imagen de masculinidad... algo de líneas limpias y finas, de sutil elegancia. Empezó a abrir el barro con dedos seguros. Concibió hacer un vaso grande, de paredes gruesas, con la forma de una crátera griega pero sin asas. Minutos después el diseño ya no estaba solamente en su cabeza, sino que lo estaba creando.

Podía imaginárselo pintado con un esmalte verde jade con reflejos metálicos. Sin diseño de pintura ni adornos en los bordes: aquel vaso solo se definiría por su forma y por su poderosa solidez. Cuando terminó de modelarlo y detuvo la rueda, lo estudió con atención y ojo crítico antes de colocarlo en el estante de las piezas a secar. Al día siguiente volvería a colocarlo sobre la rueda pero para pulirlo con sus herramientas, eliminando las rebabas y defectos que pudiera tener. Sí, decidió: el esmalte que le aplicaría sería de color verde jade.

Con gesto ausente arqueó la espalda y flexionó los músculos. Tomaría un buen baño caliente antes de salir para reunirse con sus amigos en aquel bar que acababan de abrir en M Street. Con un suspiro de cansancio a la vez que de satisfacción, se volvió. Y entonces se quedó sin aliento.

-Estoy admirado -le comentó Alan MacGregor. ¿Ya sabías la forma que ibas a darle o se te ocurrió mientras lo modelabas?

Shelby estaba asombrada. Pero aun así no hizo lo que habría sido de esperar: preguntarle qué estaba haciendo allí, o cómo había conseguido entrar.

-Eso depende -pronunció, arqueando una ceja.

No estaba menos sorprendida de verlo vestido con sudadera y vaqueros. El hombre que había conocido la noche anterior le había parecido demasiado refinado y formal para llevar una ropa semejante. Sus deportivos eran caros, pero no nuevos. Evidentemente no era una persona que se preocupara demasiado por su riqueza, ni que hiciera ostentación de ella.

Alan permaneció inmutable durante su escrutinio. Hacía mucho tiempo que se había acostumbrado a estar permanentemente bajo la mirada del público. Pensó incluso que Shelby tenía perfecto derecho a mirarlo de esa manera, ya que durante la última media hora él no había hecho otra cosa que mirarla.

-Supongo que debería decir que estoy sorprendida de verlo aquí, senador MacGregor... -adoptó un burlón tono formal-... sobre todo porque lo estoy de verdad. Y porque imagino que esa era tu intención al venir.

Alan asintió con la cabeza, concediéndole tácitamente la razón.

-Trabajas duro -comentó, bajando la mirada a sus manos cubiertas de barro-. Siempre he pensado que los artistas deben de quemar tanta energía como los atletas. Me gusta tu tienda.

-Gracias -como sabía que el cumplido había sido sincero, Shelby sonrió a su pesar-. ¿Has venido a curiosear?

-En cierta forma, sí -Alan dominó el impulso de volver a admirar sus piernas. Eran mucho, mucho más largas de lo que había imaginado-. Parece que he llegado a tiempo de la hora de cierre. Tu ayudante me encargó que te dijera que ya ha cerrado la tienda.

-Oh -Shelby nunca llevaba reloj cuando trabajaba-. Bueno, uno de los beneficios de tener un negocio propio es que puedes abrirlo o cerrarlo cuando te apetezca. Si quieres, puedes salir y echar un vistazo por ahí mientras me lavo.

-La verdad es que... -extendió una mano para acariciarle la trenza-... había pensado que podríamos cenar juntos. No has comido.

-No, no he comido -respondió Shelby, aunque él no le había formulado ninguna pregunta-. Pero no voy a cenar con usted, senador -volvió a su burlón tono formal-. ¿Le interesa la cerámica? ¿Prefiere la de estilo oriental?

Alan se le acercó aún más.

-Podríamos comer aquí -le sugirió, acariciándole la nuca-. Me adapto a cualquier circunstancia.

-Alan -Shelby emitió un exagerado suspiro, en un intento de disimular la agitación que sentía-. Dada tu profesión, sabes muy bien lo que significa la política. La política exterior, presupuestaria, de defensa... -incapaz de resistirse, se despezó sensualmente bajo su caricia. La tensión anterior de sus músculos se había desvanecido por completo-. Y anoche ya te expliqué muy bien cuál era mi política.

-Bueno, entonces no debería haber ningún problema -Alan sabía que el tono brusco de su voz respondía a su necesidad de combatir la atracción y vulnerabilidad que sentía por dentro-. Supongo que me consideras lo suficientemente inteligente como para no tener que repetírmelo -casi inadvertidamente, fue acercándola más hacia sí-. Y es bastante habitual revisar todo tipo de políticas de cuando en cuando.

-Cuando lo haga con la mía, te lo haré...

Para detenerlo, le puso una mano en el pecho, y solo entonces recordaron los dos que la tenía manchada de barro. Se echaron a reír al ver la clara huella de su mano en la sudadera de Alan, justo en el centro.

-Esto -le dijo ella, señalando la mancha-, causaría furor como última moda. Deberíamos patentarlo rápido. ¿Tienes algún contacto?

-Unos pocos -Alan bajó la mirada a su camiseta, y nuevamente la miró a los ojos-. Pero requeriría un montón de papeleo.

-Tienes razón. Y dado que me niego a tramitar más papeles de los que estoy obligada a tramitar, mejor será que nos olvidemos de ello -volviéndose, empezó a lavarse las manos en la gran pila-. Vamos, quítatela -le ordenó mientras dejaba correr el agua-. Así te podré limpiar mejor el barro -sin esperar su respuesta, agarró una toalla y, mientras se secaba las manos, fue a revisar el horno.

Alan se preguntó, a causa de la facilidad con que le había dado aquella orden, si tendría-la costumbre de medio desnudar a los hombres en su tienda.

-¿Todas estas piezas las hiciste tú sola? -Alan examinó las estanterías mientras se despojaba de la camiseta-. ¿En este taller?

-Mmmm.

-¿Cómo se te ocurrió dedicarte a esto?

-Siempre me gustó modelar barro. Nunca tuve la misma sensación trabajando la madera o la piedra.

Se agachó para ajustar algo en el horno. Alan volvió la cabeza a tiempo de ver cómo la tela de sus vaqueros se tensaba tentadoramente sobre sus caderas, y se vio asaltado por una inesperada punzada de deseo en las entrañas.

-¿Cómo va tu sudadera?

Distraído, Alan desvió la mirada hacia la pila, donde su camiseta se estaba empapando bajo el grifo abierto. No pudo menos que sorprenderse de que se le hubiera acelerado tanto el corazón. Iba a tener que hacer algo al respecto. Tendría que reflexionar en serio sobre todo aquello., al día siguiente.

-Bien -Shelby recogió la camiseta para escurrir el agua-. Vas a dar un espectáculo muy interesante al volver a casa... desnudo de cintura para arriba.

Nada más lanzarle una mirada por encima del hombro, se distrajo de lo que estaba haciendo con el horno. Alan tenía una complexión lo suficientemente delgada como para que se le pudieran contar las costillas, pero la forma y anchura de sus hombros, que contrastaban con su estrecha cintura, hablaban de una gran fuerza y resistencia. Aquel cuerpo le hacía olvidar el de cualquier otro hombre que hubiera conocido.

Fue entonces cuando tomó conciencia de que había estado pensando precisamente en Alan cuando estuvo modelando aquel vaso. Se estremeció por un instante, deleitada por la dulce excitación que la asaltó de repente, pero luego luchó contra ella: tenía que dominarse como fuera.

-Tienes una excelente forma física -le comentó con tono ligero-. Creo que serías capaz de volver corriendo a P Street en solo tres minutos.

-Shelby, me parece a mí que ese comentario es muy poco... amistoso.

-Yo pensaba que era más bien grosero -lo corrigió, esforzándose por disimular una sonrisa-. Supongo que podría ser una buena chica y secarte la camiseta en la secadora.

-Fuiste tú quien me manchó de barro.

-Y tú quien se acercó a mí -le recordó mientras recogía su sudadera mojada-. De acuerdo, tú ganas. Vamos arriba con una mano se desató el delantal y lo tiró a un lado-. Después de todo esto, tienes derecho a tomarte algo en mi casa.

-Eres todo corazón -murmuró Alan mientras la seguía escaleras arriba, hasta la vivienda.

-La reputación de mi generosidad me precede -Shelby abrió la puerta-. Si quieres whisky escocés, allí lo tienes -le señaló el mueble bar del salón-. Y si lo que prefieres es café, puedes servírtelo tú mismo en la cocina -y dicho eso, desapareció con su sudadera en la habitación contigua.

Alan miró a su alrededor. El interés que desde el principio había sentido por aquella mujer acababa de acrecentarse al ver su casa. Era un maremágnum de colores que, pese a su variedad, combinaban bien: verdes brillantes, azules luminosos, y la ocasional pincelada de un violeta. Un ambiente bohemio. O exuberante, más bien. Cualquier calificativo podría encajar, tal y como le sucedía a la propia Shelby.

Había una multitud de cojines de rayas en el largo sofá sin brazos. Una enorme urna de cerámica, esmaltada de azul, sostenía una preciosa planta de helecho. La alfombra era un estallido de colores tejidos sobre el suelo de madera desnuda. Un tapiz ocupaba por entero una de las paredes del salón, con un diseño de líneas geométricas que le sugirió a Alan la idea de un incendio en el bosque. Al otro lado, descansaba en el suelo un hipopótamo de barro de casi un metro de largo. No era una habitación para la reflexión serena, para pasar en ella interminables tardes lánguidas. Era para la acción y la energía.

Alan se volvió en la dirección que Shelby le había indicado, y fue entonces cuando se detuvo en seco al ver al gato. Nelson yacía en el brazo del sillón, observándolo recelosamente con su único ojo. Como el gato no se movía ni un centímetro, por un instante Alan llegó a pensar que era una estatua como la del hipopótamo. El parche que llevaba en el ojo debería haber parecido ridículo, pero como los colores de la habitación, no desentonaba en aquel ambiente.

Encima del gato colgaba del techo una jaula octogonal. Como su compañero, el loro observaba a Alan con una mezcla de sospecha y curiosidad. Sacudiendo la cabeza, se acercó a ellos.

-Bueno, esto no debería tardar más de diez o quince minutos en secarse del todo -anunció Shelby cuando regresó al salón-. Veo que ya has conocido a mis compañeros de casa.

-¿Por qué el parche?

-Nelson perdió su ojo en el mar. No le gusta hablar de ello -bromeó-. No huelo a café... ¿prefieres whisky?

-Sí, por favor. ¿El loro habla?

-Lora. En dos años no ha dicho una sola palabra -Shelby sirvió dos copas-. Fue entonces cuando Nelson se vino a vivir con nosotras. Tía Em es bastante rencorosa, y sabe defenderse. Solo una vez se atrevió Nelson a atacar su jaula.

-¿Tía Em?

-Acuérdate del dicho: «como en casa, en ningún sitio». El nombre me sonaba a hogareño, así que no vacilé en ponérselo. Aquí tienes -le tendió su copa.

-Gracias. ¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

-Mmmm. Cerca de tres años -Shelby se dejó caer en el sofá, encogió las piernas y se sentó, a lo indio. Sobre la mesa del café, frente a ella, había un par de tijeras, un ejemplar del Washington Post, un solitario pendiente de brillantes, un montón de correspondencia por abrir y un viejo volumen de Macbeth.

-Anoche no se me ocurrió, pero... ¿Robert Campbell era tu padre? -le preguntó, sentándose junto a ella.

-Sí. ¿Lo conocías?

-Personalmente no. Todavía estaba en la universidad cuando lo asesinaron. A tu madre sí que la conozco, claro. Es una mujer encantadora.

-Sí que lo es -tomó un sorbo de whisky-. A menudo me he preguntado por qué nunca se ha dejado abatir. Siempre ha amado la vida por encima de todo.

Alan no pudo dejar de advertir en su voz un leve matiz de resentimiento. Eso era algo que exploraría más tarde, decidió.

-Tienes un hermano, ¿verdad?

-Grant -bajó la mirada al periódico que estaba sobre la mesa-. Pasa la mayor parte del año fuera de Washington; prefiere la relativa paz de Maine -una expresión divertida atravesó fugazmente su rostro..., intrigando sobremanera a Alan-. En cualquier caso, parece que ninguno de los dos hemos heredado el síndrome del servidor público.

-¿Es así como lo llamas? -Alan se removió en su asiento. El cojín sobre el que apoyaba la espalda era muy fino, satinado. Imaginó que el contacto de su piel desnuda contra la suya sería semejante...

-Sí. La dedicación a las masas, el fetichismo del papeleo y la burocracia. El gusto por el poder.

Allí estaba otra vez, pensó Alan. Aquella ligera arrogancia teñida de desdén.

-¿Tú no tienes gusto por el poder?

-Solo por el poder sobre mi propia vida. No me gusta entrometerme en las de los demás.

Alan extendió una mano para soltarle delicadamente un pasador del cabello. Pensó que, tal vez, después de todo, había ido allí a discutir con ella. Shelby parecía urgirlo a que defendiera desesperadamente todo aquello en lo que creía.

-¿Crees acaso que cualquiera de nosotros puede hacer algo en esta vida sin afectar de una u otra forma a los demás?

Shelby no dijo nada mientras se dejaba liberar la melena. Sentía un cosquilleo en la nuca, que le recordaba el contacto de sus dedos en aquel mismo lugar. Qué fácil y sencillo sería quedarse donde estaba, sentada a su lado, y...

-Nunca es bueno dejarse afectar demasiado por los demás. Bueno, basta de filosofías por hoy. Voy a ver si ya está seca tu sudadera.

Pero Alan no la soltó, impidiéndole levantarse.

-Todavía no nos conocemos lo suficiente para eso -pronunció con tono suave-. Tal vez deberíamos empezar ahora...

-Alan... -repuso Shelby con tono paciente, a pesar de la excitación que la recorría por dentro-. Ya te lo dije, nosotros no vamos a empezar nada. No te lo tomes a mal -añadió, medio sonriendo-. Eres muy atractivo. Lo que pasa es que no estoy interesada.

-con su mano libre, la sujetó de la muñeca-. Se te ha acelerado el pulso.

La irritación de Shelby se reflejó en el súbito fulgor de sus ojos, así como en su manera de alzar la barbilla.

-Me encanta estimular el ego de la gente. Y ahora, voy a buscarte la sudadera.

-Estimúlame el mío un poco más -le sugirió, acercándola hacia sí. Un solo beso, pensó, y se daría por satisfecho. Las mujeres extravagantes y agresivas no lo atraían demasiado. Y Shelby era una de esas mujeres.

Shelby no había esperado que se mostrara tan testarudo, así como tampoco había podido prever la punzada de anhelo que la asaltó al sentir la caricia de su aliento en los labios. Soltó un suspiro de disgusto con la esperanza de irritarlo. Ciertamente el muy honorable senador por Massachussetts deseaba probar suerte con una artista de principios liberales, solo por variar un poco de gustos. Relajándose, alzó la barbilla. De acuerdo, decidió. Le daría un único beso que lo tumbaría de espaldas... para, acto seguido, expulsarlo de su casa.

Pero Alan aún no había tomado contacto con sus labios, limitándose a mirarla fijamente. Mientras se disponía a besarla, Shelby se preguntó por qué se había detenido de pronto, resistiéndosele. Fue entonces cuando él empezó a delinearle el contorno de la boca con la lengua, privándola de toda capacidad de pensamiento. No pudo hacer otra cosa más que cerrar los ojos y saborear la experiencia.

Nunca había conocido a ningún hombre que fuera capaz de besar con tanta habilidad... y eso que sus labios todavía no se habían fundido con los suyos. Con la punta de la lengua le estaba acariciando los labios tan lentamente, con tanta ternura... Todas sus sensaciones, toda su excitación estaba concentrada en aquel punto.

Instantes después Alan capturaba su labio inferior entre los dientes, y Shelby empezó a jadear. Se lo mordisqueaba con exquisita delicadeza, lamiéndoselo, succionándoselo. Era como si estuviera siguiendo un plan premeditado del que ella fuera incapaz de resistirse. Con el pulgar le acariciaba una y otra vez el pulso de la muñeca, a la vez que deslizaba la otra mano por su nuca. Las zonas de placer parecían extenderse mientras el cuerpo le hervía por dentro.

Shelby emitió un gemido, un sonido gutural que era tanto una exigencia como una rendición. Desde el principio había previsto Alan que aquella boca sería así: ardiente, dispuesta... tierna y firme a la vez. ¿Había sido por eso por lo que se había despertado pensando en ella? ¿Por eso se había sorprendido a sí mismo dirigiéndose a su tienda por la tarde, como cediendo a una fuerza irresistible? Por primera vez en su vida, estaba descubriendo que las razones y los motivos no importaban. Lo único importante era el presente.

Su cabello conservaba aquel indefinible aroma que tan bien recordaba. Enterró los dedos en su melena como si quisiera llenarse de su fragancia. La lengua de Shelby acudía al encuentro de la suya, tentándola, persiguiéndola, colmándolo de su maravilloso sabor. Shelby no había esperado descubrir en él una pasión tan cruda, tan ardiente. Estilo... habría esperado estilo y una fría elegancia, además de una seducción a la manera tradicional. Eso sí que habría podido resistirlo o eludirlo. Pero no podía resistirse a una necesidad tan intensa que tanto se asemejaba a la suya propia. No podía eludir una pasión que ya la había cautivado. Deslizó las manos por su espalda desnuda y gimió al percibir su creciente excitación.

Lo que tenía entre sus manos era algo demasiado sólido para ser moldeado, demasiado duro para poderlo cambiar. Aquel hombre se había conformado y creado a sí mismo a voluntad. Shelby lo comprendió intuitivamente mientras el deseo estallaba con un volcán en su interior. Pero junto al deseo estaba la seguridad de que se estaba entregando demasiado, y el temor de que él pudiera cambiarla a ella con un simple beso.

-Alan -sacó fuerzas de flaqueza cuando cada poro, cada célula de su cuerpo suspiraba por someterse-. Ya basta pronunció contra sus labios.

-No. No basta...

-Alan -se apartó lo suficiente para verle el rostro-. Quiero que te detengas.

Tenía la respiración acelerada y la mirada oscurecida de pasión, pero la resistencia que oponía su cuerpo era real. Alan se vio asaltado por una oleada de furia que consiguió dominar hábilmente, así como por una punzada de deseo con la que no tuvo tanta suerte.

-De acuerdo -aflojó su abrazo-. ¿Por qué?

A Shelby le resultaba extraño verse forzada a hacer algo tan natural en ella como relajarse. E incluso después de haberlo hecho, persistía una cierta tensión.

-Besas muy bien -le comentó forzando un tono despreocupado.

-¿Para ser un político?

Shelby se levantó, maldiciéndolo por la precisión y facilidad con que le había lanzado aquella pulla. Era un tipo arrogante. Sí: arrogante, engreído y concentrado únicamente en sí mismo. Había caído la tarde y la casa estaba casi a oscuras. Encendió una luz, sorprendida de que hubiera pasado tanto tiempo cuando tenía la sensación de todo lo contrario.

-Alan... -empezó a decirle, una vez tomada la decisión de mostrarse paciente con él.

-No has respondido a mi pregunta -le recordó mientras se recostaba cómodamente contra los cojines.

-Quizá no te haya quedado del todo claro -luchó contra el impulso de decirle algo contundente que pudiera borrar esa expresión burlona de su rostro. Maldijo en silencio. Era un tipo muy inteligente, con respuestas para todo. Le encantaría poder volver a medirse verbalmente con él cuando no estuviera tan alterada-. Anoche hablaba absolutamente en serio cuando te dije lo que te dije.

-Y yo también -Alan ladeó la cabeza, como si quisiera estudiarla bajo otro ángulo-. Pero, quizá, como tu lora, yo también sea un experto en guardar rencores.

Cuando vio que se tensaba, la soltó rápidamente.

-No insistas.

-No me gusta hurgar en las viejas heridas -la herida estaba allí; podía verla en sus ojos, en aquella furia tan bien arraigada. Le costaba trabajo recordar que hacía menos de un día que la había conocido y que no tenía derecho a pedirle nada ni a esperar nada de ella-. Lo siento -añadió mientras se levantaba.

La tensión de Shelby desapareció con aquella disculpa. Aquel hombre era absolutamente sincero, sin dobleces, y le gustaba por eso... aparte de por muchas otras cosas.

-Muy bien -atravesó el salón y regresó al cabo de unos instantes con su sudadera-. Aquí la tienes. Está como nueva -se la entregó-. Bueno, ha sido una visita agradable. No quiero entretenerme más.

-¿Me acompañarás al menos a la puerta? -le preguntó Alan, sonriendo.

Sin molestarse en disimular una sonrisa, Shelby suspiró.

-Siempre he sido demasiado informal para esas cosas. Buenas noches, senador. Tenga cuidado al cruzar la calle -fue a abrir la puerta que daba a las escaleras.

Alan se puso la sudadera. Siempre había pensado que era su hermano, Caine, quien nunca había sido capaz de encajar caballerosa y deportivamente una rotunda negativa. Quizá había estado equivocado, y se tratara de una característica más de los MacGregor.

-Los escoceses pueden llegar a ser muy testarudos -comentó deteniéndose a su lado, de camino hacia la salida.

-Ya sabes que yo soy una Campbell. ¿Quién puede saber eso mejor que yo? -Shelby abrió la puerta un poco más.

-Entonces ambos sabemos en qué situación nos encontramos -le alzó con suavidad la barbilla para darle un último y rotundo beso que se parecía sospechosamente a una amenaza-. Hasta la próxima.

Shelby cerró la puerta a su espalda y se quedó apoyada en ella durante unos instantes. Sabía que iba a tener problemas. Alan McGregor iba a constituir un problema muy serio.

Para tratarse de una mañana de lunes, Shelby estuvo muy atareada. Para las once ya había vendido varias piezas de cerámica, incluidas tres que había sacado del horno apenas la tarde anterior. Entre cliente y cliente, se sentaba detrás del mostrador para conectar un cable a la lámpara de barro que había torneado según el modelo de un ánfora griega. Quedarse en la tienda durante todo el tiempo limpiando el polvo a las cerámicas o cambiándolas de sitio le habría resultado imposible, así que dejaba esa tarea a Kyle, para satisfacción de ambos.

Como hacía calor, había dejado abierta la puerta de la tienda. Shelby sabía que era más tentador curiosear y acercarse a una puerta abierta que abrir una cerrada. Y al mismo tiempo dejaba entrar la brisa primaveral, junto con los variados sonidos de la calle. Había un nutrido grupo de mirones y Curiosos que nunca compraban nada, pero eso a ella no le importaba. Le hacían mucha más compañía que los potenciales compradores. La mujer que sacaba a pasear su caniche protegido del frío con un suéter azul constituía una interesante diversión. El inquieto adolescente que se le acercaba para comentarle sus problemas laborales, también; Shelby solía contratarlo para que le limpiara los cristales del escaparate.

En aquel instante, a la vez que el chico estaba lavando los cristales de la tienda del otro lado de la calle, Shelby seguía trabajando con la lámpara mientras escuchaba la radio portátil que tenía en el suelo, a sus pies. Le encantaba escuchar los ocasionales retazos de conversaciones de los paseantes que llegaban hasta sus oídos.

-¿Has visto el precio de ese vestido?

-Si no me llama esta noche, voy a...

Le gustaba desarrollar mentalmente aquellas conversaciones mientras trabajaba. Ya estaba sacando el cable a través de la lámpara cuando Myra Ditmeyer entró en la tienda. Llevaba un vestido veraniego de color rojo brillante a juego con su pintura de labios. El penetrante aroma de su perfume invadió el pequeño local.

-Hola, Shelby. Tú siempre con las manos ocupadas, ¿eh?

Con una sonrisa de verdadero placer, Shelby se inclinó sobre el mostrador para besar en las mejillas a Myra. Si alguien quería cotillear sobre cualquier tema o simplemente divertirse, no había mejor interlocutora que ella.

-Creía que estarías en casa ideando todos esos maravillosos platos con que vas a alimentarme esta noche.

-Oh, querida, eso se lo dejo a mi cocinero. Es el hombre más creativo del mundo.

-Siempre me ha encantado comer en tu casa -le confesó Shelby-. No hay nada tan delicioso como esas maravillosas y exóticas salsas que sueles servir. Dijiste que mamá también vendría, ¿no?

-Sí, con el embajador Dilleneau.

-Ah sí... ese francés de las orejas grandes.

-¿Qué manera es esa de referirse a un diplomático?

-Lleva ya bastante tiempo viéndose con él -comentó Shelby-. Me estoy preguntando ya si voy a tener un padrastro europeo...

-Podría ser peor -repuso Myra.

-Mmmm. Dime una cosa, Myra... ¿qué tipo de hombre me tienes reservado para esta noche?

-¡Reservado! -repitió, arrugando la nariz-. Qué expresión tan poco romántica.

-Perdona. ¿Contra quién... estás planeando disparar las flechas de Cupido?

-Sigue siendo muy poco romántico cuando lo dices con ese tono. En cualquier caso, creo que te vas a quedar sorprendida. Y a ti siempre te han gustado las sorpresas.

-Me gusta más darlas que recibirlas.

-¡Bien que lo sé! Tenías ocho años, si mal no recuerdo, cuando Grant y tú sorprendisteis a los participantes de una pequeña e influyente reunión en el salón de tu madre con unas caricaturas terriblemente buenas de los miembros del gabinete ministerial...

-Aquello fue idea de mi hermano -explicó Shelby, y añadió con una punzada de nostalgia-: Papá estuvo días enteros muriéndose de risa.

-Tenía un maravilloso sentido del humor.

-Ahora que me acuerdo: tú le ofreciste a Grant una buena cantidad de dinero por su caricatura del Secretario de Estado.

-Y el muy pillo no me la vendió. ¡Dios mío -exclamó divertida-, ten por seguro que habría merecido la pena! Por cierto, ¿cómo está Grant? No he vuelto a verlo desde Navidades.

-Sigue tan brillante... y tan gruñón como siempre -respondió Shelby con una carcajada-. Defendiendo a capa y espada su intimidad. Creo que este verano me va a apetecer molestarlo durante un par de semanas.

-Qué joven tan magnífico. Y qué desperdicio por su parte al recluirse en ese pequeño pedazo de costa...

-Eso es lo que él quiere... por el momento.

-¿Perdón?

Ambas mujeres se volvieron hacia la puerta, donde esperaba un joven mensajero. Shelby miró la cesta tapada con papel de regalo que llevaba bajo el brazo.

-¿Puedo ayudarte en algo?

-¿La señorita Shelby Campbell?

-Sí, yo soy Shelby.

-Entonces esto es para usted -bajó la cesta mientras se acercaba a ella.

-Gracias -automáticamente buscó en la caja un dólar para dárselo-. ¿Quién lo envía?

-Lleva una tarjeta dentro -le dijo mientras se guardaba la propina-. Que lo disfrute.

Shelby observó y palpó la cesta por todos los lados, intentando adivinar su contenido. Era una costumbre que había adquirido desde niña, cuando recibía sus regalos de Navidad: su juego favorito.

-¡Oh, vamos! -exclamó Myra, impaciente-. ¡Ábrelo de una vez!

-Ahora mismo -murmuró-. Podría ser... una cesta de comida. ¿Quién podría enviarme una cesta de comida? O un cachorrito de perro o de gato... -acercó el oído al paquete y escuchó-. No. No se oye nada. Y huele a... -cerrando los ojos, aspiró profundamente-. Qué curioso. ¿Quién habrá podido enviarme... -rasgó el envoltorio-..., fresas?

La cesta estaba repleta de fresas, grandes y jugosas. Su aroma le evocaba recuerdos de las soleadas praderas donde tanto había jugado de pequeña. Shelby tomó una y se la acercó a la nariz, deleitada.

-Maravilloso. Sí, realmente maravilloso.

Myra tomó otra y se comió la mitad.

-Mmmm. ¿No vas a leer la tarjeta?

Todavía con la fresa en la mano, recogió el sobre y lo sopesó varias veces. Luego lo miró por todas partes, sin abrirlo.

-¡Shelby!

-Vale, vale... -rasgó el sobre y extrajo la tarjeta.

El texto era muy corto: Shelby. Las fresas me hacen pensar en ti. Alan.

Observándola detenidamente, Myra leyó en sus ojos la sorpresa, el placer y algo que no era ni tristeza ni recelo, sino una mezcla de ambas cosas.

-¿Es alguien que conozca? -inquirió al ver que no abría la boca.

-¿Qué? -Shelby la miró sin comprender, y sacudió la cabeza-. Sí, supongo que sí -pero volvió a guardar la tarjeta en el sobre sin decirle nada-. Myra, creo que estoy en problemas.

-Bien -sonrió, asintiendo-. Ya era hora de que lo estuvieras. ¿Te gustaría que volviera loco a mi cocinero y añadiera otro nombre a mi lista de invitados a la cena de esta noche?

La perspectiva resultaba tentadora. Shelby estuvo a punto de aceptar, pero se contuvo a tiempo.

-No. No creo que eso fuera muy prudente por mi parte.

-Solo los jóvenes creen saberlo todo sobre lo que es o no prudente -repuso Myra con tono desdeñoso-. Muy bien, entonces; te veré a las siete -escogió otra fresa antes de recoger su bolso-. Ah, y empaqueta esa lámpara de cerámica y tráemela. Cárgala a mi cuenta.

«Tendré que llamarlo», se dijo Shelby cuando se quedó sola. Maldijo en silencio. Sí, tendría que llamarlo para darle las gracias. Mordió una fresa, deleitada, disfrutando de la sensación del fresco jugo derramándose en el interior de su boca... un sabor sensual, a sol y a tierra. Un sabor que le recordaba al de Alan. ¿Por qué no le había enviado, en vez de fresas, algo tan simple y común como unas flores? Flores de las que habría podido olvidarse en seguida. Bajó la mirada al cesto, repleto de fresas de un

tentador rojo brillante. ¿Cómo podía resistirse a un hombre que le enviaba algo así en una mañana de primavera?

Por supuesto, era un efecto calculado. Un hombre como él conocía bien a la gente. Sintió una doble punzada de disgusto y admiración. No le gustaba que pudiera prever tan bien sus reacciones pero... tampoco podía evitar admirar a alguien que sabía hacerlo con tanta facilidad. Descolgó el teléfono.

Según sus cálculos, Alan todavía disponía de unos quince o veinte minutos antes de que lo llamaran otra vez a votación en el Senado. Utilizaría ese tiempo para revisar los recortes presupuestarios que acababan de proponerse. Había que corregir un déficit que se acercaba peligrosamente a los doscientos millones de dólares, pero Alan no consideraba aceptable compensarlo a cargo del presupuesto de educación.

Sin embargo, en aquel momento tenía más cosas en la cabeza que déficits y presupuestos. Aunque solo había transcurrido un año desde las últimas elecciones, el líder de la mayoría del Senado ya se había puesto en contacto con él. No necesitaba dotes de adivino para imaginarse que podía convertirse en el candidato presidencial para la próxima década. Pero... ¿querría él de verdad que llegara ese momento?

Por lo que a su padre se refería, siempre había estado convencido de que su hijo mayor se presentaría a las elecciones presidenciales... y las ganaría. A Daniel MacGregor le gustaba pensar que aún seguía controlando los hilos con que había manejado a sus retoños desde la infancia. Y, algunas veces, incluso ellos mismos colmaban sus ilusiones sin que se vieran obligados a ello. Alan todavía podía recordar la sensación que causó su hermana Rena en la familia cuando, el invierno pasado, anunció que estaba embarazada. Actualmente, la atención de Daniel estaba centrada en eso y en la boda de su hermano, Caine, de manera que las presiones sobre el propio Alan se habían atenuado un tanto. «Por ahora», pensó, irónico. Seguro que no transcurriría mucho tiempo antes de que recibiera una de las famosas llamadas de su padre:

-Tu madre te echa de menos. Está preocupada por ti. ¿Cuándo harás tiempo para venir a visitarla? ¿Y por qué no te has casado todavía?

Sus llamadas eran siempre de ese tipo. Era extraño, siempre había despreciado las expectativas de su padre sobre el matrimonio y los hijos, pero ahora...

¿Por qué una mujer a la que solo conocía de unos pocos días le hacía pensar de aquella forma en el matrimonio? La gente no se apresuraba a comprometerse a ciegas. Shelby no pertenecía al tipo de mujeres que le habían atraído en el pasado. No sería una buena anfitriona de elegantes veladas de la clase política. No sería especialmente diplomática; seguro que incluso carecería del menor tacto. Y, pensó Alan con una sonrisa, ni siquiera se prestaría a cenar con él.

Un desafío. Shelby se había convertido en un desafío, algo que a Alan siempre le había encantado. Pero no era ese el único motivo. También estaba el misterio. Ella era un misterio y a él siempre le había gustado resolverlos, paso a paso. Shelby tenía la energía de los muy jóvenes, el talento de los artistas y la insolencia de los rebeldes. Tenía un carácter absolutamente apasionado, unos ojos del color de la niebla en invierno, unos labios rojos como la fresa... y una mente que parecía funcionar con una lógica por completo distinta a la suya. La química que funcionaba entre ellos era absurda, pero aun así...

Aun así, y a sus treinta y cinco años Alan estaba empezando a creer en el amor a primera vista. Así que pondría a prueba su paciencia y tenacidad contra la energía explosiva de Shelby, y ya se vería quién ganaría al final.

De repente sonó el teléfono. Alan no se preocupó en contestarlo hasta que se acordó de que su secretaria no estaba en la oficina. Molesto, pulsó el botón que no dejaba de parpadear.

-Senador McGregor.

-Gracias.

Sus labios se curvaron en una sonrisa mientras se recostaba en su sillón. Era Shelby.

-De nada. ¿Qué tal sabían?

-Fantásticas. Ahora mi tienda huele maravillosamente a fresas. Maldita sea, Alan -pronunció con un exasperado suspiro-. Eso de las fresas ha sido jugar sucio. Se suponía que tenías que haberme enviado orquídeas o brillantes.

-¿Cuándo vamos a vernos, Shelby?

Por un instante se quedó callada, desgarrada por dentro, tentada. Qué ridículo, pensó moviendo la cabeza. Que aquel hombre hubiera despreciado un protocolo tan básico como el de regalar flores no era razón suficiente para echar por tierra un principio de toda una vida.

-Alan, simplemente no funcionaría. Al responderte que no, te estoy ahorrando a ti y a mí misma un montón de problemas.

-No me parece que seas de la clase de personas que viven para evitar problemas.

-Quizá no... pero en tu caso voy a hacer una excepción. Cuando seas abuelo y tengas diez nietos, me lo agradecerás.

-¿Tendré que esperar tanto tiempo hasta que te dignes a cenar conmigo?

Shelby se echó a reír, maldiciéndolo al mismo tiempo.

-De verdad que me gustas, Alan -escuchó otra leve exclamación de frustración al otro lado de la línea-, pero no sigas insistiendo. Ambos terminaremos caminando sobre una delgada capa de hielo. Y no quiero que ese hielo ceda bajo mis pies otra vez.

Alan se dispuso a replicar, pero en aquel preciso instante lo llamaron a votación del hemiciclo.

-Shelby, tengo que irme. Ya seguiremos hablando de esto.

-No -su voz era ya más firme-. Detesto repetir las cosas. Solo acuérdate de que te he hecho un favor. Adiós, Alan -y colgó.

En seguida cerró la tapa de la cesta de las fresas, preguntándose desesperada cómo se las había arreglado aquel hombre para afectarla tanto.

Mientras se vestía para la cena de Myra, Shelby se dedicó a oír una antigua película de Bogart. A oírla y no a verla, porque dos semanas antes se le había estropeado la imagen de la televisión. Resultaba divertido. Era como tener un enorme y ostentoso aparato de radio que excitaba y provocaba continuamente su imaginación.

Reconfortada por la característica voz áspera y seductora de Bogey, se concentró en ponerse su ajustado vestido bordado con cuentas. Había superado con éxito la desazón que la había asaltado aquella tarde. Siempre había pensado que negándose a reconocer que se sentía alterada o deprimida, de hecho dejaba de sentirse alterada o deprimida. En cualquier caso, no tenía duda alguna de que después de haberle aclarado las cosas a Alan MacGregor y de haberlo rechazado por tercera vez, había conseguido expulsarlo para siempre de su vida. Se calzó unos zapatos de tacón alto y se guardó en el bolso los artículos más esenciales.

-¿Te quedarás aquí esta noche, Nelson? -le preguntó al gato, que se hallaba tumbado sobre la cama, antes de salir del dormitorio-. De acuerdo, no me esperes levantado -ya se disponía a marcharse, cargando con la caja que contenía la lámpara de Myra, cuando llamaron a la puerta-. ¿Esperas a alguien? -se dirigió a Tía Emma

La lora se limitó a agitar las alas, despreocupada. Sin soltar la caja, Shelby fue a abrir.

Placer. Tuvo que reconocer que sintió tanto placer como disgusto cuando vio a Alan en el umbral.

-¿Otra visita de vecino? -inquirió, sin dejarlo entrar. Se fijó en su traje oscuro, de corte formal, con su corbata de seda-. Aunque no parece que te hayas vestido para salir a dar un paseo por el parque.

El sarcasmo de sus palabras no pareció afectarle. Hasta el punto de que incluso se inclinó hacia ella para colocarle delicadamente en el pelo un diminuto ramito de peonías.

-He venido a llevarte a casa de los Ditmeyer.

Deleitada por su exquisita fragancia, Shelby sintió el impulso de tocar aquellos delicados capullos. Y se preguntó desde cuándo había sido tan vulnerable al encanto de aquel hombre.

-¿Quieres acompañarme a la cena de Myra?

-Sí. ¿Estás lista?

Shelby entrecerró los ojos, preguntándose cómo habría descubierto Myra la identidad del hombre que le había enviado las fresas aquella mañana.

-¿Cuándo te invitó ella?

-¿Mmmm? -por un instante se había quedado distraído observándola-. La semana pasada... en casa de los Write.

Sus sospechas menguaron un tanto. Quizá, después de todo, solo se hubiera tratado de una coincidencia...

-Bueno, te agradezco el gesto, senador, pero pienso ir en mi coche. Ya nos veremos allí.

-Pues entonces me llevarás tú -repuso con tono afable-. Así ahorraremos gasolina y contaminaremos menos el medio ambiente. Señaló la caja con la lámpara, que todavía seguía sosteniendo-. ¿Quieres que te cargue eso en el coche?

Shelby lo maldijo en silencio, cautivada por su sonrisa. Aquel hombre la hacía sentirse como si fuera la única mujer sobre la tierra a la que hubiera dirigido la mirada.

-Alan -empezó a decir, levemente divertida a su pesar por su insistencia-. ¿Qué es todo esto?

-Esto... -se inclinó de nuevo pero en esa ocasión para besarla brevemente en los labios-... es lo que nuestros antepasados denominaban «asediar una fortaleza». Y los MacGregor siempre se han caracterizado por su habilidad en los asedios.

Shelby emitió un tembloroso suspiro, que se mezcló con su cálido aliento.

-Tampoco se te da nada mal el combate cuerpo a cuerpo.

Alan se echó a reír. Y la habría besado de nuevo si ella no hubiera retrocedido un paso.

-De acuerdo -cedió ella mientras le entregaba la caja-. Iremos juntos. No quiero que me acusen de contaminar gratuitamente el aire. Pero tú conduces -decidió, sonriendo-. Así podré disfrutar de una segunda copa de vino durante la cena.

Bajaron las escaleras. El sol estaba a punto de ponerse, tiñendo el cielo de tonos rojizos y anaranjados. Cuando llegaron a la avenida, Shelby se volvió hacia Alan para advertirle con tono risueño:

-Pero esto sigue sin ser una cita, MacGregor. Podríamos llamar a esto un... acuerdo temporal de naturaleza estrictamente cívica. Sí, creo que suena lo suficientemente burocrático para ti. Me gusta tu coche -añadió al ver su Mercedes-. Es tan formal...

Alan abrió el maletero y guardó la caja.

-Tienes una manera muy original de insultar a la gente -le comentó mientras lo cerraba.

Shelby se echó a reír, sin poder evitarlo, y se acercó a él.

-Maldita sea, Alan, me gustas -lo abrazó con un gesto cariñoso y fraternal, que solo consiguió excitarlo aun más-. Me gustas de verdad -añadió con una sonrisa radiante-. Probablemente le haya hecho ese mismo comentario a una docena de hombres sin que ni uno solo de ellos se diera cuenta de que lo estaba insultando.

-Vaya -apoyó las manos en sus caderas-. Entonces parece que destaco por mi sagacidad.

-Y por algunas otras cosas -al bajar la mirada hasta sus labios, sintió que la fuerza de su anhelo debilitaba todos los recuerdos que la asediaban, todas las promesas que se había hecho-. Voy a detestarme a mí misma por esto murmuró-, pero quiero volver a besarte. Aquí, ahora, cuando se está poniendo el sol -sus ojos buscaron los suyos, todavía sonriendo, pero de repente se oscurecieron con un deseo que Alan comprendió que nada tenía que ver con la rendición-. Siempre he pensado que, durante una puesta de sol, se pueden hacer las cosas más alocadas sin consecuencias.

Y echándole los brazos al cuello, acercó los labios a los suyos. Alan tuvo buen cuidado de no ceder al urgente impulso de estrecharla con fuerza. La dejaría en esa ocasión que llevara la iniciativa y, al hacerlo, ella misma se encaminaría hacia donde él quería llegar.

La luz del día se atenuaba por momentos. En la calzada, al otro lado de la tienda, resonó el impaciente bocinazo de un coche. Procedentes de la ventana de un apartamento de la avenida, llegaban hasta ellos los acordes de un blues de Gershwin. A pesar de los ruidos de la calle, Shelby podía escuchar el firme y acelerado corazón de Alan contra el suyo.

El sabor de su boca era el mismo que tan bien recordaba. Apenas podía creer que hubiera vivido durante tanto tiempo sin haberlo descubierto antes. Y le parecía casi imposible poder seguir viviendo sin él. Lo mismo ocurría con los fuertes brazos que la rodeaban... con aquel poderoso cuerpo que le transmitía seguridad y peligro a la vez.

Alan sabría cómo protegerla si algún riesgo llegaba a amenazarla alguna vez. Y también sabría cómo acercarla al abismo en el que tanto había temido caer.

Pero su boca era tan tentadora, su sabor tan cautivador... Y el atardecer todavía no había cedido paso a la noche oscura. Por eso se dejó llevar por aquella magia durante unos segundos más de lo que habría debido... y no tanto como hubiera deseado.

Alan sintió que su nombre se formaba en los labios de Shelby antes de que se apartara. Se miraron fijamente por un momento, con sus cuerpos todavía enlazados.

Shelby veía fuerza en su rostro... un rostro en el que podía confiar. Pero había demasiadas cosas que se interponían entre ellos.

-Será mejor que nos marchemos -murmuró ella-. Ya casi es de noche.

La casa de los Ditmeyer estaba plenamente iluminada a pesar de que aún no había oscurecido del todo. Nada más llegar, Shelby echó un vistazo a las matrículas de los coches aparcados y descubrió el del diplomático francés: señal de que su madre ya estaba allí.

-¿Conoces al embajador Dillenau? -le preguntó a Alan mientras caminaban por el sendero de entrada.

-Ligeramente.

-Está enamorado de mi madre. Y yo creo que ella le corresponde -añadió, sonriente.

-¿Y eso te divierte? -sin dejar de observarla, Alan llamó al timbre de la puerta.

-Un poco -admitió-. Tiene unas reacciones muy curiosas. Por ejemplo: se ruboriza -le confesó, riendo-. Resulta ciertamente curioso para una hija ver cómo su madre se ruboriza ante un hombre...

-¿Es que tú nunca lo has hecho? -Alan le acarició delicadamente una mejilla con el pulgar. Y Shelby se olvidó al instante de su madre.

-¿Que no he hecho qué?

-Ruborizarte -respondió con tono suave, continuando la caricia por su mandíbula-. Ante un hombre.

-Lo hice una vez..., cuando yo tenía doce años y él treinta y dos -Shelby sabía que tenía que seguir hablando... solo para no olvidarse de quién era y de lo que estaba haciendo allí-. El... bueno, vino a casa para arreglarnos el calentador del agua.

-¿Y cómo se las arregló para hacerte ruborizar?

-Me sonrió. Y yo pensé que era un tipo verdaderamente muy sexy.

Alan soltó una carcajada y la besó justo en el preciso momento en que Myra abría la puerta.

-Vaya, vaya... -la mujer no se molestó en disimular una sonrisa de satisfacción-. Buenas noches. Veo que ya os conocéis.

-¿Qué te hace pensar eso? -la desafió Shelby mientras entraba en la casa.

Contemplando a una y a otro, Myra replicó:

-¿Acaso no huele a fresas por aquí?

-Tu lámpara -le espetó Shelby, señalando la caja que sostenía Alan-. ¿Dónde quieres que te la coloquemos?

-Oh, déjala por ahí mismo, Alan. Es tan agradable recibir a los amigos... -añadió mientras los tomaba del brazo para guiarlos al salón-. Herbert, sírveles dos copas de ese maravilloso licor de aperitivo..., tenéis que probarlo. Acabo de descubrir un fantástico licor de mora.

-Herbert -Shelby se dirigió al juez de paz y lo besó cariñosamente en las mejillas-. Ya veo que has salido a navegar otra vez -admiró su rostro atezado-. ¿Cuándo vamos a ir a la playa a hacer windsurf?

-Esta niña casi es capaz de convencerme de que todavía puedo hacer esas cosas... -exclamó Herbert, divertido-. Oh, me alegro de verte, Alan. Supongo que ya conocerás a todo el mundo. Voy a buscaros esas copas.

-Hola, mamá -al ir a saludar a su madre, Shelby se fijó en los preciosos pendientes de esmeraldas que lucía aquella noche-. No te los había visto antes... porque en ese caso te habría pedido de inmediato que me los prestaras.

-Me los ha regalado Anton -explicó, ruborizándose levemente-. En agradecimiento por aquella fiesta que le organicé.

-Entiendo -Shelby desvió la mirada hacia el diplomático francés, alto y esbelto, que la acompañaba-. Tiene usted un gusto exquisito, embajador -le comentó al tiempo que le ofrecía la mano.

-Está usted tan hermosa como siempre, Shelby -repuso con un brillo en los ojos, llevándose su mano a los labios-. Senador -se dirigió a Alan-, es un placer poder verlo en un ambiente tan relajado como este.

-Senador MacGregor -le sonrió Deborah-, no sabía que conociera usted a mi hija.

-En este momento estamos intentando acabar con una vieja tradición -repuso, aceptando la copa que le ofrecía el juez.

-Se refiere a la enemistad de nuestros clanes escoceses -le explicó Shelby a su madre al ver su mirada de asombro. Tomó un sorbo de licor y se sentó en el brazo del sillón de Myra.

-Oh... Ah -exclamó Deborah al recordarlo-. Claro. Los Campbell y los MacGregor eran feroces enemigos en Escocia... aunque no consigo recordar el motivo.

-Ellos nos quitaron nuestra tierra -señaló Alan.

-Eso es lo que decís vosotros -replicó Shelby mientras tomaba otro sorbo de licor-. Nuestro clan adquirió las tierras de los MacGregor por medio de un decreto real.

Alan sonrió, pensativo.

-Me gustaría verte debatir de ese asunto con mi padre.

-Menudo duelo! -exclamó Myra-. Herbert, ¿te imaginas a nuestra Shelby en un duelo con Daniel? Con esa terquedad que lo caracteriza. Deberías intentar concertar un encuentro entre los dos, Alan.

-Ya lo había pensado.

-¿De verdad? -inquirió Shelby, asombrada.

-Desde luego que sí.

-Sería algo ideal, querida -Myra le dio una cariñosa palmada en el muslo-. Sí -se dirigió a los demás. Shelby es una chica muy, pero que muy especial.

-Y yo nunca he sabido muy bien por qué ha salido así... -terció Deborah-. Aunque lo cierto es que mis dos hijos siempre han sido un misterio para mí. Quizá por eso sean tan inteligentes e inquietos. Por lo demás, aún no he renunciado a la esperanza de que sientes algún día la cabeza -de repente se volvió hacia Alan-. Usted tampoco se ha casado todavía, ¿verdad, senador?

-Si lo preferís -dijo en aquel momento Shelby, con la mirada fija en su copa- puedo retirarme para que habléis tranquilamente de los términos de la dote...

-Shelby, por favor -murmuró Deborah mientras el juez reía divertido.

-Resulta tan difícil para los padres ver a sus hijos como seres adultos y responsables... -comentó el embajador francés con tono ligero y comprensivo-. Por lo que a mi caso se refiere, tengo dos hijas y varios nietos, y aun así, sigo preocupándome. Por cierto, ¿cómo están tus hijos, Myra? Tienes un nieto, ¿no?

Nada podía haber servido mejor para cambiar de tema. Shelby lanzó al embajador una mirada cargada de admiración antes de volverse hacia Myra, que ya había dado comienzo a una entusiasta descripción de los dotes y gracias de su nieto. Sí. Aquel hombre convenía a su madre, decidió mientras observaba discretamente a Deborah. Ella pertenecía al tipo de mujeres que nunca se sentían realizadas sin un hombre aliado. Y, desde que era niña, había sido educada para convertirse en la esposa de un político: allí estaban para demostrarlo sus maneras elegantes, su estilo, su saber estar... Shelby suspiró. ¿Cómo podían parecerse tanto las dos y al mismo tiempo ser tan diferentes? A ella la elegancia siempre le había parecido una especie de jaula dorada... y una jaula significaba restricciones y esclavitud.

Una esclavitud que todavía recordaba demasiado bien.

Los guardaespaldas, aunque discretamente, siempre estaban presentes. Las fiestas cuidadosamente programadas, los sofisticados sistemas de alarma, las intrusiones de la prensa... La seguridad no le había salvado a su padre la vida, aunque un fotógrafo había podido sacar una instantánea del asesino segundos antes de que le disparara.

Shelby conocía muy bien lo que se escondía detrás de aquella elegancia y saber estar: las cenas de políticos, los discursos, las galas. Había cientos de pequeños temores, miles de dudas. El recuerdo de demasiados asesinatos o tentativas de asesinatos políticos durante un lapso poco mayor de veinte años.

Dejando que la conversación fluyera en torno suyo, Shelby tomó un sorbo de licor. Y su mirada tropezó con la de Alan. Allí estaba: aquella tranquila y tenaz paciencia que prometía durar toda una vida. Casi podía sentirlo desmontando poco a poco todas las barreras que ella había levantado frente a su intimidad, frente al corazón mismo de su ser.

«Maldito», pronunció casi en voz alta. Alan debió de adivinar lo que estaba pensando, porque le sonrió, irónico. Definitivamente el asedio había comenzado.

Shelby solo esperaba que tuviera suficientes provisiones para soportarlo.

Shelby trabajó mucho durante esa semana, desplegando toda su creatividad. Kyle estuvo atendiendo la tienda durante tres días seguidos mientras ella se encerraba en el taller, pasando horas y horas sentada ante el torno o esmaltando. Si comenzaba a las siete de la mañana, no cerraba hasta bien avanzada la tarde. Se conocía lo suficiente a sí misma como para saber y aceptar que esa era su defensa natural cuando algo la molestaba o preocupaba demasiado..

Cuando trabajaba, era capaz de concentrarse en cuerpo y alma en el proyecto que tenía entre manos, y de esa manera el problema dejaba de molestarla hasta que encontraba una solución. Pero en esa ocasión aquella metodología no estaba funcionando. El ímpetu que la había impulsado durante la mayor parte de la semana se agotó el viernes por la noche. Alan aún seguía habitando su mente, contra todo pronóstico.

Después de la cena en casa de los Ditmeyer, cuando la llevó a casa, la dejó nuevamente sin aliento con uno de aquellos lentos y devastadores besos suyos. Pero no insistió en entrar. Shelby le habría estado agradecida por ello si no hubiera sospechado que aquella contención formaba parte de su plan de asedio. Sí: su técnica no era otra que la de confundir al enemigo, acribillarlo a dudas, poner a prueba su paciencia y sus nervios. Una estrategia muy inteligente.

Alan llevaba ya varios días en Boston. Shelby lo sabía porque él la había llamado para decirle que se marchaba. Al menos así podía disfrutar de una breve tregua. Si se encontraba a varios cientos de kilómetros de distancia, al menos no podría llamar a su puerta inesperadamente: era un pequeño consuelo. Se prometió que, cuando Alan regresara y volviera a manifestar su intención de visitarla, se negaría a dejarlo pasar. Ojalá tuviera fuerzas para cumplir esa promesa.

Pero entonces, a mediados de esa semana, recibió aquel cerdito... un gran cerdito azul de peluche, con una enorme sonrisa y orejas de terciopelo. Shelby había intentado meterlo en el fondo de un armario para olvidarse de él. Al parecer, Alan había sabido llegar hasta ella a través de su sentido del humor. ¿Qué podía pensarse de un hombre tan serio y formal que, a pesar de todo, se atrevía a entrar en una tienda de juguetes para encargarse un enorme muñeco de peluche? A punto estuvo Shelby de enternecerse. Le gustaba saber que era capaz de un gesto semejante. Y le gustaba también saber que era capaz de hacer aquellos gestos por ella. Pero... No había forma humana de que Alan debilitara su resolución, y menos aún con un estúpido juguete.

Lo bautizó como «MacGregor» y lo puso en su cama: una broma sencilla, con la que supuso se divertirían los dos. Decididamente aquel cerdito era el único MacGregor con quien se permitiría acostarse.

Pero soñaba con él. Por las noches, acostada en su gran cama de cabecera de bronce, por muy duro que hubiera trabajado, siempre pensaba en Alan. Una vez soñó con una docena de hombres idénticos a él, rodeando su casa; no podía ir a ningún sitio sin que la capturasen, y tampoco podía quedarse donde estaba sin que se volviera loca. Se despertó maldiciéndolo a él y a su calenturienta imaginación.

Para finales de aquella semana, Shelby se prometió que no aceptaría más paquetes y que colgaría el teléfono nada más oír la voz de Alan. Si la razón y la paciencia no habían podido con él, entonces lo haría la brusquedad y la rudeza. Incluso un MacGregor tendría que conservar algo de sentido común.

Debido al programa de actividades que se había impuesto una semana antes, Shelby le había entregado a Kyle las llaves de la tienda con instrucciones de que la abriera el sábado a las diez. Ella se

quedó durmiendo. No tenía ninguna necesidad de trabajar en el taller; durante los últimos días había acumulado inventario suficiente para varias semanas.

De repente oyó que llamaban a la puerta. Por un instante pensó en no levantarse pero, finalmente, medio dormida, se decidió a abrir. No tenía tanta sangre fría como para dejar sonar el teléfono o ignorar una llamada. Vestida con una bata, y entrecerrando los ojos para que no la cegara la luz del sol, abrió la puerta.

-Buenos días, señorita Campbell. Otro envío.

Era el mismo chico que le había entregado el cesto de fresas y el cerdito de peluche. La miró sonriendo.

-Gracias -demasiado aturdida para recordar la promesa que se había hecho, aceptó el original paquete: por lo menos dos docenas de globos rosas y amarillos. Solamente una vez que el chico se marchó, tomó conciencia Shelby de lo que había sucedido-. Oh, no.

Alzando la mirada, vio elevarse los globos de colores. Colgando del hilo que los ataba había una pequeña tarjeta blanca.

En un primer momento se dijo que no la leerla. De todas formas, ya sabía de quién procedía el regalo. ¿De quién podía ser si no? No, no la leerla. De hecho, buscaría un alfiler y pincharía todos y cada uno de los globos. Aquello era ridículo. Para afirmarse en su decisión soltó los globos, que se quedaron pegados al techo. Si Alan pensaba que iba a vender su voluntad por medio de estúpidos regalos e ingeniosas notitas... pues estaba absolutamente en lo cierto. Maldijo entre dientes.

Shelby saltó para intentar alcanzar el hilo. No pudo. Tuvo que subirse a una silla para poder alcanzar la tarjeta, que decía así:

Los amarillos son por la luz del sol, los rosas por la primavera. Compártelos conmigo. Alan.

-Me estás volviendo loca -musitó sin bajarse de la silla, con los globos en una mano y la tarjeta en la otra. ¿Cómo sabía, cómo podía adivinar las cosas que la conmovían tanto? Fresas, cerditos, globos. Era desesperante. Pero había que mostrarse firme. Muy, muy firme, se dijo mientras bajaba al suelo. Si lo ignoraba, Alan le enviaría alguna otra cosa más. Así que lo llamarla y le pediría que... no, le exigiría que parara. Le diría que la estaba molestando. Sí, eso sería lo suficientemente insultante. Shelby se ató los hilos de los globos a la muñeca y descolgó el teléfono. Le había dado el número de teléfono de su casa, que ella se había negado a apuntar. Por supuesto, lo recordaba hasta el último dígito.

Marcó el número, enfurecida.

-Hola.

Pero de repente su furia se desinfló como un neumático pinchado.

-Alan.

-Shelby.

Procuró no dejarse conmover por el cálido timbre de su voz.

-Alan, esto tiene que acabar.

-¿Tú crees? Pero si apenas ha empezado.

-Alan... -intentó recordar su decisión de mantenerse firme-. Hablo en serio. Tienes que dejar de enviarme cosas; solo estás perdiendo el tiempo.

-Me puedo permitir ese lujo -repuso-. ¿Qué tal te ha ido la semana?

-He estado muy ocupada. Escucha, yo...

-Te he echado de menos.

Aquella sencilla confesión la hizo olvidarse de todo lo que había querido decirle.

-Alan, no...

-Cada día -continuó él-. Cada noche. ¿Has estado alguna vez en Boston, Shelby?

-Er... sí -respondió como pudo, luchando contra la debilidad que la atenazaba. Impotente, miró los globos. ¿Cómo podía luchar contra algo tan insustancial como el aire del que estaban llenos?

-Me gustaría llevarte allí en otoño, para disfrutar del aroma de las hojas húmedas, de la leña fresca...

-Alan, no te he llamado para hablar de Boston. Te lo diré de una forma muy simple: quiero que dejes de llamarme, de visitarme y de... -su voz empezó a teñirse de frustración al imaginarse su tranquila sonrisa y su expresión paciente-. ¡Quiero que dejes de enviarme globos, cerditos y todas esas cosas! ¿Está claro?

-Perfectamente. Pasa el día conmigo.

¿Acaso aquel hombre no perdía nunca la paciencia? Shelby no soportaba a los hombres pacientes.

-¡Por el amor de Dios, Alan!

-Lo denominaremos..., una «salida especial» -le sugirió en el mismo tono-. No será una cita.

-¡No! -exclamó, conteniendo a duras penas una carcajada-. ¡No, no, no!

-Ah, ya entiendo. No te parece una expresión lo suficientemente burocrática.

Su voz era tan tranquila y apacible, tan senatorial... pensó Shelby, con unas enormes ganas de gritar. Pero aquel proyecto de grito se asemejaba peligrosamente a una carcajada.

-Déjame pensar... -continuó él... Ya. Una salida convencional de un día de duración para promover relaciones amistosas entre dos clanes enfrentados.

-Estás intentando seducirme de nuevo -musitó Shelby.

-¿Y lo estoy consiguiendo?

Algunas preguntas era mejor ignorarlas.

-De verdad que ya no sé cómo decírtelo, Alan.

Por un instante, Alan se preguntó qué era lo que lo atraía tanto de ella. Tal vez el hecho de que aquella gitana de espíritu libre pudiera convertirse en un santiamén en una aristocrática princesa. Seguramente ignoraba que era tanto una cosa como otra.

-Tienes una voz deliciosa. ¿A qué hora estarás lista?

Shelby frunció el ceño, reflexionando.

-Si consintiera pasar algún tiempo contigo hoy... ¿dejarías de enviarme cosas?

Alan se quedó callado por unos segundos.

-¿Confiarías en la palabra de un político?

-De acuerdo -rió ella-. No me has dejado más remedio.

-Hace un día magnífico, Shelby. Y hace por lo menos un mes que no me tomaba un sábado libre. Sal conmigo.

Shelby jugueteaba con el cordón del teléfono, pensativa. Una negativa le parecía tan brusca, tan fuera de lugar... Realmente Alan le estaba pidiendo muy poco y... Lo maldijo en silencio. Quería verlo.

-De acuerdo, Alan. Me temo que cada regla necesita de una excepción para serlo.

-Si tú lo dices... ¿A dónde te gustaría ir? Hay una exposición de arte flamenco en la Art Gallery.

-Al zoológico -respondió sonriendo, y esperó su reacción.

-Estupendo -aceptó Alan de inmediato-. Estaré allí dentro de diez minutos.

Suspirando, Shelby se dijo que aquel tipo no era nada fácil de desanimar.

-Alan, todavía no estoy vestida.

-Pasaré a recogerte a las cinco.

-Me gustan las serpientes. Son tan sutilmente arrogantes...

Mientras Alan la observaba, Shelby se pegó prácticamente al cristal para contemplar una boa que parecía más aburrida que desdeñosa. Cuando ella le sugirió que visitaran el zoo, no supo si lo hizo porque quería realmente ir o por poner a prueba su reacción. No le costó mucho trabajo concluir que había sido por una mezcla de ambas cosas.

Una visita al zoológico nacional en una soleada mañana de primavera prometía multitudes y multitudes de chiquillos. La Casa de las Serpientes resonaba con sus gritos de asombro y entusiasmo, pero eso no parecía importarle a Shelby mientras se acercaba a contemplar una gruesa pitón.

-Se parece al congresista de Nebraska.

Shelby se echó a reír al imaginarse al personaje en cuestión, y se volvió hacia Alan. Sus labios estaban a solo unos centímetros de los suyos. Podía haber retrocedido, o simplemente haber vuelto la cabeza nuevamente hacia la pitón. Pero en lugar de ello, alzó la barbilla y lo miró a los ojos.

¿Qué era lo que veía en aquel hombre que la hacía querer tentar tanto al destino?, se preguntó. Aquella salida amistosa se estaba convirtiendo en algo más peligroso. Alan no era un hombre del que

una mujer pudiera desentenderse fácilmente. Un hombre como él podía dominar y seducir sutilmente a la gente que lo rodeaba sin que nadie se diera cuenta de ello. Solamente por ese motivo habría debido recelar, tratándolo con más cautela que a cualquier otra persona. Porque no podía olvidar quién era: un joven senador de brillante futuro, dedicado por entero a la política.

No, para ahorrarse dolor por ambos lados, se dominaría y llevaría muchísimo cuidado. A pesar suyo.

-Esto está a rebosar -comentó ella en un murmullo.

-¿Sabes? -le rozó un muslo involuntariamente cuando un niño se abrió paso para pegar la nariz contra el cristal-. Creo que cuanto más tiempo paso aquí, más me voy aficionando a las serpientes.

-Ya, lo mismo me pasa a mí. Es su aura diabólica lo que las hace tan seductoras -rodeados como estaban de gente por todas partes, se vio todavía más comprimida contra él y sus senos hicieron contacto con su pecho.

-El pecado original -murmuró Alan, aspirando deleitado su aroma-. La serpiente tentó a Eva, y Eva tentó a Adán.

-Siempre he pensado que ese relato es muy injusto -comentó Shelby. El corazón le latía acelerado contra el de Alan, pero aun así no se apartó. No iba a tener más remedio que experimentar aquello antes de haber podido idear una manera de prevenirlo-. Las serpientes y las mujeres cargaron con la culpa de todo, mientras el hombre se hacía el inocente.

-Inocente por no ser capaz de resistirse a la tentación encarnada en una mujer.

La voz de Alan se había tornado insoportablemente tierna. Decidiéndose por una retirada estratégica, Shelby lo tomó de la mano y se esforzó por salir de allí.

-Salgamos a ver los elefantes.

Shelby se abrió paso entre la gente, tirando de Alan. Una vez fuera, se puso sus gafas de sol sin detenerse.

El olor de los animales, intenso y primitivo, impregnaba el aire. De pronto se detuvo en la zona de los felinos y se apoyó en el muro de protección para contemplarlos entre admirada y asombrada, como si nunca hubiera visto ninguno. Seguían rodeándolos familias enteras, personas jóvenes y mayores, y niños saboreando sus helados.

-Hey, me recuerda a ti -le señaló una pantera negra que se desperezaba al sol, contemplando el no que pasaba debajo de ella.

-¿Así me ves? -Alan observó al animal-. ¿Indolente? Perezoso?.

-Oh, no, senador -rió Shelby-. Paciente, sereno. Y lo suficientemente arrogante como para pensar que puede soportar perfectamente este confinamiento -volviéndose, se apoyó en la barrera para mirar alternativamente a Alan y al felino-. Se ha hecho cargo de la situación, y ha concluido que está mucho mejor así como está. Lo que me intriga... -frunció el ceño, concentrada... es lo que hará cuando se sienta realmente contrariada, o disgustada. No parece que tenga mucho genio. Lo mismo les pasa a los gatos hasta que se enfadan, y entonces... entonces pueden ser mortales.

Alan le lanzó una extraña sonrisa antes de tomarla de la mano para volver a llevarla al paseo.

-Esa pantera no parece que se disguste o enfade muy a menudo.

-Vayamos a ver los monos -sonrió Shelby-. Siempre me recuerdan al hemicycle del Senado.

-Eso es de muy mal gusto -replicó Alan mientras la despeinaba cariñosamente.

-Lo sé. No he podido evitarlo -por un instante apoyó la cabeza en su hombro mientras paseaban-. Lo cierto es que soy bastante traviesa. Parece que mi hermano Grant y yo hemos heredado la misma afición al sarcasmo... o quizás sea cinismo. Probablemente lo hayamos heredado de nuestro abuelo paterno. Es como uno de esos grizzlies que hemos estado viendo. Gruñón, de mal genio, adusto...

-Y tú lo adoras.

-Sí. Vamos, te compraré unas palomitas -se dirigió a un puesto de venta ambulante-. No es posible pasar todo el día en un zoológico sin comer palomitas. Una bolsa grande -pidió al vendedor mientras se sacaba un billete del bolsillo trasero de los vaqueros-. Alan... -empezó a decirle, pero luego, cambiando de idea, echó a andar de nuevo.

-¿Qué? -inquirió al tiempo que tomaba unas palomitas de la bolsa.

-Iba a hacerte una confesión. Pero luego recordé que no se me dan bien las confesiones. Sigo teniendo ganas de ver los monos.

-¿No pensarás que voy a aceptar tranquilamente una negativa como esa después de semejante provocación, verdad?

-Bueno, de acuerdo. Verás, cuando insististe en que saliéramos juntos, pensé que la mejor forma de desanimarte sería proponiéndote ir a algún lugar como este, donde pudiera comportarme contigo... de la manera más odiosa posible -reconoció al fin.

-¿Te has comportado de manera odiosa conmigo? -le preguntó Alan con tono tranquilo-. Yo pensaba que ese era tu comportamiento natural.

-Touché -murmuró Shelby-. En cualquier caso, tengo la impresión de que no te he desanimado lo más mínimo.

-¿De verdad? -tomó más palomitas y se inclinó para preguntarle al oído-. ¿Y de dónde has sacado esa impresión?

-Oh... -se aclaró la garganta-. Solo es una corazonada.

Alan juzgó muy interesante aquel nerviosismo que parecía detectar en ella. Sí, el rompecabezas ya se estaba recomponiendo, pieza a pieza.

-Curioso. ¿En ningún momento, desde que hemos venido al zoo, te he dicho que me gustaría encontrar un apartado y secreto rincón para hacerte el amor una y otra vez?

-No -lo miró recelosa-. Afortunadamente para ti.

-De acuerdo -deslizó una mano por su cintura-. No te lo mencionaré mientras estemos aquí.

Una sonrisa bailó en los labios de Shelby, pero sacudió la cabeza.

-No te va a salir bien, Alan. No puede ser.

-En este punto tenemos un desacuerdo fundamental -se detuvo cuando estaban cruzando un puente. A sus pies los cisnes se deslizaban por el agua, despreocupados.

-No me entiendes -Shelby se volvió para contemplar el río, porque los ojos de Alan le estaban despertando reacciones y respuestas de las que ni siquiera ella misma era consciente-. Una vez que tomo una decisión, jamás me echo atrás.

-Pues entonces tenemos algo más en común que unos antepasados escoceses -maravillado, Alan observó cómo el sol arrancaba reflejos dorados a su melena rojiza. Al extender una mano para acariciarle levemente el pelo, apenas con las puntas de los dedos, se preguntó cómo sería cuando hicieran el amor... tal vez como una roja llamarada de fuego-. Te deseé desde el primer instante en que te vi, Shelby. Te deseo más a cada instante que pasa.

Al escuchar aquellas palabras, se volvió hacia él entre sorprendida y excitada. No había sido una frase vacía, tópica. Alan MacGregor decía siempre lo que deseaba realmente decir.

-Y cuando deseo algo con tanta intensidad y desesperación... -murmuró mientras le acariciaba la mandíbula-... nunca me doy por vencido.

Shelby entreabrió los labios cuando se los rozó con el pulgar. Y no pudo evitar sentir una punzada de deseo.

-Pues entonces... -esforzándose por aparentar indiferencia, tomó un puñado de palomitas antes de sentarse en un banco-... concentra tus energías en convencerme de que yo te deseo a ti.

Alan sonrió. Lenta, irresistiblemente, empezó a acariciarle el cuello.

-No tengo que convencerte de eso. De lo que tengo que convencerte -añadió mientras la acercaba más hacia sí es que la postura que estás tomando es tan inútil como improductiva.

Shelby podía sentir cómo se iba debilitando por dentro, ansiando darse por convencida. Alan le rozó los labios con los suyos. Aun así se mostraba muy discreto, a pesar de la vulnerabilidad que percibía en ella. Lo entendía perfectamente: Alan siempre se había mostrado muy circunspecto en público, al contrario que Shelby. Eso la irritaba. Y la intrigaba también.

Sus ojos, tan serios y tan serenos, parecían destrozar cualquier defensa lógica que ella hubiera interpuesto entre ellos. De repente, y antes de que pudiera hacer cualquier movimiento, alguien le tiró impaciente de la camiseta.

Confundida, Shelby bajó la mirada y vio a un niño pequeño de aspecto oriental, de unos seis años, mirándola fijamente. De inmediato la criatura le soltó una incomprensible perorata, complementada con gestos y muecas desesperados. Si no sus palabras, Shelby sí que comprendió al menos su frustración.

-Tranquilízate -le ordenó con tono suave mientras se agachaba frente a él. Su primer pensamiento fue que había perdido a sus padres. Tenía unos preciosos ojos negros, de expresión más irritada que asustada. Nuevamente siguió hablando en una lengua que a Shelby le pareció coreano, hasta que, con un suspiro de impaciencia, le enseñó un par de monedas de cinco céntimos, señalándole al mismo tiempo la máquina de comida para pájaros que tenía detrás.

Diez centavos, comprendió Shelby, divertida. Quería comprar comida en la máquina pero aún no comprendía el sistema de monedas. Antes de que pudiera llevarse una mano al bolsillo, Alan sacó la moneda de diez céntimos que necesitaba el niño y le explicó por señas que las dos que tenía él hacían una de diez. De repente, los ojos del crío se iluminaron de comprensión y quiso proceder al canje. En un principio Alan no tenía intención alguna de tomar sus monedas a cambio de la suya, pero cambió de idea

al ver su expresión: en lugar de ello, las aceptó al tiempo que le hacía una reverencia al estilo oriental. El chico soltó otra parrafada en coreano, le devolvió la reverencia a Alan y se volvió hacia la máquina.

Shelby se dijo que cualquier otro hombre habría insistido en mostrarse magnánimo a toda costa. Pero Alan no, porque desde el principio había comprendido que el niño tenía su orgullo. Había aceptado el canje de dos monedas de cinco céntimos por otra de diez como si fuera una transacción comercial entre dos adultos. Y todo ello sin pronunciar una sola palabra.

Acodada en el pretil del puente, se dedicó a observar al niño que alimentaba alegremente a los cisnes del no. Alan se le acercó por detrás, apoyando ambas manos en la barandilla a cada lado. Olvidándose de todo excepto de aquel mágico instante, Shelby se apoyó a su vez contra su pecho, echando hacia atrás la cabeza y buscando el hueco de su hombro.

-Hace una tarde preciosa -murmuró.

Alan colocó las manos encima de las suyas, reconfortándoselas con su calor.

-La última vez que estuve en el zoo tenía doce años. Mi padre había hecho uno de sus viajes, que a mí siempre me parecían muy extraños, a Nueva York, e insistió en que lo siguiéramos en masa -le rozó el pelo con la mejilla, disfrutando de su exquisita textura-. Me sentí obligado a fingir que era demasiado mayor para disfrutar viendo a los leones y a los tigres, y mi padre se rió mucho a mi costa. Resulta curiosa esa precoz pretensión de madurez por la que pasan siempre los adolescentes.

-En mi caso, esa etapa duró unos seis meses -recordó Shelby-. Coincidió con la época en la que empecé a llamar a mi madre por su nombre de pila.

-¿Qué edad tenías entonces?

-Trece años. Solía decirle a mi madre con tono engolado: «Deborah, creo que ya soy lo bastante mayor como para hacerme mechas rubias en el pelo». Ella solía responderme algo así como que ya hablaríamos pronto de ello. Y se ponía a hablarme de lo orgullosa que se sentía de que yo ya fuera lo suficientemente mayor como para tomar decisiones de persona adulta, y del alivio que le producía que no hubiera salido una chica caprichosa o frívola, como tantas otras compañeras de mi edad.

-Y, naturalmente, tú te regodeabas en eso y te olvidabas de las mechas.

-Naturalmente -con una carcajada, lo tomó del brazo y reanudaron el paseo-. Creo que hasta que no cumplí los veinte años no llegué a darme cuenta de lo inteligente que era Deborah. Grant y yo nunca fuimos unos niños fáciles.

-¿Se parece él a ti?

-¿Grant? ¿A mí? -Shelby reflexionó por un momento-. En algunos aspectos sí, pero Grant es un solitario, y yo nunca lo he sido. Cuando Grant está con la gente, lo observa todo... o, más bien, lo absorbe. Se relaciona fácilmente con la gente y deja de verla cuando quiere. Y puede estar sin ver a nadie durante semanas o meses enteros. Yo no puedo.

-No, pero tú también tienes facilidad para relacionarte con la gente. Y no' creo que le hayas permitido a nadie... al menos a ningún hombre... -se corrigió, ladeando la cabeza para estudiar su perfil... que se acerque demasiado a ti.

Irritada por su comentario, Shelby decidió replicar con otro más sutil:

-Vaya, parece como si tu orgullo estuviera hablando por ti... Y solo porque te he dado calabazas.

-Tal vez -reconoció, llevándose su mano a los labios-, pero lo cierto es que aquí estamos, los dos juntos.

-Mmmm -Shelby contempló el mar de gente en el que se encontraban-. Desde luego, y sobre todo en un ambiente tan íntimo -ironizó.

-Ambos estamos acostumbrados a las multitudes.

Cediendo a un perverso y malicioso impulso, Shelby se detuvo en mitad del paseo y le echó los brazos al cuello.

-Es una manera de hablar, senador.

Esperaba que se echara a reír y que la abrazara de nuevo, o incluso que soltara un exasperado suspiro antes de apartarse. Lo que no esperó en absoluto fue que la retuviera de esa forma, mirándola muy serio con aquella promesa en los ojos. En ellos podía leer casi una amenaza de pasión, de intimidación. No, no había esperado que utilizara su propio truco en su contra.

El corazón empezó a latirle aceleradamente. Aunque la sensación solo duró un breve instante, se sintió total y absolutamente conmovida, en cuerpo y alma. No pudo evitar sentir una punzada de nostalgia por lo que nunca podría ser ni existir entre ellos: jamás había podido imaginar que su reacción sería tan intensa, ni tan aguda. Cuando se apartó, el dolor estaba presente tanto en sus ojos como en su voz:

-Creo que será mejor que regresemos.

-Sí. Ya es muy tarde. Demasiado -a punto de maldecir de pura frustración, Alan la guió hacia el aparcamiento.

Shelby arqueó una ceja al escuchar su tono. Irritación; sí, era la primera vez que lo veía irritado. Vaya, entonces... quizá fuera esa la clave. Sí, lo irritaría y sacaría de quicio hasta disuadirlo de su intención de asediarla.

Se dio cuenta de que aún le ardía la piel como reacción a su contacto. Al paso que iba, acabaría relacionándose con él tanto si lo deseaba como si no. O tal vez estuviera ya relacionada y comprometida emocionalmente con Alan. El hecho de que no fueran amantes no le impedía estar presente en todos sus pensamientos y sensaciones. Si quería ahorrarse algún dolor, la ruptura tenía que ser rápida y pronta.

Así que tendría que crisparle los nervios... Al subir a su coche, Shelby le lanzó una sonrisa que más bien era una mueca. Si había algo que se le daba bien, era crisparle los nervios a la gente.

-Bueno, ha sido divertido -pronunció con tono ligero mientras Alan maniobraba para salir del aparcamiento-. Me alegro de que al final me convencieras para salir. Hasta las siete no tenía absolutamente nada que hacer. Tenía todo el día en blanco.

Alan se removió en su asiento, incómodo, esforzándose por encajar aquel duro golpe contra su orgullo.

-Siempre estoy más que dispuesto a rellenar espacios vacíos -tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para controlar la velocidad del vehículo. El hecho de haberla abrazado, lejos de atenuar su excitación, solo había servido para recordarle todo el tiempo que había transcurrido desde la última vez que lo hizo.

-De hecho, Alan, creo que eres un hombre agradable. Para ser un político -«agradable?», se repitió Shelby mientras pulsaba el botón para bajar el cristal de su ventanilla. La sangre todavía le hervía en las

venas después de haberlo mirado a los ojos durante menos de diez segundos. Si Alan hubiera sido más «agradable», ahora mismo estaría locamente enamorada de él y encaminada hacia el desastre-. Bueno, quiero decir que no eres nada presuntuoso.

Alan le lanzó una larga y fría mirada, que incrementó su confianza en sí misma.

-¿No lo soy? -murmuró al cabo de un tenso silencio.

-Casi nada -le sonrió Shelby-. Probablemente incluso te vote por eso.

Después de detener el coche frente a un semáforo en rojo, Alan la observó pensativo durante unos instantes.

-Hoy tus insultos no son nada sutiles, Shelby.

-¿Insultos? -lo miró asombrada-. Es curioso, yo pensaba que te estaba halagando. ¿No es el voto lo único que buscáis los políticos? Votos, y esa implacable necesidad de ganar.

El semáforo cambió a verde y Alan se puso de nuevo en marcha.

-Ten cuidado.

-Pareces algo molesto. Está bien. No tengo nada en contra de la gente hipersensible.

-No se trata de mi sensibilidad, sino de tu pésimo comportamiento.

-¡Oh, vaya, si ya hemos llegado! -deliberadamente miró su reloj cuando ya se detenían frente a su vivienda-. Qué bien. Así tendré tiempo de tomar un buen baño y cambiarme antes de volver a salir se inclinó hacia él para plantarle un leve y despreocupado beso en la mejilla antes de salir del coche. Gracias, Alan. Ciao.

Despreciándose a sí misma, Shelby se dirigió rápidamente hacia el portal antes de que él pudiera acompañarla. Solo entonces se volvió para mirarlo como si se sorprendiera de encontrarlo todavía allí.

-¿Qué diablos es todo esto? -exigió saber Alan, agarrándola de un brazo.

-¿Qué quieres decir?

-No juegues conmigo, Shelby.

Shelby suspiró, simulando una expresión de aburrido cansancio.

-La tarde ha estado muy bien, ha sido... como un cambio de ritmo para los dos, supongo -abrió la puerta del apartamento.

Alan le apretó ligeramente el brazo para impedirle que entrara. Nunca, o casi nunca, perdía los estribos. Era como una herencia familiar. Se dijo que tenía que recordarlo.

-¿Y?

-¿Y? -repitió Shelby, enarcando las cejas-. No hay ningún «y», Alan. Hemos pasado unas cuantas horas en el zoo, nos hemos reído un poco... Desde luego eso no quiere decir que tenga que acostarme contigo.

Pudo ver un brillo de furia en sus ojos. Algo intimidada por su intensidad, retrocedió un paso. Al instante se le secó la garganta. Se preguntó si aquel furor habría estado latente durante todo el tiempo.

-Crees que eso es todo lo que quiero? -le preguntó Alan con tono áspero-. Si solamente te quisiera en la cama, ahora mismo ya estarías allí.

-Parece que te olvidas de que soy una persona autónoma, con voluntad propia -replicó, sorprendida del temblor de su propia voz. ¿Sería miedo?, se preguntó rápidamente. ¿Excitación?

Cuando Alan dio un paso hacia ella, Shelby se apoyó en la puerta para abrirla del todo y entrar, con tan mala fortuna que habría caído al suelo si él no la hubiera sujetado a tiempo. De repente se encontraron los dos dentro: Alan la estrechaba entre sus brazos y ella tenía las manos apoyadas en sus hombros.

Shelby alzó entonces la mirada, furiosa consigo misma porque las rodillas parecían habersele derretido de miedo y acelerado el pulso de puro deseo.

-Alan, no puedes...

-¿No puedo? -con una mano enterrada en su pelo, la obligó a que lo mirara. En sus ojos ardía la furia, el resentimiento, la pasión... Nunca había experimentado tantas emociones a la vez-. Puedo. Los dos sabemos que puedo, y que también habría podido antes. Ahora mismo me deseas; puedo verlo en tus ojos.

Shelby negó con la cabeza, pero fue incapaz de liberarse. ¿Cómo había podido olvidarse tan pronto de la pantera?

-No, no es verdad.

-¿Crees que puedes castigarme impunemente, verdad, Shelby? Crees que puedes castigarme y no pagar ningún precio por ello.

-Te estás comportando como si yo te hubiera provocado a hacer algo, cuando la realidad es justamente la contraria -replicó, logrando casi fingir un tono de irritación-. Suéltame, Alan.

-Solo cuando quiera hacerlo.

Acercó la boca a la suya. Shelby emitió un jadeo; no sabía si de protesta o de expectación. Pero Alan se detuvo en el último momento. Lo único que ella podía ver en sus ojos era furia, y su propio reflejo en sus pupilas. Sí, se había olvidado de la pantera, y de aquel diabólico comportamiento de Heathcliff, el personaje de Emily Bronte, que tanto le recordaba.

-¿Crees que tú eres lo que quiero? ¿Lo que puedo, de una manera racional, decir que quiero? Pues no. Eres todo lo que no me conviene. Tú desafías todo lo que es fundamental para mi vida.

Aquello le dolió. Aunque eso era precisamente lo que había querido que sintiera, le dolía que fuera capaz de decírselo.

-Yo soy exactamente lo que soy -le espetó Shelby-. Exactamente lo que quiero ser. ¿Por qué no me dejas en paz y te vas a buscar una de esas rubias que tanto les gustan a los políticos? Están hechas a la medida de los senadores.

-Venga, dime -la desafió, aún más furioso-. Dime que no me deseas.

Shelby respiraba aceleradamente, como si no pudiera llenarse los pulmones de aire. Ni siquiera era consciente de que le estaba clavando los dedos en los hombros o del movimiento nervioso de su lengua al humedecerse los labios. Nunca había dudado de la licitud de mentir, siempre y cuando fuera necesario. Y en aquel momento necesitaba de la mentira.

-No te deseo.

Pero aquella negativa terminó en un jadeo de excitación cuando Alan la besó en los labios. Esa vez no fue el paciente y sereno ejercicio de seducción de su primer beso, sino su antítesis. Dura e implacable, su boca dominó la suya como nadie lo había hecho nunca. Como ningún hombre se había atrevido a hacer.

En sus labios pudo saborear su furor y reaccionar al mismo tiempo con una abrumadora pasión que no pudo controlar, con un fuego que la incendió por dentro. No hubo punzada de arrepentimiento: estaba justo allí donde quería estar.

Alan la estrechó todavía con más fuerza, olvidándose de la ternura que siempre lo había caracterizado en sus relaciones con el sexo opuesto. La boca de Shelby reaccionaba con la mejor de las disposiciones, deleitándose con aquel beso. Pero en aquella ocasión no se contentaría solo con besarla. Y deslizó una mano debajo de su camisa para intentar llegar hasta ella.

Podía sentir el latido de su corazón bajo su palma, tan acelerado como el de un corredor de maratón. Shelby arqueó la espalda, gimiendo algo incomprensible que muy bien podría haber sido su nombre. Su sabor era tan intenso y tan embriagador como su aroma, que ya parecía haber quedado grabado a fuego en su memoria. Podía tomarla, hacerle el amor allí mismo o donde fuera, y tardar solo unos segundos o una hora entera.

Pero Alan sabía que, si se apresuraba demasiado, aunque ella se mostraba tan dispuesta, se arriesgaba a quedarse con nada una vez que todo estuviera consumado. Se arriesgaba a hacerlo sin ternura.

Maldiciendo entre dientes, se apartó. Sus ojos, cuando se encontraron con los de Shelby, no reflejaban menor furia que unos instantes antes. Se miraron en silencio durante unos segundos. Hasta que, sin decir una palabra, se giró en redondo y salió por la puerta abierta.

Shelby intentó no pensar en ello. Mientras hojeaba la revista dominical del periódico tumbada con los pies en alto y con un tazón de café al lado, intentó realmente no pensar en ello. Nelson se desperezaba en el respaldo, como si estuviera leyendo por encima de su hombro.

Tomó un sorbo de café y echó un vistazo a un artículo de cocina francesa. No podía evitar pensar en ello.

La culpa había sido enteramente suya; eso no podía negarlo. Mostrarse tan grosera y desagradable era algo que no solía hacer a menudo, pero en aquella ocasión le había salido bastante bien. Hacer daño a una persona era algo que solamente hacía cuando se dejaba llevar por la rabia. Y lo que tampoco podía negar era que en los ojos de Alan había visto tanto dolor como rabia. Incluso cuando su único propósito había sido la propia supervivencia.

Lo iba a tener muy difícil para perdonarse a sí misma. Recordó las palabras de Alan: «crees que eres tú lo que quiero?».

No. Se incorporó en el sofá, agarrando el tazón con las dos manos. No, desde el principio había sabido que no encajaba con Alan, con su imagen, más de lo que él encajaba con la suya. Pero aun así había percibido algo en él, y en sí misma, aquella primera noche en la terraza de la mansión de los Write. Desde entonces algo extraño había estado rondando en el fondo de su mente. Que Alan podría ser el único hombre para ella. Estúpidas fantasías para una mujer que nunca se había creído capaz de considerar a ningún hombre como «único», pero de las que todavía no había podido librarse hasta el momento.

Se preguntó si algún día podría librarse de Alan. Ciertamente se había merecido su furia y la fría rabia que había visto en sus ojos cuando dio media vuelta y se marchó, en la misma puerta de su casa. Ella había tenido el poder de sacar a la luz aquel terrible temperamento suyo. Era algo intimidante y, de alguna forma... sí, también seductor.

Pero Shelby le había hecho daño. Le había hecho daño por pura supervivencia, al percibir que el poder que a su vez ejercía sobre ella se había tornado demasiado intenso. Así que quizás también se había merecido, aunque no le resultaba nada fácil admitirlo, el dolor y la frustración que le había causado su repentina marcha.

Se humedeció los labios con la lengua, evocando el sabor de su beso. Había dos naturalezas en Alan MacGregor. Una era equilibrada y razonable; la otra dura y despiadada. Lo cual no hacía más que incrementar su atractivo.

Dejando a un lado el tazón de café, se esforzó por concentrarse. Después de todo, había conseguido ahuyentarlo, que era lo que desde el principio había pretendido. No tenía sentido lamentarse por eso. Se levantó del sofá y se puso a pasear por la habitación mientras reflexionaba. No lo llamaría para pedirle disculpas. Eso solo serviría para empeorar las cosas.

Aun sí, si le dejaba claro que se trataba de una disculpa formal y de nada más... No, eso no era nada inteligente. Peor aún: era estúpido y contradictorio. Ya había tomado una decisión en ese sentido. Y Shelby siempre se había jactado de ser coherente consigo misma y con sus actos.

Miró los globos de colores, amontonados sobre la mesa de la cocina. Habían perdido fuerza para seguir elevándose, y allí estaban, como los restos olvidados de una animada fiesta. Suspiró. Debería haberlos pinchado antes. Deslizó un dedo por la superficie de un globo amarillo. Ahora ya era demasiado tarde.

Si lo llamaba pero negándose al mismo tiempo a enredarse en una conversación con él... Solo una disculpa, nada más. Tres minutos. Mordiéndose el labio, se preguntó si podría encontrar su reloj de arena para poder contar exactamente esos tres minutos. Se lavaría la conciencia con unas cuantas frases sencillas y corteses. Qué podía suceder en tres minutos de conversación telefónica? Volvió a mirar los globos. «Mucho», se respondió. Había sido una sencilla llamada de teléfono lo que desencadenó el terrible desastre del día anterior.

Cuando se hallaba de pie en medio de la habitación, indecisa, llamaron al timbre. La ansiedad y la expectación hicieron presa en ella: tal vez fuera Alan. Antes de que sonara un segundo golpe, abrió la puerta de par.

-Yo solo... Oh, hola, mamá.

-Lamento no ser quien estabas esperando -Deborah le dio un cariñoso beso en la mejilla antes de entrar.

-Es mejor así -murmuró mientras cerraba la puerta-. Te prepararé un café -le ofreció, sonriendo-. No es frecuente verte por aquí un domingo por la mañana.

-Puedo prescindir del café si estás esperando a alguien.

-No, no estoy esperando a nadie -declaró Shelby con tono rotundo.

Deborah contempló pensativa a su hija por un instante, preguntándose por qué parecía tan molesta. Desde hacía unos diez años, Shelby era un verdadero enigma para ella.

-Si no tienes que hacer nada esta tarde, se me ocurrió que tal vez te apetecería acompañarme a ver la nueva exposición de arte flamenco de la National Gallery.

Cuando le estaba preparando el café, Shelby se quemó un dedo. En seguida se lo chupó, maldiciendo entre dientes.

-Oh, te has quemado. Déjame ver...

-No es nada -negó con la misma brusquedad de antes-. Perdona -se disculpó, ya más tranquila-. No pasa nada. Siéntate, mamá -con un gesto casi violento, barrió los globos con una mano y despejó la mesa.

-Bueno, esto no ha cambiado nada -observó Deborah-. Sigues conservando tu particular manera de ordenar las cosas -esperó a que se sentara frente a ella-. ¿Algo va mal?

-¿Mal? No, ¿por qué?

-Tú nunca sueles estar tan inquieta -mientras removía su café, le lanzó una de sus largas y penetrantes miradas-. ¿Has leído el periódico esta mañana?

-Por supuesto -Shelby cruzó las piernas, adoptando una actitud relajada-. Por nada de mundo me perdería el artículo de Grant.

-No, no me refería a eso.

Vagamente interesada, Shelby arqueó las cejas.

-Le eché un vistazo a la portada y no vi nada especialmente interesante. ¿Es que se me ha pasado desapercibido algo?

-Parece que sí -sin pronunciar otra palabra, Deborah se levantó para recoger el periódico del sofá. Después de encontrar la sección que buscaba, se lo tendió a su hija.

Había una fotografía muy nítida en la que aparecía Shelby en compañía de Alan, contemplando los cisnes desde el puente del zoo. Recordaba muy bien aquella escena: había apoyado la espalda sobre su pecho, con la cabeza sobre el hueco de su hombro. El fotógrafo había capturado aquel instante, con aquella expresión de felicidad en su rostro de la que entonces no había sido consciente.

El artículo correspondiente a la foto era breve: citaba el nombre y la edad de Shelby, junto a una referencia a su padre y a su negocio de cerámica. También mencionaba la campaña en la que se había embarcado Alan para facilitar un alojamiento digno a las personas sin techo, antes de pasar a especular sobre la relación que los unía. No había nada especialmente ofensivo en aquel pequeño fragmento de la crónica de sociedad de Washington. Por eso mismo se sorprendió aún más de la punzada de resentimiento que la atravesó al leer aquellas líneas.

Había estado en lo cierto, se dijo mientras volvía a observar la foto. Aquel octavo de página le demostraba que había tenido razón desde el principio. La política, en todos sus aspectos, siempre se había interpuesto entre los dos. Habían disfrutado de una tarde soleada como una pareja normal, pero aquello no había durado mucho. Nunca duraba.

Deliberadamente, Shelby hizo a un lado el periódico antes de tomar su tazón de café.

-Bueno, no me sorprendería que el lunes tuviera un montón de clientes en la puerta de la tienda gracias a esto. El invierno pasado vino una mujer expresamente desde Baltimore solo porque vio una fotografía en la que aparecía yo con el sobrino de Myra -tomó un sorbo, consciente de que corría el peligro de ponerse a divagar-. Es una suerte que la semana pasada hiciera un esfuerzo extra y llenara la trastienda de piezas. ¿Te apetece un, donut con el café? Creo que los tengo por alguna parte...

-Shelby -Deborah le puso las manos sobre los hombros antes de que pudiera levantarse-. No sabía que te importara tanto ese tipo de publicidad. Esa es la fobia de Grant, no la tuya.

-¿Por qué habría de importarme? -la desafió, esforzándose por no cerrar los puños-. Cuando menos, me reportará unas cuantas ventas más. Eso es inofensivo...

-Desde luego que sí -asintiendo lentamente con la cabeza, Deborah intentó tranquilizarla.

-¡No, no lo es! -estalló de repente Shelby, sin poder evitarlo-. No es inofensivo. Nada de todo esto lo es -se levantó de la mesa para pasear por la habitación, como su madre la había visto hacer incontables veces antes-. No puedo soportarlo. Simplemente no puedo -dio una patada a una zapatilla que se interpuso en su camino-. ¿Por qué diablos no podía ser científico, o jardinero? ¿Por qué tiene siempre que mirarme como si me conociera de toda la vida y no le importaran mis defectos? No quiero dejarme arrastrar por él. ¡No quiero! -en un último acceso de rabia, lanzó el periódico al suelo-. No importa -de repente se detuvo, pasándose una mano por el pelo mientras intentaba tranquilizarse-. No importa -repitió-. En cualquier caso he tomado una decisión, así que...

Demasiado acostumbrada a sus súbitos cambios de humor para extrañarse de nada, Deborah asintió.

-Y... ¿qué es lo que has decidido, Shelby?

-Que no voy a relacionarme con él -después de entregarle la taza, volvió a sentarse-. ¿Por qué no comemos en la cafetería de la Gallery?

-De acuerdo -Deborah tomó un sorbo de café-. ¿Os lo pasasteis bien en el zoo?

Shelby se encogió de hombros.

-Sí, fue un día agradable -se acercó el tazón a los labios, pero al final lo dejó a un lado sin beber.

Deborah observó de nuevo la foto del periódico. ¿Cuándo fue la última ocasión en que habla visto tranquila y serena a Shelby? ¿Acaso alguna vez la había visto así? Suspirando, comentó:

-Supongo que se lo habrás dejado claro al senador MacGregor.

-Desde el principio le dije a Alan que no quería salir con él.

-Pero la semana pasada te presentaste con él en casa de los Ditmeyer.

-Eso fue diferente... Y lo de ayer fue un descuido.

-Él no es tu padre, Shelby.

Shelby la miró con una expresión tan inesperadamente atormentada que Deborah se apresuró a tomarle una mano.

-Se parece tanto a él... -le susurró-. Es aterrador. Esa tranquilidad, esa dedicación, esa seguridad de conquistar el triunfo a no ser que... -se interrumpió, cerrando los ojos con fuerza. A no ser que se lo impida algún loco armado, por alguna oscura causa-. Oh, Dios, creo que me estoy enamorando de él, y quiero huir...

-¿A dónde? -Deborah le apretó la mano.

-A cualquier parte -Shelby aspiró profundamente y abrió los ojos-. No quiero enamorarme de él por múltiples razones. No nos parecemos en nada.

-¿Acaso deberíais pareceros? -le preguntó su madre, sonriendo por primera vez desde que la veía en ese estado.

-No me confundas cuando estoy intentando ser lógica -repuso, para luego añadir forzando una sonrisa-. Mamá, lo volvería loco en una semana. Nunca podría pedirle que se adaptara a mi estilo de vida. Y yo nunca sería capaz de adaptarme a la suya. Solo necesitas hablar unos minutos con él para darte cuenta de que tiene una mente ordenada, que trabaja como una computadora de ajedrez. Acostumbrará a comer a horas fijas, a saber qué camisa en cada momento tiene que poner a lavar...

-Querida, incluso tú tienes que darte cuenta de lo ridículo que suena eso.

-En sí mismo, quizá sí -Shelby desvió la mirada hacia los globos desinflados-. Pero cuando vas sumando todo lo demás...

-Por «todo lo demás», te refieres al hecho de que él es un político. Shelby... -Deborah esperó a que su hija la mirara a los ojos...: no puedes elegir a la carta el hombre del que te enamoras.

-No voy a enamorarme de él -afirmó, testaruda-. Me gusta mi vida tal como la vivo. Nadie va a hacerme cambiarla antes de tiempo. Vamos. Iremos a ver tus exposición de arte flamenco, y después te invitaré a comer.

Deborah observó cómo Shelby buscaba sus zapatos por todo el apartamento. No, no deseaba que su hija sufriera, pero sabía que el dolor sería inevitable. Iba a tener que soportarlo.

Alan se hallaba sentado ante el enorme escritorio del despacho de su casa, con la ventana abierta a su espalda. Podía oler el aroma de las lilas floreciendo en el jardín. Recordó que también había oído a lilas la tarde en que conoció a Shelby. Pero no se pondría a pensar en ella ahora.

Sobre su mesa había todo tipo de información sobre los albergues de personas sin hogar que estaba promocionando. Se había citado para el día siguiente con el alcalde de Washington, y confiaba en que el encuentro saliera tan bien como el que había mantenido con el de Boston. Lo tenía todo frente a sí. Los datos, que su equipo había tardado semanas en reunir, y las fotografías. Observó una de las fotos, en la que aparecían dos hombres compartiendo una manta en un pasillo subterráneo de la ciudad. No solo era una realidad triste, sino también inexcusable. Un refugio para la gente sin hogar era una necesidad básica.

Una cosa era concentrarse en las causas, como el desempleo, la recesión económica, los recortes de los gastos sociales, y otra ver a la gente vivir sin los recursos más elementales mientras se retrasaban las soluciones. Su proyecto consistía precisamente en satisfacer esas necesidades, pero para ello necesitaba fondos, y lo que era igual de importante: voluntarios. Había empezado a conseguir algo en Boston, después de una larga y en ocasiones frustrante batalla, pero todavía era demasiado pronto para exhibir resultados sustanciales. Tendría que depender de la información reunida por su equipo y de su propia capacidad de persuasión. Y si a eso podía agregar la influencia de los alcaldes, entonces sí que sería capaz de acceder a los fondos federales que tanto necesitaba.

Recogió los documentos y los guardó en su maletín. No había nada más que pudiera hacer hasta el día siguiente. Y estaba esperando un visitante... revisó su reloj..., para dentro de diez minutos. Recostándose en su cómodo sillón de cuero, procuró relajarse.

Siempre había sido capaz de relajarse en aquella habitación de techos altos y paredes forradas de madera oscura. En invierno solía encender fuego en la hermosa chimenea de mármol rosado. Sobre su repisa se alineaban retratos de su familia: desde antepasados que nunca habían abandonado el suelo escocés hasta modernas instantáneas de sus hermanos. Pronto añadiría un retrato de su sobrino o sobrina cuando su hermana, Rena, diera a luz.

Alan se quedó contemplando la fotografía de una elegante joven rubia de mirada alegre y expresión decidida: Rena. Sin saber-por qué, aquella imagen le recordó a Shelby, con aquella melena suya de rebeldes rizos color rojo fuego.

Indisciplinada. Esa palabra le sentaba a la perfección. Relacionarse con ella sería un desafío constante, que duraría toda una vida. Tenerla a su lado sería una permanente sorpresa. Resultaba extraño que un hombre como él, que siempre había preferido el orden y la lógica, descubriera finalmente que su vida nunca estaría completa sin el caos que Shelby podía proporcionarle.

Miró a su alrededor: las paredes, llenas de estanterías de libros cuidadosamente alineados; la impoluta alfombra color gris pálido; el severo sofá de estilo victoriano... Aquella habitación estaba tan ordenada y bien organizada... como su vida. Pero él necesitaba un trastorno, un torbellino. Un torbellino al que no tenía interés en someterse, sino solamente experimentar.

Cuando sonó el timbre, miró de nuevo su reloj. Myra había llegado a tiempo.

-Buenos días, McGee -sonriendo, Myra saludó al mayordomo escocés de Alan.

-Buenos días, señora Ditmeyer.

McGee medía un metro noventa y era sólido como una roca. A pesar de que rondaba ya los setenta años, se conservaba muy bien. Durante unos treinta había ejercido de mayordomo de la familia MacGregor antes de cambiar, por propia voluntad, Hyannis Port por Georgetown. «El señor Alan me necesitará», había sentenciado con su marcado acento. Y, sin dudarlo, se había marchado allí, con él.

-¿No habrá preparado por causalidad alguna de esas maravillosas pastas suyas?

-Pues sí, señora. Con nata batida -respondió McGee, disimulando una sonrisa.

-Ah, McGee, lo adoro. Alan... -Myra le tendió la mano mientras avanzaba por el pasillo..., has sido muy amable al permitirme que te moleste un domingo.

-Tú nunca puedes molestarme, Myra -la besó en la mejilla antes de guiarla hacia el salón.

Aquella habitación estaba decorada en tonos sobrios y masculinos. La mayor parte del mobiliario era de estilo Chippendale, con una alfombra persa. La única sorpresa de aquel salón tan cómodo y tranquilo era un gran óleo representando un paisaje de tormenta: escabrosas montañas, oscuras nubes amontonadas, rayos amenazadores... Myra siempre lo había considerado un curioso e interesante detalle.

Se sentó en un sillón, suspirando, y lo primero que hizo fue descalzarse.

-Qué alivio -murmuró-. Jamás consigo comprarme el número adecuado de zapato. Supongo que es el precio a pagar por mi vanidad... He recibido una amable nota de Rena -le explicó, frotándose un pie contra otro para recuperar la circulación, y explicó con una sonrisa-: quería saber cuándo íbamos a ir Herbert y yo a Atlantic City a gastarnos el dinero en su casino.

-Yo también le hice una visita la última vez que estuve por allí -Alan se relajó en su asiento, sabiendo que Myra solamente abordaría el objetivo concreto de su visita en el momento que ella considerara adecuado.

-¿Cómo está Caine? Qué condenado chiquillo ha sido siempre... - y continuó antes de que Alan pudiera responder-: ¿Quién habría pensado que con el tiempo se convertiría en un abogado tan brillante?

-La vida está llena de sorpresas -murmuró Alan, recordando que él había sido el hermano bueno y Caine el travieso. Pero... ¿por qué había tenido que ocurrírsele eso?

-Oh, qué razón tienes. Ah, aquí vienen mis pastas. Gracias a Dios -exclamó al ver a McGee entrar con una bandeja-. Ya nos servimos nosotros, McGee, gracias -Myra empezó a servir el té mientras Alan la observaba divertido. Cualquiera que fuera su intención, estaba decidida a disfrutar primero de su té con pastas-. ¡Cómo te envidio por tener un mayordomo así! -le dijo mientras le entregaba su taza-. ¿Sabías que hace veinte años intenté robárselo a tus padres?

-No, no lo sabía -sonrió Alan-. Por lo visto McGee ha sido lo suficientemente discreto como para no mencionármelo.

-Y lo suficientemente leal como para no aceptar mis ofertas de soborno. Fue la primera vez que probé estas pastas... -Myra mordió una de ellas y alzó los ojos al cielo, extasiada-. Naturalmente imaginé que las habría hecho la cocinera y pensé en robársela, pero cuando descubrí que eran del mayordomo... Bueno, mi único consuelo es que si hubiera tenido éxito en mi empeño, ahora mismo estaría tan gorda

como un elefante. Lo cual me recuerda... -se limpió los dedos con la servilleta-. He advertido que te has tomado cierto interés por los elefantes.

Alan arquea una ceja mientras tomaba un sorbo de té. Así que eso era. Una conversación de política. A los republicanos se les llamaba coloquialmente «elefantes».

-Siempre he estado interesado por nuestro partido rival -afirmó con tono tranquilo.

-Oh, no estoy hablando de política. ¿Pasasteis un buen rato en el zoo?

-Has leído los periódicos.

-Por supuesto. Debo decir que parecíais estar muy bien juntos. Ya lo sabía yo -satisfecha, tomó un sorbo de té-. ¿Está muy enfadada Shelby por lo de la foto?

-Lo ignoro -Alan frunció el ceño, asombrado. Siempre había vivido con la constante presencia de la prensa, así que no se le había ocurrido pensar que Shelby podría molestarse por eso-. ¿Debería estarlo?

-Habitualmente no; pero Shelby tiene tendencia a sentir y a hacer cosas inesperadas. No pretendo ser curiosa, Alan... bueno, sí que lo pretendo -se corrigió Myra con una irresistible sonrisa-. Pero solo porque os conozco a ambos desde que erais niños. Estoy muy encariñada con vosotros -cediendo a la tentación, tomó otra pasta-. Me puse muy contenta cuando vi la foto esta mañana.

Disfrutando tanto de su sano apetito como de su irreprimible curiosidad, Alan le sonrió.

-¿Por qué?

-Bueno, de hecho... -Myra se sirvió una generosa cucharada de nata... la verdad es que estaba planeando juntaros. Por eso me alegro de que los dos hayáis resuelto el asunto sin mi ayuda; así, lo único que tendré que hacer será aprobar el resultado final.

Alan se recostó en su sillón, apoyando un brazo sobre el respaldo. Sabía cómo funcionaba la mente de Myra.

-Una tarde en el zoo no es lo mismo que un matrimonio.

-Hablas como un verdadero político -con un suspiro de placer, se echó hacia atrás en su asiento, satisfecha-. Ojalá pudiera sonsacarle a McGee la receta de estas pastas...

-Me temo que eso no va a ser posible -sonrió Alan, divertido.

-Ah, por cierto... Casualmente estaba yo en la tienda de Shelby cuando recibió cierta cesta de fresas... -comentó como de pasada-. ¿No sabrás tú algo al respecto, querido?

-¿Fresas? A mí también me gustan mucho.

-Mira, no creas que puedes engañarme: soy demasiado lista -lo acusó con el dedo índice-. Un hombre como tú no envía cestas de fresas ni pasa tardes en el zoo a no ser que esté encaprichado de una mujer.

-Yo no estoy encaprichado con Shelby -la corrigió Alan con tono tranquilo mientras tomaba un sorbo de té-. Estoy enamorado de ella.

La réplica de Myra fue inmediata:

-Bueno, pues entonces ya está. Ha sido más rápido de lo que había esperado.

-La verdad es que fue instantáneo. Un flechazo -murmuró Alan, que no se sentía ya tan cómodo después de haberse confesado.

-Encantador -se inclinó hacia delante para darle una cariñosa palmadita en la rodilla-. No puedo pensar en nadie que se merezca más que tú recibir un flechazo amoroso.

-Aunque a Shelby no le ocurre lo mismo.

-¿Qué quieres decir? -le preguntó Myra, frunciendo el ceño.

-Lo que he dicho -Alan descubrió que aquello le seguía doliendo. El recuerdo de sus frías palabras, de aquel tono indiferente, aún le escocía-. Ni siquiera está interesada en seguir viéndome.

-¡Tonterías! -rezongó Myra, dejando a un lado una pasta mordisqueada-. Yo estaba con ella cuando recibió esas fresas. Y conozco a Shelby tan bien como te conozco a ti. Fue la primera vez en mi vida que vi esa expresión en su rostro.

Alan se la quedó mirando pensativo durante unos instantes.

-Es una mujer muy testaruda. Está decidida a evitar cualquier tipo de compromiso conmigo debido a mi profesión.

-Ah, entiendo -la mujer asintió lentamente-. Tenía que haberlo adivinado.

-Ella no se muestra indiferente conmigo... -añadió Alan, evocando la pasión con que había reaccionado a sus besos-. Solo obstinada. Rebelde.

-No, eso no -lo corrigió Myra-. Está asustada. Estaba muy encariñada con su padre.

-Ya lo supongo, Myra, y comprendo que perderlo debió de ser un duro, durísimo golpe para ella, pero no logro entender lo que tiene que ver eso con nosotros -su impaciencia, así como su frustración, estaba llegando a límites insoportables. Incapaz de seguir sentado, se levantó y empezó a pasear por la habitación-. Si su padre hubiera sido arquitecto, por qué habría tenido que odiar a los arquitectos? -se pasó una mano por el pelo, en un gesto de exasperación inusual en él-. Maldita sea. Es ridículo que no quiera saber nada de mí solo porque su padre era senador...

-Estás siendo lógico, Alan -repuso Myra con tono paciente-. Y Shelby raramente lo es... a no ser que su lógica sea de otro tipo. Shelby adoraba a Robert Campbell, y no exagero al emplear esa expresión. Solo tenía once años cuando le dispararon... Y ella solo estaba a unos pocos metros de él.

Alan se detuvo en seco para volverse rápidamente:

-¿Shelby estaba allí?

-Los dos: Grant y ella -Myra dejó a un lado su taza, evocando aquellos dolorosos recuerdos-. Milagrosamente, Deborah consiguió evitar que la prensa explotara ese suceso y acosara a los niños. Tuvo que echar mano de todos los contactos que tenía.

Alan sintió una punzada de compasión tan intensa y aguda que lo dejó aturdido.

-Oh, Dios mío, ni siquiera puedo imaginar lo terrible que debió de ser eso para ella...

-Durante días no hablé... Ni una sola palabra. Yo pasaba mucho tiempo con ella mientras Deborah se enfrentaba a solas con su propio dolor, con el de los niños, con la prensa... -Myra sacudió la cabeza al recordar los desesperados intentos de Deborah por hablar con su hija, y el mudo rechazo de Shelby-. Fue una época horrorosa, Alan. Los asesinatos políticos pusieron a nuestro dolor privado bajo el ojo público de la prensa -suspiró profundamente-. Shelby no estalló hasta un día después del funeral. Lloraba como..., como una fiera herida. Y aquel desahogo duró tanto como su silencio anterior. Luego lo superó, quizá demasiado bien.

Alan no estaba muy seguro de desear oír más, imaginándose a la niña que había sido la mujer que amaba destrozada por el dolor, perdida y desorientada. Por aquel entonces él estaba estudiando en Harvard, tranquilo en su seguro mundo, siempre en contacto con su familia. Alan jamás había experimentado una pérdida tan devastadora. Intentó imaginarse lo que habría sentido de haber perdido a su padre, el robusto y vital Daniel MacGregor... y no pudo. Permaneció de pie ante la ventana, con la mirada perdida.

-¿Qué hizo Shelby?

-Vivió..., aprovechando al máximo esa gran energía que siempre ha tenido. Cuando tenía dieciséis años... -recordó Myra-... me comentó que la vida era un juego llamado «Quién Sabe?», y que quería probarlo todo antes de caer en sus trampas.

-Sí, eso me parece muy propio de ella -murmuró Alan.

-En efecto, y pese a todo es la criatura más flexible y adaptable que he conocido. Está satisfecha de sus propios defectos... quizá incluso algo orgullosa de algunos de ellos. Pero Shelby es un remolino de sentimientos. Cuantos más gasta, más tiene. Quizá nunca haya dejado de sufrir.

-Pero no puede negar lo que siente -pronunció Alan, frustrado-. Por mucho que la afectara la muerte de su padre.

-Ya, pero ella piensa que puede hacerlo.

-Piensa demasiado -musitó él.

-No, siente demasiado. No será una mujer fácil de amar, ni convivir con ella.

Alan se obligó a sentarse de nuevo.

-Dejé de desear una mujer fácil de amar cuando conocí a Shelby -todo parecía estar aclarándose por momentos. Los problemas concretos y específicos eran su especialidad. Se concentró en rememorar todo lo que le había dicho Shelby durante el día anterior..., aquel frío y despreciativo comportamiento que había tenido con él. Recordó, mientras se obligaba a permanecer tranquilo, aquella fugaz punzada de arrepentimiento que había vislumbrado en sus ojos-. Pero ayer me dijo que no quería saber nada de mí -pronunció con tono suave.

Myra dejó su taza en el plato con un gesto brusco.

-Absurdo. Lo que esa chica necesita... -se interrumpió, resoplando disgustada-. Si vas a desanimarte tan fácilmente, no sé por qué me molesto en decirte nada... Supongo que la gente joven espera que se lo den todo en una bandeja. Al primer contratiempo, se desinflan. Tu padre -continuó, acalorada podía con todo. Y tu madre, a la que te pareces tanto, podía superar cualquier problema con la mayor de las discreciones, sin alharaca alguna. ¡Menudo presidente vas a ser...! Creo que me voy a replantear votarte.

-Yo no aspiro a la presidencia -replicó Alan, disimulando una sonrisa.

-Por el momento.

-Sí, por el momento. Y voy a casarme con Shelby.

-Oh -exclamó Myra, ya más satisfecha-. Quizá te vote después de todo. ¿Cuándo?

Con la mirada fija en el techo, Alan reflexionó por unos instantes.

-Siempre me ha gustado Hyannis Port en otoño -pronunció, sonriendo-. Y a Shelby le encantaría casarse en un antiguo castillo escocés, ¿no te parece?

Una semana solamente tenía siete días. Shelby soportó casi seis diciéndose a sí misma que no se estaba volviendo loca. Pero para el viernes por la tarde ya se le habían agotado casi todas las excusas para su mal genio y su falta de concentración.

No estaba durmiendo bien; por eso se sentía tan débil. No estaba durmiendo bien debido a lo muy ocupada que había estado... en la tienda y con un buen número de compromisos sociales. Durante toda la semana no había rechazado ni una sola invitación de las que había recibido. Como se sentía deprimida, o agotada o lo que fuera, se había ido olvidando de un buen número de cosas, entre ellas algunas tan básicas como... comer.

Como se sentía débil, estaba siempre de mal humor. Y como estaba siempre de mal humor, había perdido el apetito.

Shelby se había aferrado a ese tipo de explicación circular durante días enteros, sin reconocer que el verdadero motivo tenía que ver con Alan. Varias veces había intentando convencerse de que no había pensado en él en ningún momento. En ninguno. Y en una ocasión se sintió tan satisfecha de no haberle dedicado ni un solo pensamiento, que agarró un florero de cerámica y lo estampó contra la pared del taller.

Fue un gesto tan inusual en ella, que se vio obligada a replantearse la explicación que se había dado a su estado de ánimo.

Trabajaba hasta el agotamiento: incluso a altas horas de la noche, cuando no podía dormir, o a tempranas horas de la mañana, por idéntica razón. Cuando salía, se esforzaba tanto por mostrarse alegre y despreocupada que algunas de sus amigas habían empezado a preocuparse por ella. Una tarde concertó una cita para cenar con sus amigos... de la que se olvidó al poco rato, para quedarse encerrada trabajando en el taller.

Podía ser culpa del tiempo, reflexionó mientras se sentaba detrás del mostrador, abstraída. Por la radio anunciaron que hasta el domingo no dejaría de llover. Para Shelby, el domingo estaba a años luz de distancia.

La lluvia deprimía a mucha gente, y Shelby tuvo que reconocer que el hecho de que nunca se hubiera deprimido antes no significaba que no pudiera hacerlo ahora. Dos días enteros lloviendo sin cesar podían amargar a cualquiera.

Y la lluvia tampoco era buena para su negocio. Aquel día y el anterior no había tenido más que un puñado de clientes. Por lo general habría cerrado la tienda con gesto resignado y habría buscado otra cosa que hacer, pero en vez de eso se había quedado dentro, entristecida, con un humor tan sombrío como aquel cielo nublado.

Pensó en salir a algún sitio el fin de semana. Tal vez subirse a un avión, viajar a Maine y sorprender a Grant. Su hermano se pondría furioso. Al pensar en ello, esbozó la primera sonrisa sincera en varios días. Grant la mandaría al infierno por presentarse sin avisar, pero después disfrutarían a lo grande charlando y bromeando.

Grant era terriblemente divertido, pero también demasiado perspicaz, pensó de inmediato Shelby. Adivinaría que algo marchaba mal, y aunque era extremadamente celoso de su propia intimidad, no se daría por vencido hasta que ella se lo contara todo. Shelby podía contárselo a su madre, o al menos una parte, pero a Grant no. Quizá porque la comprendía demasiado bien.

Así que... Shelby soltó un profundo suspiro y repasó las opciones que tenía. Podía quedarse en Georgetown y seguir deprimiéndose durante todo el fin de semana o podía marcharse. Sería divertido meter unas cuantas cosas en el coche y conducir hasta dejar atrás la lluvia. A Skyline, en Virginia, o a las playas de Nags Head. Sí, un cambio de escenario, decidió de repente. Un cambio total.

Ya se había levantado para poner el letrero de Cerrado cuando la puerta se abrió de golpe, dando paso a una corriente de aire frío y a una ráfaga de lluvia. Una mujer con un impermeable amarillo y botas de goma entró rápidamente y cerró apresurada la puerta.

-Qué tiempo tan malísimo -exclamó.

-El peor -repuso Shelby, encantada de tener al menos un cliente. Diez minutos antes había estado rompiéndose la cabeza para idear una forma de atraerlos-. ¿Desea ver algo en particular?

-No, solo quería curiosear un poco.

Forzando una sonrisa, Shelby se dijo que, de no haber sido por aquella intromisión, en aquel momento estaría ya haciendo el equipaje hacia una dorada playa. Incluso estuvo a punto de advertirle a la mujer que solamente disponía de unos diez minutos.

-Tómese su tiempo -le dijo al fin, resignada.

-Una vecina me habló de su rienda -la mujer se detuvo para observar un panzudo tiesto adecuado para un patio o una terraza-. Me encantó el juego de café que compró. Azul celeste, con decoración de flores.

-Sí, lo recuerdo -Shelby seguía obligándose a sonreír-. No hago copias, pero si está usted interesada en juegos de café, tengo algunos parecidos... -mirando a su alrededor, intentó recordar dónde los había guardado.

-Bueno, lo que más me atrajo no eran tanto esas cerámicas en concreto como su manera de trabajar. Mi vecina me dijo que usted personalmente torneaba todas las piezas que vendía.

-Así es -Shelby observó detenidamente a la mujer. Era una mujer atractiva, de mediana edad, pelo liso y negro con mechas rubias. Su expresión era muy afable-. Tengo el torno en la trastienda -le dijo, haciendo un esfuerzo por dominar las ganas que tenía de cerrar la tienda y marcharse de una vez-. También las esmalto y decoro.

Vio que se inclinaba para contemplar una urna, examinándola meticulosamente.

-¿Utiliza algún tipo de molde?

-Alguna vez que otra, para hacer figuras, pero prefiero el torno.

-¿Sabe? Tiene usted un talento excepcional... y una gran capacidad de trabajo -levantándose, la mujer deslizó suavemente un dedo por el borde de una cafetera de barro-. Me imagino el tiempo y la paciencia que habrá desplegado para sacar adelante esta producción.

-Gracias. Supongo que cuando algo te gusta mucho, te olvidas del tiempo que le dedicas.

-Mmmm. Es verdad. Yo soy decoradora -se acercó a ella para entregarle su tarjeta, en la que podía leerse: Maureen Francis. Decoradora de interiores-. En este momento estoy decorando un apartamento de mi propiedad, y me gustaría comprarle esa cafetera, aquella urna y ese florero -señaló cada una de las

piezas antes de volverse hacia Shelby-. ¿Le importaría reservármelas hasta el domingo? No quiero se me estropeen con la lluvia.

-Por supuesto. Se las empaquetaré y podrá recogerlas cuando quiera.

-Estupendo -Maureen sacó una chequera de su bolso-. ¿Sabe una cosa? Tengo la sensación de que usted y yo podemos hacer buenos negocios juntas. Llevo solamente un mes en Washington, pero ya tengo pendientes un par de encargos interesantes -sonrió-. Me gustaría utilizar sus cerámicas en mis proyectos de decoración.

-¿De dónde es usted? -le preguntó Shelby, curiosa.

-De Chicago. Allí estuve trabajando durante bastante tiempo para una gran empresa... diez años arrancó el cheque firmado y se lo entregó-. Hasta que decidí abrir un negocio propio.

Asintiendo, Shelby terminó de hacerle la factura.

-¿Es usted una buena profesional?

Maureen parpadeó varias veces, sorprendida por una pregunta tan directa, pero luego sonrió.

-Muy buena.

Shelby estudió su rostro por un momento; tenía unos ojos de mirada sincera, con un toque de humor. Siguiendo un impulso, le escribió un nombre y una dirección en el dorso de la factura.

-Esta es Myra Ditmeyer -le explicó-. Si hay alguien en esta zona que quiera redecorar su casa, Myra tiene que saberlo por fuerza. Conoce a todo el mundo. Llámela de mi parte.

Impresionada, Maureen se quedó mirando la factura. Llevaba muy poco tiempo en la capital, pero ya había oído hablar de Myra Ditmeyer.

-Gracias.

-Myra solo le exigirá a cambio que le cuente la historia de su vida, pero... -Shelby se interrumpió cuando la puerta volvió a abrirse. Y se quedó paralizada de asombro.

Alan cerró la puerta y se quitó la gabardina mojada. Después de saludar cortésmente a Maureen con una inclinación de cabeza, tomó a Shelby de la barbilla, se inclinó sobre el mostrador y la besó en los labios.

-Te he traído un regalo.

-¡No! -exclamó, retrocediendo-. Vete.

Alan se apoyó en el mostrador mientras se volvía hacia Maureen-. ¿Usted cree que esa es manera de reaccionar ante un regalo?

-Bueno, yo... -la mujer miró a uno y a otra, encogiéndose de hombros y sin saber qué decir.

-Por supuesto que no -continuó Alan, como si le hubieran dado la razón. Sacó una caja pequeña de un bolsillo de su gabardina y la puso sobre el mostrador.

-No voy a abrirla -Shelby miró la caja para evitar mirarlo a él. No quería arriesgarse a que le arrebatara el juicio tan pronto-. Y ya he cerrado la tienda.

-No es verdad -Alan se dirigió de nuevo a Maureen-. Shelby a veces es un poquito brusca con la gente. ¿Tiene curiosidad por ver lo que le he regalado?

Indecisa, Maureen vaciló. Y sin esperar a que se decidiera, Alan abrió la caja y extrajo una finísima joya de cristal de colores en forma de arcoiris. Muy a su pesar, Shelby se sintió encantada con el regalo. Y emocionada.

-Maldito seas, Alan -se preguntó cómo podía haber adivinado que tenía tantas ganas de ver un arcoiris después de todos aquellos días de lluvia.

-Suele reaccionar así -le explicó a Maureen-. Eso quiere decir que le gusta.

-Ya te dije que dejaras de enviarme cosas.

-No te la he enviado -señaló mientras depositaba el arcoiris en la palma de su mano-. Te la he traído.

-No lo quiero -negó acalorada, pero cerró los dedos-. Si no fueras un cabezota MacGregor, me dejarías en paz de una vez.

-Afortunadamente para ambos, compartimos esa misma característica -antes de que ella pudiera impedírselo, le tomó una mano-. Se te ha vuelto a acelerar el pulso, Shelby.

Maureen se aclaró la garganta para llamar su atención.

-Bueno, creo que ya es hora de que me vaya -se guardó la factura en el bolso mientras Shelby miraba impotente a Alan-. Volveré el lunes -añadió, aunque ninguno de los dos pareció darse cuenta de su marcha-. Ah. Si alguien me hubiera regalado un arcoiris en un día como este... -comentó, dirigiéndose hacia la puerta... creo que me habría caído de espaldas.

Shelby tardó unos segundos en reaccionar, y para entonces su última diente ya se había marchado. Había cometido su primer error. Ya no podía disimular lo muy alterada que estaba.

-Alan, voy a cerrar la tienda.

-Buena idea -se dirigió a la puerta para poner el letrero de Cerrado.

-Hey, espera un momento, no puedes... -se interrumpió al ver que se acercaba de nuevo a ella. La tranquila y decidida expresión de su mirada la obligó a retroceder un paso, nerviosa-. Esta es mi tienda, y tú... -se vio acorralada contra la pared en el preciso momento en que Alan ,rodeaba el mostrador.

-Y nosotros -se detuvo frente a ella- vamos a salir a cenar.

-Yo no voy a ninguna parte.

-Vas -la corrigió.

Shelby se lo quedó mirando fijamente, nerviosa y confundida. La voz de Alan no era ni autoritaria ni impaciente. No había furia alguna en sus ojos. Habría preferido la furia a aquella rotunda y demoledora confianza. Era más sencillo combatir el furor con el furor. Pero si iba a mostrarse tan tranquilo, ella intentaría hacer lo mismo.

-¿Quién eres tú para decirme lo que tengo que hacer?

Por toda respuesta, Alan la acercó hacia sí.

-No voy a salir contigo -insistió-. Tengo planes para este fin de semana. Me voy... me voy a la playa.

-¿Dónde tienes tu abrigo?

-Alan, te digo que...

Descubrió su cazadora en el perchero detrás del mostrador. La descolgó y se la entregó sin perder tiempo.

-¿Y tu bolso?

-¿Se te meterá alguna vez en la cabeza que no quiero ir contigo a ninguna parte?

La ignoró y recogió su bolso. Recogiendo las llaves que estaban encima del mostrador, la agarró de un brazo y la llevó hacia la puerta.

-Maldita sea, Alan, te he dicho que no salgo -de repente se encontró bajo la lluvia mientras Alan cerraba-. No quiero ir a ninguna parte contigo.

-Peor para ti -se guardó las llaves en un bolsillo de la gabardina mientras Shelby se obstinaba en no moverse de la puerta.

-No puedes hacerme esto -le dijo, apartándose el pelo mojado de los ojos.

Alan arqueó una ceja y la miró pensativo. Estaba pálida y empapada, pero también más hermosa que nunca. Y advirtió, con gran satisfacción, que se sentía algo insegura de sí misma. Iba por buen camino.

-Vamos a tener que empezar a contar las veces que me dices que no puedo hacer esto, o lo otro -pronunció antes de agarrarla de nuevo del brazo y llevarla a su coche.

-Si crees que... -se interrumpió cuando Alan la metió en el vehículo, con pocas ceremonias-. Si crees que... empezó de nuevo..., voy a dejarme impresionar por tus tácticas de cavernícola, estás muy equivocado-. Devuélveme mis llaves -exigió, extendiendo una mano con la palma hacia arriba.

Pero Alan se la tomó para depositar un beso en su centro, y de inmediato arrancó el coche.

-Alan, no sé qué diablos te pasa, pero esto tiene que terminar. Quiero que me devuelvas mis llaves ahora mismo.

-Después de la cena. ¿Qué tal te ha ido la semana?

Shelby se cruzó de brazos. Solo entonces se dio cuenta de que todavía llevaba en la mano el arcoiris que le había regalado. En un impulso se lo guardó en un bolsillo de la cazadora, que acababa de quitarse.

-No voy a cenar contigo.

-Pensé que sería mejor que fuéramos a un lugar tranquilo -giró a la derecha, en medio del denso tráfico-. Pareces un poquito cansada, cariño; ¿es que no has estado durmiendo bien?

-He estado durmiendo perfectamente -mintió-. Anoche salí -se volvió hacia él para añadir-. Tenía una cita.

Alan tuvo que dominar una punzada de celos. Pero la habilidad que tenía Shelby para irritarlo ya no lo sorprendía.

-¿Te lo pasaste bien?

-Me lo pasé fantásticamente bien. David es músico, y tiene una sensibilidad exquisita. Y, además, es muy apasionado. Estoy loca por él -pensó que David se habría quedado bastante sorprendido de haber podido escucharla en aquel instante, ya que en realidad estaba comprometido con una de sus más íntimas amigas-. De hecho -continuó, inspirada-, a las siete pasará a recogerme. Por eso te agradecería que dieras la vuelta ahora mismo y me llevaras a mi casa.

Pero en lugar de satisfacer su deseo o de estallar en cólera, Alan miró tranquilamente su reloj.

-Lo siento. Dudo que estemos de vuelta para entonces -mientras ella continuaba sumida en un pétreo silencio, frenó y aparcó el coche-. Será mejor que te pongas la cazadora; vamos a tener que andar un poco -como vio que ni se movía ni hablaba, se inclinó sobre ella como si fuera a abrir la puerta y le dijo al oído-. A no ser que prefieras quedarte en el coche.

Shelby se volvió, dispuesta a replicar algo, pero Alan aprovechó aquel instante para besarla rápidamente en los labios. Después de aquello optó por no decir nada y se apresuró a bajar del coche, echándose la cazadora sobre los hombros. «Ya cambiarán las tornas», se prometió mientras intentaba calmar su respiración acelerada. Y cuando recuperara sus llaves, se lo haría pagar muy caro.

Nada más reunirse con ella en la acera, Alan le tomó las manos y se la quedó mirando fijamente. Poco a poco pudo sentir cómo se iba desvaneciendo su inicial resistencia.

-Sabías a lluvia -murmuró, antes de ceder a la tentación de besarla de nuevo. Esa semana que había pasado lejos de ella a punto había estado de volverlo loco.

La lluvia seguía cayendo sobre ellos, y a Shelby le recordó por un instante la imagen de una catarata. Cuando la cazadora resbaló de sus hombros, pensó en un arcoiris. Evocó de repente todas sus necesidades, todos sus anhelos, todos sus sueños a medio formar. ¿Cómo había podido vivir durante tantos años sin él, cuando ya no podía soportar una sola semana sin verlo, sin sentir sus caricias?

Reacio, Alan se apartó. Estaba convencido de que, si hubiera esperado un solo segundo más, habría acabado olvidándose de que se encontraban en plena calle. Su rostro, bañado por la lluvia, tenía el color del marfil. Las gotas resbalaban por sus largas pestañas como diminutos diamantes. Deberían estar solos, pensó, en algún radiante bosque otoñal o en una descubierta pradera. Entonces no habrían existido motivos para detenerse, para separarse. Volvió a colocarle la cazadora sobre los hombros.

-Me gustas con el pelo mojado -con un lento y posesivo gesto, se lo acarició. Y sin pronunciar otra palabra, la rodeó con un brazo y echaron a andar.

Shelby conocía el restaurante. Era elegante e íntimo, con música muy suave, pero a las diez se llenaría de gente y de ruido. Un hombre como Alan no lo frecuentaría después de esa hora, mientras que ella sí. En aquel momento estaba débilmente iluminado, con velas en cada mesa, y solo se oían leves murmullos.

-Buenas noches, senador -lo saludó el maitre, antes de volverse hacia Shelby-. Encantada de volver a verla, señorita Campbell.

-Buenas noches, Mario.

-Su mesa está esperando -los guió hacia una mesa apartada-. ¿Qué vino va a querer? -inquirió mientras retiraba la silla de Shelby.

-Pouilly Fuisse, Bichot -respondió Alan sin consultarla a ella.

-Mil novecientos setenta y nueve -dijo Mario con un gesto de aprobación-. Muy bien. Ahora mismo les atenderá el camarero.

Shelby se apartó el pelo mojado de los ojos.

-Creo que habría preferido una cerveza,

-Eso para la próxima vez -repuso Alan con tono afable.

-No habrá una próxima vez. Y hablo en serio -añadió cuando él empezó a acariciarle el dorso de la mano con la punta de un dedo-. Ahora mismo no estaría aquí si no me hubieras sacado a la fuerza de la tienda. Y no me toques así -protestó, furiosa.

-Cómo te gustaría entonces que te tocara? Tienes unas manos muy sensibles -murmuró antes de que ella pudiera contestar algo. Al acariciarle un nudillo con el dedo pulgar, percibió un ligero temblor-. ¿Cuántas veces pensaste en mí durante esta semana?

-No pensé en ti -le espetó Shelby, aunque en seguida sintió una punzada de culpa por aquella nueva mentira-. De acuerdo -cedió-, ¿y qué silo hice? -intentó retirar la mano, pero Alan cerró los dedos sobre los suyos y se la retuvo. Era un gesto sencillo y convencional, casi insignificante, pero a Shelby la inundó de placer-. Me remordía la conciencia por el comportamiento que tuve contigo. Aunque después de lo que has hecho esta noche, lo que lamento es no haberme mostrado aún más desagradable. Y eso es algo que sé hacer muy bien añadió con tono amenazador.

Alan se limitó a sonreír mientras Mario se disponía a servirle el vino. Sin dejar de mirarla a los ojos, lo paladeó lentamente y asintió con la cabeza.

-Muy bueno. Es la clase de sabor que permanece en la boca durante horas. Más tarde, cuando te bese, aún no habrá desaparecido de tus labios.

Shelby sintió que el pulso le atronaba en los oídos.

-Si estoy aquí, es solo porque tú me has obligado.

Mario no derramó ni una sola gota de vino mientras servía sus copas, lo cual no careció de mérito, ya que no se perdió palabra de aquella conversación.

Los ojos de Shelby ardieron al ver que Alan seguía sonriéndole.

-Y dado que te niegas a devolverme las llaves, voy a ir al teléfono más cercano para llamar a un cerrajero. Y tú pagarás la factura.

-Después de la cena -le dijo Alan-. ¿Qué te parece el vino?

Frunciendo el ceño, Shelby tomó su copa y apuró la mitad de su contenido.

-Está bien -respondió, y lo miró desafiante-. Pero recuerda que esto no es una cita.

-Cada vez se está pareciendo más a un tenso debate parlamentario, ¿no? ¿Más vino?

Shelby estaba perdiendo la paciencia. Ansiaba estrellar los puños sobre la mesa; eso haría temblar copas y platos, pensó, tentada por la idea. Le estaría bien merecido. Pero luego pensó en el escándalo que se montaría en la prensa y cambió de opinión.

-Ni el vino ni la luz de las velas te servirán de nada.

-¿Ah, no? -seguía reteniéndole la mano-. Bueno, yo pensaba que se imponía ya algo más tradicional.

-¿De verdad? -Shelby no pudo evitar una sonrisa-. Entonces deberías haberme regalado una caja de bombones o un ramo de rosas. Eso sí que es tradicional.

-Pero yo sabía que preferirías un arcoiris.

-Tú sabes demasiado -tomó la carta que le ofreció el camarero y hundió la nariz en ella. Ya que la había arrastrado hasta allí, lo mejor que podía hacer era disfrutar de la cena. Por fin, después de tantos días, había recuperado el apetito. Y la energía también, admitió reacia. Desde el momento en que había vuelto a verlo, su depresión se había evaporado.

-¿Ha decidido ya lo que desea cenar, señora Campbell?

Shelby alzó la mirada al camarero y forzó una sonrisa.

-Sí. Tomaré ensalada de marisco con aguacate, consomé y lomo de cordero con salsa a la bearnesa. Ah, y patata asada con cogollos de alcachofa. El postre ya lo decidiré después.

El camarero tomó nota, impertérrito.

-¿Senador?

-La ensalada de la casa -pronunció, sonriendo al ver la expresión de asombro con que lo miró Shelby- y los scampi. Veo que el paseo bajo la lluvia te ha abierto el apetito, querida.

-Dado que estoy aquí, lo mejor que puedo hacer es llenarme el estómago. Bueno... -en otro de sus súbitos cambios de humor, cruzó los brazos sobre la mesa y añadió con tono animado-: Tendremos que matar el tiempo de alguna manera, ¿no? ¿De qué vamos a hablar, senador? ¿Qué tal en el Senado?

-Muy ocupado.

-Ah, el clásico comentario. Sé que has estado trabajando duro para bloquear el proyecto de ley de Breiderman. Bien hecho; eso tengo que reconocerlo. Ah, y luego está tu proyecto preferido. ¿Has progresado en la consecución de los fondos que necesitas?

-He dado algunos pasos en la dirección correcta -la miró pensativo por un instante. Para ser una mujer con tanta aversión por la política, estaba muy bien informada-. El alcalde de Washington se ha mostrado entusiasmado con la idea de crear aquí el mismo tipo de albergues que empezamos a construir en Boston. Pero por el momento, tendremos que depender en gran medida de la ayuda de los voluntarios... hasta que accedamos a los fondos federales.

-Tienes por delante una larga batalla... vistos los recortes de gasto público y la actual política presupuestaria.

-Lo sé. Pero al final ganaré -una leve sonrisa asomó a sus labios-. Puedo llegar a ser tan paciente... como insistente.

Desconfiando del brillo que veía en sus ojos, Shelby no dijo nada mientras les servían las ensaladas.

-Te has tomado muchas molestias con el asunto de Breiderman; es seguro que retirarán el proyecto.

-Así es el juego. Sin complicaciones, no se consigue nada que merezca realmente la pena. Y yo... -le llenó de nuevo la copa-... soy muy aficionado a superarlas según se me vayan presentando.

En esa ocasión no pudo ya ignorar Shelby el segundo sentido que tenían sus palabras. Se llevó un tenedor de ensalada a la boca y masticó, pensativa.

-No puedes planificar una aventura romántica como si fuera una campaña política, senador. Sobre todo con alguien que se sabe todos los trucos.

El buen humor de Alan se reflejaba en su expresión. Sin que pudiera evitarlo, Shelby descubrió que ansiaba acariciar aquel rostro.

-Pero admitirás que siempre he sido sincero contigo. Te aseguro que no he hecho ni una sola promesa que luego no piense cumplir.

-Yo no soy una de tus votantes.

-No por eso voy a cambiar mi programa.

Shelby sacudió la cabeza, entre exasperada y divertida.

-No voy a discutir contigo en tu territorio -jugueteando con los restos de la ensalada, alzó la mirada hacia él-. Supongo que verías la fotografía del periódico.

-Sí -Alan se dio cuenta de que aquello no le había gustado, aunque había intentado disimularlo con un tono ligero y el asomo de una sonrisa-. Me encantó que me recordaran aquel momento tan especial. Siento que a ti te molestara.

-No me molestó -se apresuró a negar-. De verdad que no -se interrumpió mientras el camarero le retiraba la ensalada para servirle el consomé. Empezó a removerlo con gesto ausente-. Supongo que solo me recordó que constantemente estás bajo el punto de mira de la prensa. ¿Te molesta eso a ti?

-Sí y no. La publicidad forma parte de mi profesión. Puede ser tanto un medio para un fin como una engorrosa molestia -de repente quiso verla sonreír-. Por supuesto, ardo de ganas de ver la cara de mi padre cuando descubra que estuve en el zoológico con una Campbell.

Tal y como había previsto, Shelby se echó a reír. La tensión de sus hombros se aminoró un tanto.

-¿Temes acaso perder tu herencia, Alan?

-Más temo por mi pellejo. O al menos por mi oído. Creo que me quedaré sordo cuando hable por teléfono con él.

Sonriendo, Shelby se llevó su copa a los labios.

-¿Le haces creer que puede intimidarte?

-De cuando en cuando. Así se queda contento.

-¿Sabes? -tomó un panecillo, lo partió en dos y le ofreció la mitad-. Si fueras más listo, evitarías mi compañía. No deberías arriesgarte a quedarte sin oído; en política, un oído fino es algo indispensable.

-Ya me encargaré de mi padre... cuando llegue el momento.

-¿Quieres decir después de haberte encargado de mí, verdad?

Alan alzó su copa a modo de brindis.

-Justamente.

-Alan -le sonrió de nuevo, ya más confiada-. No lo vas a conseguir.

-Eso ya lo veremos -repuso con tono tranquilo-. Ah, aquí llega tu lomo.

Shelby habría deseado no disfrutar tanto de la cena. Habría deseado que Alan no hubiera sido capaz de hacerla reír con tanta facilidad. O de persuadirla para que la acompañara a M Street para tomar una última copa de vino en un pequeño y atestado café.

Pero no pudo evitarlo. Por primera vez en una semana, podía reír, relajarse y disfrutar sin esfuerzo. Habría consecuencias; siempre las había. Pero ya pensaría en ellas al día siguiente.

Más de una vez alguien se acercó a su mesa para saludarla, y de paso mirar con curiosidad a Alan. Aquello le recordó que ese tipo de cafés eran su territorio, no el de él.

-Hola, preciosa.

Shelby alzó la mirada mientras sentía unas manos sobre sus hombros.

-Hola, David. Hola, Wendy.

-Hey, se suponía que tenías que habernos llamado esta noche -le recordó David-. Tuvimos que ver esa nueva obra en Ford's sin ti.

Wendy, sacudiendo su larga y hermosa melena, deslizó un brazo en torno a la cintura de Andy.

-La verdad es que no te perdiste nada.

-Yo... bueno, me distraje un poco -Shelby desvió la mirada hacia Alan-. Os presento a Alan. Estos son David y Wendy.

-Encantado de conoceros -sonrió-. ¿Queréis sentaros?

-Gracias, pero ya nos íbamos -David despeinó cariñosamente a Shelby antes de quitarle su copa de vino para darle un rápido sorbo-. Mañana tenemos que asistir a una boda.

-David aún sigue intentando convencerse de que tendrá que asistir a la nuestra el mes que viene bromeó Wendy-. Hey, ya te llamaré para pedirte el teléfono de esa empresa de catering griego de la que me hablaste -y añadió, dirigiéndose a Alan-: Shelby dice que el ouzo anima mucho las fiestas. Bueno, ya nos veremos. Hasta luego.

Alan los observó mientras se dirigían hacia la salida, curioso.

-Ese chico va muy rápido.

-¿David? -Shelby lo miró asombrada-. Es la persona más lenta y tranquila del mundo, excepto cuando tiene una guitarra en las manos.

-¿De verdad? -un brillo de humor relampagueó en sus ojos-. Bueno, ¿no me habías dicho antes que ayer estuvisteis juntos de juerga y que estabas loca por él? Pues esta noche lo has dejado plantado y ya está pensando en casarse con otra. Si eso no es ir muy rápido...

-Oh -desgarrada entre la irritación y su propio sentido del ridículo, se puso a jugar con su copa. Bueno, los hombres son criaturas muy volubles. Cambian muy fácilmente de opinión en un mismo día...

-Eso parece -inclinándose hacia ella, le alzó la barbilla con un dedo-. Veo que estás sobrellevando muy bien este desengaño amoroso.

-No me gusta expresar demasiado mis sentimientos -exasperada y divertida a la vez, reprimió una carcajada-. Maldita sea, ¿por qué tenía que encontrarme con David precisamente esta noche? siguió fingiendo, aunque sabía que no tenía ya ninguna credibilidad.

-Y con todos los tugurios que hay en este barrio...

Shelby ya no se reprimió más y se echó a reír.

-Bueno, es igual... -levantó su copa-. ¿Brindamos por los corazones rotos?

-¿O por la gente que no sabe mentir bien?

-Antes mentía muy bien -le confesó-. Además, es verdad que estuve saliendo con David... pero hace de eso unos tres años -apuró su vino-. O quizá cuatro. Ya puede borrar esa engreída y arrogante sonrisa de su rostro, senador.

-¿Estaba sonriendo? -inquirió, levantándose y entregándole su cazadora-. Qué grosería por mi parte.

-Habría sido mucho más cortés fingir que no me habías sorprendido en una mentira semejante -le recriminó Shelby mientras se abrían paso entre la multitud y salían a la calle, bajo la lluvia que no había cesado.

-Ya -le rodeó los hombros con un brazo, sin que ella protestara-. Y supongo que la culpa es mía por no haberte dado tiempo para pensar en una mentira más elaborada y efectiva.

-Así es -Shelby alzó la cara al cielo, olvidándose de que apenas unas horas antes había maldecido aquella lluvia con todas sus fuerzas. Le gustaba sentir su frescor; habría sido capaz de seguir caminando así durante horas... -. Pero no voy a darte las gracias por la cena -añadió con un brillo divertido en los ojos. Cuando llegaron al coche se volvió hacia él, apoyándose en la puerta abierta-. Ni por el vino tampoco.

Alan contempló su rostro bañado por la lluvia y la deseó con desesperación. Tuvo que hundir las manos en los bolsillos para no ceder a un impulso del cual podría arrepentirse después.

-¿Qué me dices del arcoiris?

Una leve sonrisa bailó en los labios de Shelby.

-Quizá por eso sí te dé las gracias. Aún no lo he decidido -subió rápidamente al coche. Se había dado cuenta de que le temblaban las rodillas..., con una sola mirada que le había lanzado Alan. Habría sido mucho más prudente conservar la actitud ligera y despreocupada que habían mantenido en el café... al menos hasta que se encontrara sana y salva dentro de su apartamento-. ¿Sabes? -añadió cuando él se sentó al volante-. Esta noche pensaba conducir hasta una playa. Y tú has trastocado mis planes.

-¿Te gustan las playas con lluvia?

-Esperaba que no me lloviera. Pero sí; también me gustan con lluvia.

-Yo las prefiero con una tormenta -explicó mientras conducía-. A la caída del sol... cuando todavía hay suficiente luz para ver cómo se revuelve el cielo con el mar...

-¿De verdad? -intrigada, contempló su perfil-. Yo habría pensado que preferías las tranquilas playas de invierno, donde puedes pasear a solas y meditar...

-Todo tiene su momento.

Shelby podía imaginarse muy bien el paisaje que le había descrito: los relámpagos, los truenos, el ulular del viento... Algo, que no era el vino que había bebido, le estaba calentando la sangre. Vibraciones. Había percibido las vibraciones que emitía Alan desde el primer momento que lo vio, pero ahora era como si afloraran a la luz, a la superficie. Y, si no llevaba cuidado, terminaría sucumbiendo a ellas.

-Mi hermana vive en Atlantic City -le comentó Alan-. Me gusta ir allí en las raras ocasiones en que no tengo mucho trabajo, para pasar un par de días paseando por la playa o perdiendo dinero en su casino.

-¿Tu hermana tiene un casino?

-Su marido y ella tienen varios -sonrió, divertido por la sorpresa que reflejaba la voz de Shelby-. Rena solía jugar al blackjack. Todavía juega de vez en cuando. Te imaginabas que tendría una familia tan formal y severa como aburrida, ¿verdad?

-No precisamente -respondió, aunque en gran parte tenía razón-. Al menos no por lo que sabía de tu padre. Myra parece tenerle mucho cariño.

-Les encanta discutir. Son igual de rotundos en sus opiniones -aparcó delante de la vivienda de Shelby, y bajó rápidamente del coche para abrirle la puerta.

Una vez en el portal, Shelby buscó las llaves en su bolso por puro acto reflejo.

-Las sigo teniendo yo -le recordó Alan mientras se las sacaba de un bolsillo. Sin dejar de mirarla a los ojos, empezó a jugar con las llaves-. Creo que bien valen una taza de café.

-Eso es chantaje -replicó ella, frunciendo el ceño.

-¿Chantaje? -la miró con expresión tranquila-. Yo pensaba más bien que era una transacción comercial.

Shelby vaciló por un instante pero al final cedió, suspirando. Lo conocía lo bastante bien como para saber que podían seguir discutiendo durante una hora entera en el portal... y aun así terminaría saliéndose con la suya y tomándose esa taza de café. Haciéndose a un lado, le señaló la puerta cerrada.

-Adelante.

Una vez dentro de la casa lanzó descuidadamente la cazadora sobre una silla de la cocina, sobre la que casualmente se hallaba tumbado el gato. El animal se desperezó, saltó al suelo y la miró con su único ojo.

-Oh, perdón -abrió un armario y sacó un paquete de comida para gatos-. No me mires así. La culpa es de él -le dijo a Nelson, y luego se volvió hacia Alan-. No le gusta que vuelva tarde a casa y le dé la cena a estas horas. Es muy estricto con sus horarios de comida.

-No parece que pase hambre.

-No, hambre no pasa -se acercó al fregadero para llenar la cafetera de agua-, pero es muy irritable. Si algún día... -perdió el hilo de lo que estaba diciendo al sentir las manos de Alan deslizándose por sus hombros-... si algún día me olvido de darle de comer... -cuando lo que sintió fue el roce de sus labios en la oreja, la cafetera se le escapó de las manos y cayó a la pila-... se enfurruña -por fin consiguió llenarla y dejarla sobre el mostrador.

-Me lo imagino -murmuró Alan. Retirándole delicadamente la melena del cuello, le acarició la nuca-. Shelby...

Se dijo que tenía que ignorarlo. Ignorar absolutamente lo que le estaba haciendo...

-¿Qué?

-Mmmm -con los labios trazó un ardiente sendero todo a lo largo de su cuello, lamiéndoselo.

Estremecida, Shelby tuvo que apoyarse en el mostrador.

-¿Qué?

-¿Que no... -le plantó un pequeño beso en una comisura de la boca, y luego en otra-... has puesto el café en la cafetera.

Cerrando los ojos, Shelby se sentía más débil que nunca.

-¿Qué?

-Que no has llenado la cafetera de café -la besó en una comisura de los labios, y luego en la otra.

-Oh... Ahora mismo... -murmuró al sentir el delicioso contacto de sus labios en los párpados cerrados. Lo oyó reír suavemente y se preguntó por qué aquella risa le sonaba tan triunfante. Tuvo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para luchar contra aquel fuego interno que ya se había transformado en un incendio-. Alan... Estás intentando seducirme.

-No. No es verdad -le mordisqueó el labio inferior antes de descender nuevamente hacia su garganta. Ansiaba desesperadamente sentir el latido de su pulso-. Te estoy seduciendo.

-No -Shelby apoyó las manos en su pecho con intención de apartarlo de sí. No supo cómo sucedió, pero finalmente lo que hizo fue echarle los brazos al cuello.

Alan apenas pudo dominar la urgente punzada de deseo que lo atravesó mientras enterraba los dedos en su pelo.

-¿No? -se concentró nuevamente en su boca-. ¿Por qué?

-Porque... -se esforzó por recordar dónde estaba. O quién era-. Porque... ¿este es el camino a la perdición?

Alan ahogó una carcajada antes de seguir acariciándole los labios con la lengua.

-Inténtalo otra vez.

-Porque... -era demasiado. Se suponía que el deseo no era tan doloroso. Lo sabía porque ya había experimentado deseo antes. No. Aquello tenía que ser algo diferente, algo que no sabía cómo nombrar. Era una debilidad tan inmensa y a la vez una fuerza tan abrasadora que amenazaba con reducir a cenizas todas sus convicciones, todo lo que había creído saber hasta ese momento-. No -el pánico, punzante y

real, estalló en su mente-. No, te deseo demasiado. No puedo dejar que esto suceda; ¿es que no te das cuenta?

-Demasiado tarde -todavía sembrando su rostro de besos, la guió a través del apartamento-. Es demasiado tarde, Shelby -le abrió la blusa y se la deslizó por los hombros, dejando que cayera al suelo. Pensó que esa vez, esa primera vez, sí que sería una seducción. Una seducción que ambos recordarían durante todos los años que quedaban por venir. Tomándose su tiempo, le acarició los brazos y los hombros desnudos-. ¿Sabes cuántas veces me he imaginado estando contigo así? ¿Cuántas veces me he imaginado tocándote... -por encima de la camiseta, le rozó un seno-..., así? -la falda no tardó en seguir el camino de la camisa-. ¿Oyes la lluvia, Shelby?

-Sí -respondió mientras se tumbaban en la cama.

-Vamos a hacer el amor -le mordisqueó de nuevo una oreja-. Y cada vez que oigas llover, te acordarás de esto.

No necesitaba de la lluvia para recordarlo. Nunca el corazón le había latido tan rápido. Sí, podía escuchar la lluvia, repiqueteando sin cesar en el tejado, o contra los cristales de las ventanas. Pero no necesitaría volver a escuchar ese sonido para recordar la forma tan perfecta en que la boca de Alan se adaptaba a la suya, en que su propio cuerpo parecía encajar en el suyo. Solo tendría que pensar en él para evocar el brillo de aquellas gotas de lluvia en su pelo, o su nombre pronunciado en un susurro por sus labios.

Nunca se había entregado tan completamente a ningún hombre, aunque ni siquiera ella misma era consciente de ello. En aquel instante se estaba rindiendo, dejando que él la guiara a donde se había mostrado tan reacia, o tan temerosa, a ir. A la inconsciencia.

Alan parecía querer tocarla y saborearla por entero, toda ella, pero lo hacía con tanta lentitud y meticulosidad que Shelby creía estar flotando de gozo, perdida en una niebla de sensaciones. Solamente con las puntas de los dedos, con los labios, la estaba arrastrando a un nivel de excitación insoportable. Hasta que comenzó a desabrocharle los botones de la camisa, Shelby no había comprendido el significado de la palabra «languidez». Le pesaban tanto los brazos... Sus manos y sus dedos, siempre tan hábiles, se movían con auténtica torpeza, para su propia desesperación...

Pero, de repente, Alan se apoderó ávidamente de su boca, estrechándola contra sí e inmovilizándole las manos. Quizá fuera una inconsciente muestra de dominación por su parte, o tal vez ya no había podido reprimirse más; fuera como fuera, Shelby dejó de entregarse para empezar a tomar. A partir de ese momento su avidez se equiparó a la suya, y cuando amenazó con rebasarla, el autodomínio de Alan empezó a vacilar. No le temblaban ya los dedos mientras desnudaba su fuerte y musculoso torso. Era como una carrera entre los dos para ver quién excitaba al otro más intensamente, y más rápido.

Alan se dedicó entonces a descubrirle con los labios zonas de placer que Shelby ni siquiera había sabido que existían, concentrándose por entero en ellas. Apresuradamente, la despojó de las últimas barreras de ropa. La sentía temblar allí donde la tocaba, allí donde su lengua incendiaba su piel. Sabía que ya había dejado su miedo atrás. Aquello era pasión, la pasión pura y simple que Alan siempre había sabido que recibiría si esperaba lo suficiente. Era el remolino y el caos que tanto había ansiado y esperado de ella.

Agresiva, toda fuego y fulgor, Shelby se movía con él, contra él, para él, hasta que acabó por agotar y destrozar su capacidad de control. Podía saborear todo su ser respirando su aliento: un aliento maravillosamente dulce y tentador.

Nadie llevaba la iniciativa, sino que los dos se veían igualmente arrastrados cada uno por el otro. Shelby lo acogió dentro de sí con un grito que ahogó contra sus labios y que nada tuvo que ver con una rendición. Trueno y relámpago, se devoraron mutuamente.

La lluvia seguía cayendo. Podían haber seguido así, abrazados, durante horas enteras. Ninguno de los dos había pensado en el tiempo. Solo en el aquí y el ahora.

Shelby se acurrucó contra Alan, los ojos cerrados, tan tranquila y sosegada como si aquella tormenta de sensaciones nunca hubiera tenido lugar. Pero sí que había estallado: se había rendido a ella y como consecuencia había descubierto una serenidad de espíritu que jamás antes había experimentado. Alan. Alan era su paz, su corazón, su hogar. Firme, sólido, enigmático, tenaz. Con sus múltiples facetas. Quizá fuera por eso por lo que se sentía tan inevitablemente atraída hacia él.

De pronto Alan se movió, acercándola más hacia sí. Aún podía sentir lo que antes había experimentado con tanta intensidad: la excitación, la pasión, las sensaciones que no sabía nombrar. Shelby continuaba adentrándose en su ser. Era como un remolino, un impetuoso viento que soplara en todas las direcciones a la vez. O una dulce brisa que aliviara las asperezas del mundo que tan bien conocía. Sí, necesitaba esa magia que solo Shelby sabía darle, de la misma forma que necesitaba, a cambio, satisfacer todas sus ansias.

Lenta, sensualmente, deslizó una mano por su espalda.

-Mmmm. Otra vez -murmuró Shelby.

Riendo en voz baja, Alan repitió la caricia y ella ronroneó de placer.

-Shelby... -por toda respuesta, la oyó suspirar de nuevo mientras seguía acurrucándose contra él-. Shelby, hay algo caliente y peludo bajo mis pies.

-Mmmmm.

-Si es tu gato, no respira.

-Es MacGregor.

-¿Qué? -la besó en el pelo.

Shelby ahogó una carcajada contra su hombro.

-Que es MacGregor -repitió-. Mi cerdito.

Siguió un momento de silencio mientras Alan intentaba digerir aquella información.

-¿Perdón?

El toro seco y serio de su voz le arrancó una nueva carcajada.

-Oh, dilo otra vez. Me encanta -como tenía que verle la cara, Shelby encontró la energía necesaria para inclinarse sobre él, prender un fósforo de la caja que estaba sobre la mesilla y encender una vela-. Se. llama MacGregor -le dijo, dándole un rápido beso antes de señalar el muñeco de peluche que estaba a los pies de la cama.

Alan se quedó mirando aquel rostro porcino, tan sonriente.

-¿Le has puesto mi nombre a un cerdo de peluche?

-Alan, ¿qué manera es esa de hablar de nuestro niño?

La estaba mirando con una expresión tan masculina e irónica que Shelby se dejó caer sobre su pecho, desternillándose de risa.

-Le puse tu nombre porque supuestamente ese iba a ser el único MacGregor con el que estaría dispuesta a acostarme.

-¿De verdad? -rió, divertido.

-Pues sí. Y ya ves que me equivoqué. Sabías perfectamente que sería incapaz de resistirme para siempre a tus globos y a tus arcoiris -contemplando deleitada el dorado reflejo de la vela en su rostro, se dedicó a seguir su contorno con la punta de un dedo-. Lo cierto es que no esperaba que acabase sucediendo esto.

Alan le sujetó la muñeca para depositar un tierno beso sobre su palma.

-¿Te refieres a que hemos hecho el amor?

-No -la mirada de Shelby viajó de su boca hasta sus ojos-. Me refiero a enamorarme de ti -Sintió que sus dedos se tensaban por un instante en su muñeca, mientras su mirada, clavada en sus ojos, se tornaba más oscura. Percibió, incluso, que el corazón le daba un salto en el pecho-. ¿Y tú?

-Sí -la palabra, apenas audible, resonó en su mente. La atrajo hacia sí, acunándole la cabeza contra su pecho. No había esperado recibir tanto de ella y en tan poco tiempo-. ¿Cuándo? -le preguntó.

-¿Cuándo? -repitió Shelby, disfrutando del sólido contacto de su pecho bajo su mejilla-. En algún momento entre nuestro primer encuentro en casa de los Write y cuando abrí tu paquete y vi que era una cesta de fresas.

-¿Tanto tardaste? Pero si lo único que tenía que hacer era mirarte -bromeó.

Shelby alzó la cabeza para mirarlo a los ojos. En realidad sabía que no estaba exagerando.

-Es verdad. Si me lo hubieras dicho hace una semana, o hace un día, habría pensado que estabas loco lo besó en los labios, riendo-. Quizá lo estés... pero no me importa. No me importa nada en absoluto añadió, suspirando.

Sabía que era una persona tierna..., con los niños y con los animales, sobre todo. Nunca antes había sentido verdadera ternura por un hombre. Pero cuando en aquel momento volvió a besarlo, con aquellas palabras de amor todavía resonando en su cabeza, se sintió verdaderamente abrumada, anegada de ternura. Acarició nuevamente sus rasgos con sus dedos de artista, moldeando sus relieves y contornos y grabándolos a fuego en su memoria.

Descendió luego por la poderosa columna de su cuello, hasta su musculosa espalda. Tenía unas espaldas anchas y fuertes... lo suficiente como para poder cargar con el peso de cualquier problema que ella pudiera tener... Pero no lo haría. Le bastaba con tenerlo a su lado, con saber que estaba allí. Sin retirar los labios de los suyos, reconoció el rastro de su propio aroma en él, y aquel detalle le pareció maravilloso. Permanecieron abrazados en silencio durante unos instantes más: desnudos, saciados, felices.

-¿Puedo decirte algo sin que se te vaya a subir a la cabeza? -murmuró Shelby mientras deslizaba los labios por su pecho.

-Probablemente no -respondió con voz ronca de placer-. Me siento halagado con mucha facilidad.

-Cuando estuviste en mi taller... -lo besó en una tetilla, sintiendo el rápido latido de su corazón-... ¿te acuerdas de que te quitaste la sudadera para que te la lavara? Cuando te vi, me entraron unas ganas terribles de hacer esto -deslizó las palmas de las manos por su torso, hasta llegar a la estrecha cintura-. Así y así... Y la verdad es que estuve a punto de hacerlo.

Alan sintió que la sangre empezaba a alborotársele... en la cabeza, en el corazón, en su sexo...

-No me habría resistido demasiado.

-Si hubiera decidido hacerte el amor, senador... -murmuró con una risa sensual-... no habrías tenido una sola oportunidad.

-¿Tú crees?

-Mmmm -afirmó, lamiéndolo con exquisita sensualidad-. Lo creo. Un MacGregor siempre cede ante una Campbell.

Cuando Alan se disponía a protestar, Shelby optó por acariciarlo más abajo. No quería rehuir el debate, sino proseguirlo..., sin palabras.

Al cabo de unos segundos estaba ensimismada con la textura de su piel, con las sombras que proyectaba la luz de la vela sobre su cuerpo. La lluvia continuaba entonando su monótona canción, pero salpicada esta vez de los leves suspiros y susurros de Shelby.

Se movía lentamente, acariciando aquí, mordisqueando allá. Una caricia podía debilitar o excitar. Un beso podía enternecerlo o bien volverlo loco de deseo. A Alan se le había acelerado el pulso de una manera insoportable, y decidió que ya era hora de cambiar las tornas. Con un rápido movimiento, se colocó encima de ella.

Vio que estaba ruborizada, acalorada, jadeante. La roja cascada de su melena se había derramado sobre la colcha de color verde. Las sombras proyectadas por la vela bailaban en sus rasgos, recordándole la primera impresión que tuvo nada más verla: la de una hermosa y seductora gitana. En sus ojos grises ardía la expectación.

-Los MacGregor -murmuró- sabemos muy bien cómo tratar a los Campbell.

Bajó la cabeza, pero en el último momento se detuvo a solo unos centímetros de su boca. Vio que había entornado los párpados, sin llegar a cerrarlos. Tenía acelerada la respiración. Lentamente, Alanladeó la cabeza para deslizar los labios por la línea de su mandíbula.

Shelby cerró los ojos con un gemido que fue tanto de protesta como de deleite. Su boca anhelaba la suya, pero la sensación de aquellos sensuales labios rozándole la piel la hacía estremecerse deliciosamente. De repente Alan empezó a acariciarla.

Sus manos se desplazaban por su cuerpo desnudo, con lentitud y meticulosidad, sin prisa alguna.

Con la lengua, los dientes y los labios dibujaba lánguidos, amplios y devastadores círculos en torno a sus senos, a la vez que le acariciaba el vientre, cada vez más abajo, tentando, prometiendo... hasta que Shelby se arqueó hacia él, desesperada por sentirlo dentro. Pero Alan no parecía tener ninguna prisa, y continuó concentrándose en incrementar su placer con una paciencia que la dejó sin aliento. Su

boca descendía poco a poco, encendiendo con la lengua fuegos en su piel que sus manos se ocupaban de avivar.

Ninguno de los dos fue consciente del momento en que el mundo dejó de existir. Pudo haberse extinguido lentamente, o quizás de golpe. En cualquier caso todo desapareció excepto ellos, carne contra carne, piel contra piel, suspiro contra suspiro.

Shelby temblaba cuando Alan entró en ella, decidido a esperar hasta que ambos enloquecieran de deseo. Le hizo el amor con exquisita lentitud, escuchando sus estremecidos jadeos que se mezclaban con los suyos, embebiéndose del ardiente, húmedo sabor de su boca.

Hasta que todo empezó a girar a su alrededor, como un remolino. Y Alan enterró el rostro en su cuello para dejarse arrastrar a la locura.

La mañanas grises y sombrías solían incitar a Shelby a meterse bajo las sabanas y a seguir durmiendo una hora más después de que sonara su despertador mental. Así que aquella mañana, sintiendo el cálido cuerpo de Alan a su lado, se acurrucó contra él y se dispuso a hacer lo mismo.

Pero resultó obvio, por la manera en que empezó a acariciarle la espalda y el trasero, que Alan tenía otros planes.

-¿Estás despierta? -le murmuró al oído-. ¿O deberla despertarte yo?

-Mmmm.

-Supongo que eso quiere decir que estás indecisa -Alan deslizó los labios todo a lo largo de su cuello hasta llegar a su base, allí donde latía su pulso lento y firme. Se preguntó cuánto tiempo tardaría en acelerárselo-. Quizá pueda yo sacarte de dudas.

Lentamente, disfrutando de su soñolienta respuesta, empezó a besarla y a acariciarla. Parecía imposible, pensó, que pudiera haberle hecho el amor tantas veces durante la noche anterior y todavía la deseaba con tanto ardor aquella mañana. Pero su piel era tan fina y suave... al igual que su boca. No tardó en empezar a sentir la aceleración de su pulso.

La pasión fue despertándose en Shelby, que se dejó tocar y explorar sin moverse, excitándolo solamente con sus gemidos. La mañana avanzaba, pero creían tener el tiempo en sus manos.

Aquel nuevo encuentro amoroso fue como una soñadora y borrosa nube, que empezó con una primera e inofensiva caricia y terminó con un último beso sin aliento.

-Creo -dijo Shelby, con la cabeza de Alan entre sus senos- que deberíamos quedarnos en la cama hasta que dejara de llover.

-Eso es demasiado pronto -murmuró-. Tenías que haber pensado en eso hace días -con los ojos cerrados, podía verla yaciendo perezosa debajo de su cuerpo, con la piel todavía ardiendo por sus caricias-. ¿Vas a abrir hoy la tienda?

Shelby bostezó mientras deslizaba las palmas de las manos por su musculosa espalda.

-Los sábados Kyle se encarga de eso. Podemos quedarnos aquí y dormir todo lo que queramos.

Alan le besó la curva de un seno, antes de ascender nuevamente hacia su garganta.

-A mediodía tengo una comida de negocios, y también he de resolver algún papeleo antes del lunes.

«Por supuesto», pensó Shelby, reprimiendo un suspiro. Para un hombre como Alan, el sábado era simplemente otro día de la semana. Lanzó un vistazo al reloj; todavía no eran las siete. Como obedeciendo a un acto reflejo, se acurrucó contra él. El tiempo ya se le estaba escapando entre los dedos.

-Eso significa que todavía podemos quedarnos unas cuantas horas más en la cama.

-¿Qué te parece si desayunamos?

Shelby reflexionó por un instante, para terminar decidiendo que se sentía más perezosa que hambrienta.

-¿Sabes cocinar?

-No.

-¿No sabes hacer nada? -inquirió, sorprendida-. Eso es algo bastante machista tratándose de un hombre que prioriza las propuestas feministas en su programa político.

-Pero yo tampoco espero que tú seas capaz de cocinar -replicó arqueando una ceja, con un brillo divertido en los ojos-. ¿Sabes?

-Apenas -respondió, disimulando una sonrisa.

-Me parece extraño en alguien con un apetito como el tuyo.

-Como fuera con frecuencia. ¿Y tú?

-McGee se encarga de eso.

-¿McGee?

-Ya trabajaba de mayordomo de la familia cuando yo era un crío, y cuando me trasladé a Washington insistió, con su estilo estoico e imperturbable, en acompañarme -sonrió-. Siempre he sido su favorito.

-¿Ah, sí? -indolente, Shelby cruzó las manos detrás de la cabeza-. ¿Y eso por qué?

-Si no fuera tan modesto, te diría que siempre fui un chico tranquilo y bien educado que jamás creó a sus padres ni un solo problema.

-Mentiroso. ¿Cómo te rompiste la nariz?

-Rena me pegó un puñetazo.

-¿Tu hermana te rompió la nariz? -Shelby soltó una carcajada-. Era la experta en blackjack, ¿no? ¡Oh, me encanta!

Alan le pellizcó entonces la nariz con dos dedos.

-No te rías, que a mí me dolió mucho.

-Ya me lo imagino. ¿Acaso tenía costumbre de pegarte?

-En realidad no me estaba pegando a mí -la corrigió con tono digno-. Estaba intentando pegarle a Caine porque se había reído de la atracción que sentía por uno de sus amigos. Decía que lo miraba con ojos de becerra.

-Típica broma pesada de hermano.

-El caso es que yo me interpose entre los dos. Ella fue a darle otro puñetazo, falló y me lo llevé yo explicó mientras Shelby no podía dejar de reír-. A partir de ese momento renuncié a convertirme en diplomático. Siempre es el árbitro el que recibe los golpes.

-Estoy segura de que Rena debió de lamentarlo mucho -comentó, divertida.

-Al principio sí. Pero si mal no recuerdo, una vez que yo dejé de sangrar y amenacé con matarla a ella y a Caine, su reacción fue bastante parecida a la tuya.

-Insensible, ¿no? -Shelby empezó a sembrarle el rostro de besos, a modo de disculpa-. Pobrecito. Mira, haremos una cosa: como penitencia, intentaré preparar el desayuno -con un arranque de energía, le dio un último beso y se levantó de la cama-. Vamos a la cocina -se puso la bata al tiempo que él se calzaba-. Tú puedes ir preparando el café mientras yo intento encontrar algo en la nevera.

-Estupendo.

-Pero no te hagas muchas ilusiones, ¿eh? -le advirtió.

Atravesaron el salón, donde el gato, que continuaba durmiendo en el sofá, los ignoró.

-Aún sigue enfadado -comentó Shelby, suspirando-. Ahora voy a tener que comprarle comida especial, higaditos de pollo o algo así -se detuvo para sacar el cuenco de agua de la jaula de la lora-. Qué mal genio tiene ese animal, ¿verdad, Tía Em?

El pájaro replicó con un chillido impaciente. Hasta allí llegaba su escaso vocabulario.

-Parece como si se hubiera levantado con la pierna..., mejor dicho, con la garra izquierda -comentó Alan.

-Oh, qué va. Cuando habla es que está de buen humor.

-¿Y ha hablado? -la miró divertido.

Por toda respuesta Shelby le entregó el cuenco de agua de la lora, que estaba vacío.

-Anda, encárgate de llenárselo antes de preparar el café -y sin esperar su respuesta, abrió la nevera-. Parece que la gira del presidente por Oriente Medio aún dura... -le comentó-. ¿A ti te gusta viajar?

Consciente del significado, y también del temor que se ocultaba detrás de aquella pregunta, Alan respondió:

-A veces sí. Y otras veces simplemente es una necesidad. No siempre es posible elegir cuándo y a dónde quieres ir.

-Ya, supongo que no -repuso Shelby, intentando sobreponerse al abatimiento que empezaba a sentir. Seguía asomada a la nevera cuando lo vio salir de la cocina con el cuenco lleno de agua. «No pienses en eso», se ordenó con firmeza. «No pienses en eso hoy»-. Bien -añadió con tono más animado cuando volvió Alan-, lo que tenemos aquí es un cuarto de litro de leche, algo de comida china, una pequeña rodaja de queso de cabra y un huevo.

Alan se inclinó para echar un vistazo por encima de su hombro.

-¿Un huevo?

-Así es, pero espera un momento... -se mordió el labio inferior-. Antes tendríamos que examinar todas las opciones, ¿no?

-¿Te refieres a visitar el restaurante de la esquina?

-No, no, espera un momento -murmuró, concentrándose-. Veamos. También tenemos tres, cuatro, cinco rebanadas de pan. Pan francés -de pronto esbozó una sonrisa triunfante-. ¡Eso significa que nos tocan dos piezas y media para cada uno!

-Qué banquete, ¿no?

-Gloton -chasqueando los labios, Shelby se dispuso a sacar el huevo y la leche.

Durante varios minutos trabajaron en medio de un cómodo silencio; mientras él preparaba el café, Shelby vertió lo que consideraba una adecuada cantidad de leche en un cuenco. Luego se puso a revolver un armario hasta que consiguió sacar, por fin, una sartén, que en seguida puso a calentar.

-La verdad es que no creo que vaya a salir mucha comida -reconoció al fin.

-Te sugeriría de nuevo lo de ir a ese restaurante de la esquina si no fuera porque... -la miró appreciativamente, vestida como iba con aquella bata que resaltaba su figura-... tendrías que vestirme.

Shelby acogió con una sonrisa aquella sutil invitación, pero cuando Alan dio un paso hacia ella, se puso a remojar el pan en la leche.

-Tráeme dos platos.

Alan obedeció, aunque no tardó en volver a la carga. Inclinandose sobre ella, que-ya había empezado a freír el pan en la sartén, le rozó una oreja con los labios.

-Los que se me quemen -le advirtió Shelby- te los comerás tú.

-¿Tienes azúcar en polvo?

-¿Para qué? -inquirió ella.

-Para endulzarlo -respondió Alan mientras se ponía a buscar los cubiertos.

-¿Es que no usas sirope?

-No.

Encogiéndose de hombros con gesto despreocupado, Shelby terminó de freír la última rebanada de pan.

-Bueno, pues hoy tendrás que hacerlo. Creo que tengo el sirope en... el segundo armario de la izquierda -tuvo tiempo de servir el café y de poner la mesa antes de que él hubiera localizado el frasco.

-No he encontrado ninguna cuchara grande -dijo Alan mientras dejaba el sirope en la mesa, a su lado.

-Pues entonces tocamos cada uno a una cucharada y media de las pequeñas -pronunció mientras se sentaba, y extendió una mano para que le entregara el sirope. Después de servirse cuidadosamente, le devolvió el frasco.

-Debes de tener por lo menos seis cajas de comida para gatos en ese armario -le comentó Alan.

-Nelson se enfada si no cuido la variedad de su comida.

Alan encontró aquel desayuno mucho más sabroso de lo que había esperado.

-Me cuesta entender que alguien tan terca y tozuda como tú se deje intimidar por un caprichoso gato.

Shelby se encogió de hombros y siguió comiendo.

-Todos tenemos nuestras debilidades. Además, como compañero de apartamento, Nelson es perfecto. No me escucha a escondidas cuando hablo por teléfono ni me pide ropa prestada.

-¿Son esos tus requisitos?

-Desde luego, figuran en una lista de diez.

Observándola, Alan asintió.

-Si yo me comprometiera a no hacer jamás ninguna de esas dos cosas... ¿te casarías conmigo?

Shelby se quedó paralizada, con la taza de café a medio camino de sus labios. Desde que la conocía, Alan nunca la había visto tan completa y absolutamente asombrada. Estaba estupefacta.

Volvió a dejar la taza en la mesa y se la quedó mirando mientras cientos de pensamientos acibillaban su mente. Y, dominándolos todos, la simple y básica emoción del miedo.

-¿Shelby?

Sacudió rápidamente la cabeza. Al instante se levantó con su plato y lo dejó en el fregadero. No habló; todavía no se atrevía a hablar. La palabra que amenazaba con aflorar a sus labios era «sí», y eso era lo que más temía. Sentía una opresión en el pecho, un peso, un dolor. Solo entonces se acordó de respirar y soltó el aire que había estado reteniendo. Mientras lo hacía se apoyó con todo su peso en el fregadero, con la mirada clavada en la lluvia que seguía cayendo al otro lado de la ventana. Cuando sintió las manos de Alan sobre sus hombros, cerró los ojos.

¿Por qué no se había preparado para aquello? Sabía que, para un hombre como Alan, el amor conducía invariablemente al matrimonio. «Y el matrimonio a los hijos», se dijo mientras se esforzaba por calmar los nervios. Y si ella misma no hubiera querido también aquello, no habría sentido aquel arrebatado impulso por pronunciar rápidamente «sí». Pero no era tan sencillo. Al menos con Alan. Ante todo era un senador, un político.

-Shelby -su tono era todavía suave y tierno, aunque ella podía percibir ya tanta impaciencia como frustración en los dedos que le oprimían los hombros-. Te amo. Eres la única mujer con quien he querido compartir mi vida. Necesito mañanas como estas... en las que me despierte contigo a mi lado.

-Yo también.

La hizo volverse para que lo mirara. Aquella intensa expresión había regresado a sus ojos, aquella sombría seriedad que era lo primero que lo había atraído de ella. Escrutó su rostro lenta, detenidamente.

-Entonces cástate conmigo.

-Lo dices como si fuera así de fácil...

-No -la interrumpió-. No es fácil. Es necesario, vital. Pero fácil no.

-No me lo pidas ahora -lo abrazó con fuerza-. No me lo pidas. Estamos juntos, y te amo. Confórmate con eso por ahora.

Alan quería insistir. El instinto le decía que solo tenía que exigir una respuesta para escuchar aquella que tanto necesitaba oír. Pero aun así... había visto una inmensa vulnerabilidad en sus ojos. Y una súplica. Dos cosas muy raras en Shelby Campbell. Dos cosas que le imposibilitaban exigirle nada.

-Te querré igual mañana -murmuró, acariciándole el cabello-. Y el año que viene. Puedo prometerte que esperaré para pedírtelo otra vez, Shelby. Pero lo que no te puedo prometer es que esperaré hasta que estés preparada para responderme.

-No tienes que prometerme nada -le acunó el rostro entre las manos-. Por ahora, disfrutemos con los que tenemos; un lluvioso fin de semana para nosotros solos. No necesitamos pensar en el mañana, Alan, cuando hoy tenemos tanto. Las preguntas vendrán después -lo besó en los labios, emocionada-. Volvamos a la cama. Hazme el amor de nuevo. Cuando lo hagas, no existirá nada más, excepto tú y yo.

Alan percibía su desesperación, aunque no la entendía del todo. Sin pronunciar una palabra, la alzó en brazos y la llevó a la cama.

-Aún estamos a tiempo de disculpar nuestra falta -declaró Alan mientras aparcaba el coche delante de su casa.

-Alan, de verdad que no me importa asistir a esa velada -Shelby se inclinó para darle un rápido beso antes de salir del coche. La lluvia se había convertido en una ligera llovizna que ya había humedecido ligeramente los hombros de su corta chaqueta de terciopelo-. Además, estas cenas con baile pueden llegar a ser muy divertidas.., incluso aunque en realidad no sean más que disfraces para reuniones de alta política...

Reuniéndose con ella en el sendero de entrada, le alzó la barbilla para besarla en los labios.

-Creo que serías capaz de ir a cualquier parte con tal de que hubiera comida de por medio.

-Eso es siempre es un buen incentivo -tomándolo del brazo, se dirigió hacia la entrada-. Además, así tendré oportunidad de curiosear tu casa mientras tú te dedicas a hablar.

-Puede que la encuentres un poquito... aburrida para tus gustos.

-Tú, desde luego, no lo eres... -rió Shelby.

-Me temo -repuso Alan al tiempo que abría la puerta- que en tu casa habríamos pasado una velada mucho más estimulante.

-Estoy segura de que podrías persuadirme de ello... -nada más entrar, se volvió para echarle los brazos al cuello-..., si quisieras hacer el esfuerzo.

Pero antes de que pudiera satisfacerla, Alan escuchó una discreta tosecilla a su espalda. McGee se hallaba al lado de las puertas del salón, sólido como un árbol. Su rostro no revelaba ninguna expresión, pero a la distancia a la que se encontraba, Alan pudo percibir su desaprobación. Suspiró. McGee podía parecer el perfecto mayordomo y proyectar al mismo tiempo las mismas vibraciones de un severo patriarca de la familia. Desde que tenía dieciséis años había tenido que soportar aquella digna desaprobación siempre que volvía tarde a casa... o no en las mejores condiciones de sobriedad.

-Ha recibido varias llamadas, senador.

Alan estuvo a punto de esbozar una mueca de disgusto. El trato formal de «senador» lo reservaba McGee para su uso exclusivo en público, siempre que tenía compañía.

-¿Alguna urgente, McGee?

-Ninguna, senador.

-Ya me ocuparé de ellas más tarde. Shelby, te presento a McGee. Lleva trabajando para mi familia desde que yo era niño.

-Hola, McGee -Shelby soltó a Alan para acercarse a su mayordomo con la mano extendida-. ¿Es usted de las Highlands?

-Sí, señorita. De Perthshire.

La sonrisa de Shelby habría derretido a cualquiera.

-Mi abuelo era de Dalmally. ¿Lo conoce?

-Es un sitio que merece la pena ver más de una vez -respondió McGee con tono cálido.

-Yo pensaba lo mismo -afirmó ella-, pero no he vuelto allí desde que tenía siete años. Las montañas es lo que mejor recuerdo. ¿Vuelve a Escocia a menudo?

-Todas las primaveras, para ver florecer el brezo. No hay nada como pasear por un brezal en junio.

Alan nunca había oído a McGee, en presencia de alguien que no fuera de la familia, pronunciar una frase tan larga y tan romántica. Y, sin embargo, no estaba excesivamente sorprendido.

-McGee, si quiere usted prepararnos un té, yo subiré a cambiarme. La señorita Campbell puede esperarme tomándolo en el salón.

-¿Campbell? -la habitual expresión pétrea de McGee reflejó una inmensa sorpresa mientras miraba a uno y a otra-. Campbell... Esto va a ser un verdadero jaleo... -murmuró antes de girar sobre sus talones para dirigirse a la cocina.

-Poca gente es capaz de sonsacarle tantas palabras -le comentó Alan a Shelby cuando la guiaba hacia el salón.

-Mmmm. Me ha gustado. Sobre todo la manera en que te ha regañado, sin decirte nada, por haber pasado toda la noche fuera de casa.

Hundiendo las manos en los bolsillos de la falda, se dedicó a observar el salón. Era una habitación de aspecto sobrio, sereno, con algún sutil toque dinámico, como el gran paisaje marino de la pared central. Iba muy bien con el estilo de Alan. De repente se acordó de la cratera de color jade que, había torneado al día siguiente de conocerlo, y pensó que quedaría a la perfección en aquel ambiente.

Era extraño que hubiera sido capaz de hacer algo que encajara tan perfectamente en su mundo. ¿Por qué no podía hacer lo mismo ella?

Obligándose a hacer a un lado ese pensamiento, se volvió para sonreírle.

-Me gusta cómo vives.

Aquella sencilla declaración lo sorprendió. Las declaraciones sencillas y rotundas no eran habituales en Shelby. Había esperado algún comentario ligero, incluso con doble sentido. Se acercó a ella y le frotó cariñosamente los brazos por encima de la chaqueta, todavía húmeda por la lluvia.

-Me gusta verte aquí.

Quiso abrazarlo en aquel preciso instante, desesperadamente. Si Alan pudiera asegurarle que todo entre ellos sería siempre como lo era entonces, que nada cambiaría ni se interpondría en su relación...

Pero, en lugar de eso, le dijo mientras le acariciaba tiernamente una mejilla:

-Será mejor que subas a cambiarte, senador. Cuando antes empecemos con esto... antes podremos escaparnos.

Alan se llevó su mano a los labios para depositar un beso sobre su palma.

-Me gusta esa manera de pensar tuya. No tardaré.

Una vez sola, Shelby cerró los ojos y se dejó arrastrar por sus temores. ¿Qué iba a hacer? ¿Cómo podría amarlo, necesitarlo, cuando tenía la cabeza llena de advertencias y precauciones? «Ten cuidado, no lo hagas, acuérdate de que...».

Había una decena de sólidas y convincentes razones para que no siguieran juntos. Y Shelby podía convencerse de ellas... siempre que Alan no la estuviera mirando. Contempló de nuevo la habitación. Admiraba aquel estilo ordenado y equilibrado, pero no era el suyo. Ella vivía en el caos no porque fuera demasiado perezosa o indiferente para ordenar su vida, sino porque precisamente había escogido el caos.

Había una innata bondad en Alan que Shelby no estaba muy segura de tener. Y una tolerancia que, de eso sí que estaba convencida, ella no tenía. Alan trabajaba con hechos e hipótesis, mientras que ella prefería la imaginación y las opciones. Era una locura, se dijo mientras se pasaba una mano nerviosa por el pelo. ¿Cómo podían quererse tanto dos personas con tan pocas cosas en común?

Debería haber escapado. Debería haber huido en el preciso instante en que puso los ojos en Alan. Riendo amargamente, caminó hasta el otro extremo del salón. Eso no le habría reportado ningún bien, porque Alan la hubiera perseguido con calma, pacientemente. Y cuando hubiera tenido que detenerse, agotada, lo habría encontrado allí, esperándola...

-Su té, señorita Campbell.

Shelby se volvió a tiempo de ver entrar a McGee con un servicio de porcelana... que despertó su admiración.

-Un Meisen de cerámica de gres roja... -tomó una taza y examinó la delicada pintura-. Johann Bottger, de principios del siglo XVIII... maravilloso -Shelby estudió la pieza como un estudiante de arte habría estudiado la obra de un maestro-. Nunca consiguió realizar su máspreciado sueño -murmuró-. Alcanzar la perfección de la decoración policroma de la cerámica de Oriente. ¡Pero qué obras tan maravillosas consiguió hacer mientras lo intentaba! Oh, perdón, McGee. Me he distraído. Tengo una gran debilidad por el barro.

-¿Barro, señorita Campbell?

-Sí -golpeó la taza con un dedo, haciéndola tintinear-. Todo empieza por el barro, la tierra.

-Sí, señorita -McGee optó por no seguir aquel rumbo de conversación-. Quizá le gustaría tomar asiento en el sofá.

Shelby así lo hizo, mientras el mayordomo colocaba la bandeja en la mesa que estaba frente a ella.

-McGee... ¿siempre ha sido Alan tan... inmejorable, tan exigente consigo mismo?

-Sí, señorita.

-Me lo temía -murmuró.

-¿Perdón, señorita?

-¿Qué? -distráida, Shelby alzó la mirada, y luego sacudió la cabeza-. No, nada. Gracias, McGee.

Suspiró, sin saber por qué se había molestado en hacer una pregunta de la que ya conocía la respuesta. Por unos instantes se quedó mirando fijamente la taza de color oro pálido.

-¿Cuál es el precio actual de un pensamiento con la actual inflación? -se preguntó Alan en voz alta, apareciendo de repente en el umbral.

La había visto tan hermosa... reflexionó. Y tan lejana a la vez... Hasta que alzó la mirada con una radiante sonrisa que borró su expresión anterior.

-Me temo que me he dejado deslumbrar por tu servicio de té y he puesto nervioso a tu mayordomo. Lo mismo se está preguntando cuándo me voy a guardar esta pieza en el bolso -dejando la taza en el plato, se levantó del sofá-. ¿Ya estás listo para ejercer de seductor y distinguido anfitrión?

Alan se detuvo frente a ella, abrazándola por la cintura.

-Hace una hora y veintitrés minutos que no he hecho... esto -y la besó lenta, confiadamente-. Te amo -podía sentir el latido de su corazón contra el suyo, acelerado de deseo-. Esta noche, bailes con quien bailes, piensa en mí.

Sin aliento, alzó la mirada hacia él. En sus ojos veía una abrumadora pasión contra la que no podía hacer nada. Sabía que la arrasaría si se dejaba llevar por él; la absorbería. Alan tenía ese poder.

-Esta noche -le dijo Shelby con voz áspera, remedando su frase-, bailes con quien. bailes, me desearás -apoyó la cabeza en su hombro-. Y yo lo sabré.

Justo entonces descubrió la imagen de los dos reflejada en el espejo del salón. Alan, elegante y sofisticado con su formal traje negro y su corbata de lazo, no podía contrastar más con ella, vestida con la ajustada chaqueta corta de terciopelo a juego con la falda rosa que había adquirido en una tienda de ropa antigua.

-Alan -le hizo dar la vuelta, para que pudieran mirarse los dos en el espejo-. ¿Qué es lo que ves?

Con un brazo en torno a su cintura, contempló su imagen. Casi le sacaba una cabeza a Shelby. Pese a ser pelirroja, estaba increíblemente bella con aquel tono rosa: parecía un personaje de época, solo que en vez de lucir un camafeo al cuello, llevaba una cadena de oro que probablemente habría comprado en alguna tiendecilla de Georgetown. Su larga melena se rizaba alborotada, rebelde, enmarcando su pálido rostro.

-Veo a dos personas enamoradas. Dos personas muy distintas que se llevan extraordinariamente bien.

Shelby apoyó de nuevo la cabeza en su hombro, sin saber si sentirse alegre o irritada por el hecho de que Alan hubiera leído tan bien sus pensamientos.

-Pero él estaría mucho mejor al lado de una sofisticada rubia con un clásico vestido negro. Le convendría mucho más.

Alan pareció reflexionar por un instante.

-¿Sabes? Es la primera vez que te he oído decir una tontería tan grande.

Shelby se quedó mirando fijamente el reflejo de Alan, que tenía aquella expresión tranquila y levemente interesada tan característica suya. Se echó a reír. Ya no había nada más que pudiera hacer.

-De acuerdo. Solo por esta vez, voy a intentar comportarme con la misma dignidad y formalidad que tú.

-¡Que Dios nos proteja! -murmuró Alan, mientras se dirigían a la salida.

El brillo de la cristalería, los manteles de blanquísimo lino en los que se destacaban los relucientes cubiertos de plata... Shelby se hallaba sentada en una de las más de veinte grandes mesas redondas, entre Alan y el líder de la comisión parlamentaria de economía. Y mientras saboreaba su sopa de langosta, intentaba mantener una conversación fluida.

-Si no fueras tan terco, Leo, y probases con una raqueta de aluminio, probablemente mejorarías tu juego.

-Mi juego ya ha mejorado -replicó el estadista, calvo y corpulento, fingiendo una expresión indignada-. Hace seis meses que no juegas conmigo. La próxima vez no me vencerás tan fácilmente.

Shelby sonrió, tomando un sorbo de vino.

-Ya verás cuando tenga un par de horas libres y pueda escaparme al club de tenis.

-Eso, hazlo. Me encantará darte una buena paliza.

-Para eso antes tendrás que corregir ese juego de piernas, Leo -le recordó, riendo.

Se sentía agradecida de que le hubiera tocado al lado de Leo. Con él podía comportarse con naturalidad, tal y como era. Conocía a mucha de la gente que llenaba aquella enorme sala, pero solo con unos pocos podía sentirse cómoda compartiendo un rato agradable.

Ambición. La ambición impregnaba aquel ambiente como si fuera un caro perfume. A Shelby no le importaba, aunque no podía decir lo mismo de las rígidas e implacables reglas y tradiciones que la acompañaban. Y lo mismo podía decirse de Alan, se recordó, para en seguida hacer a un lado ese pensamiento. Le había prometido que se comportaría lo mejor posible. Y el cielo sabía que lo estaba intentando...

-Y luego está ese revés tuyo...

-Deja mi revés en paz -protestó Leo, y se dirigió a Alan-. ¿Has jugado alguna vez al tenis con esta chica, MacGregor?

-No, no he jugado con ella... -buscó los ojos de Shelby-... por el momento.

-Bueno, pues te lo advierto; tiene un placer perverso por ganar. Y además carece de respeto por la edad.

Ignorando a Leo con una sonrisa, Shelby le preguntó a Alan:

-¿Tú también juegas al tenis?

-De vez en cuando -respondió. No añadió que en Harvard se había destacado en ese deporte.

-Yo te habría imaginado más bien jugando al ajedrez. Un juego de conspiradores y estrategas.

Alan sonrió enigmáticamente mientras se llevaba su copa a los labios.

-Tendremos que jugar alguna partida.

-Me parece a mí que ya la hemos jugado -rió Shelby.

-¿Quieres la revancha? -le acarició ligeramente el dorso de la mano.

Shelby le lanzó una mirada que le encendió la sangre en las venas.

-No. Tal vez no pudieras manipularme por segunda vez.

Alan habría dado cualquier cosa con tal de poner punto final a aquella interminable velada. Quería estar a solas con ella, para poder desnudarla poco a poco y sentir su cálida piel bajo los dedos. Era su aroma lo que excitaba sus sentidos, y no el arreglo de capullos de rosa que ocupaba el centro de la mesa. Era su voz la que escuchaba, baja y de textura ligeramente ronca, y no las voces de la gente que lo rodeaba. Podía hablar con la congresista que tenía a su derecha, como si estuviera absolutamente abismado en aquella conversación... pero durante todo el tiempo soñaba con abrazar a Shelby y oírla murmurar su nombre mientras lo acariciaba... Tuvo que esforzarse por dominar aquella punzada de necesidad. Tenía que hacerlo. Un hombre podía volverse loco por desear a una mujer con tanta desesperación.

El tema predominante de las conversaciones de los presentes era la política. Alan oyó a Shelby expresar una concisa y poco amable opinión sobre un controvertido proyecto de ley que sería presentado al Congreso la semana siguiente. Aquello molestó a su interlocutor, que procuró disimular su irritación; lo curioso era que ella parecía implacablemente empeñada en quebrar ese dominio. Y aunque Alan no podía menos que estar de acuerdo con ella, sus modales eran un tanto bruscos. Reflejo de su nula capacidad para la diplomacia.

¿Sería consciente la propia Shelby de lo muy compleja que era? Allí estaba: una mujer que profesaba una enorme aversión por los políticos y discutiendo con ellos en su propio lenguaje, sin revelar la menor incomodidad. Eso si acaso sentía verdaderamente alguna. No; de aquellos dos, el único que se sentía incómodo era el interlocutor de Shelby. Después de lanzarles una última mirada, continuó conversando con la congresista.

-¿Vas a bailar conmigo, senador? -le preguntó Shelby al oído, minutos después-. Me temo que es la única justificación que tengo en este momento de ponerte las manos encima.

Un oleada de deseo volvió a barrer a Alan... una oleada que, por un instante, hizo que se olvidara de todos y de todo excepto de ella. Se levantó de la mesa.

-Curioso. Es como si nuestras mentes estuvieran conectadas -una vez en la pista de baile, la atrajo hacia sí-. Para no hablar de lo bien... -añadió en un murmullo..., que nos complementamos.

-No debería ser así -echó la cabeza hacia atrás. Sus ojos le prometían ardientes e íntimos secretos. Sus labios, entreabiertos, lo tentaban sin cesar-. No deberíamos complementarnos tan bien. Ni siquiera entendernos el uno al otro. No consigo entender por qué.

-Tú desafías la lógica, Shelby. Y por tanto, lógicamente, no hay una respuesta razonable.

Se echó a reír, encantada con aquella deducción.

-Oh, Alan, eres demasiado inteligente para que se pueda discutir contigo.

-Lo que significa que tú lo harás constantemente.

-Exacto -todavía sonriendo, apoyó la cabeza en su hombro-. Me conoces demasiado bien, Alan. Corro el peligro de encariñarme contigo.

Alan recordó en aquel momento que Myra se había servido de aquella palabra para describir los sentimientos de Shelby por su padre.

-Asumiré el riesgo. ¿Y tú?

Con los ojos cerrados, hizo un ligero movimiento con la cabeza. Ninguno de los dos supo si era de asentimiento o de negativa.

Siguieron bailando conforme transcurría la velada, cambiando de pareja pero sin dejar de pensar siempre el uno en el otro. De cuando en cuando se cruzaban alguna mirada, demasiado directa o intensa para que pasara desapercibida entre gente que sabía interpretar hasta el menor gesto. Los sobrentendidos de todo tipo formaban parte del sutil juego de Washington.

-Y bien, Alan... -Leo se dirigió a Alan mientras Shelby se alejaba de nuevo hacia la pista de baile... ¿estás haciendo algún progreso con ese molino de viento personal tuyo?

Alan sonrió. No le molestaba aquella alusión a Don Quijote en relación con su proyecto de acogida de gentes sin hogar.

-Alguno. La experiencia de Boston está empezando a repercutir positivamente en los proyectos de aquí.

-¿Sabes? Para eso te vendría muy bien presentarte como candidato presidencial durante esta administración. Conseguirías muchos apoyos si lo hicieras.

Alan tomó un sorbo de vino mientras observaba a Shelby, que seguía bailando en la pista.

-Es demasiado pronto para eso, Leo.

-Eso tú lo sabrás mejor que nadie. Yo nunca pretendí ese... particular objetivo para mí. Pero tú... mucha gente está dispuesta y preparada para apoyarte en cuanto des la señal.

-Eso me han dicho -se volvió hacia él-. Y me siento muy agradecido. Pero esa no es una decisión para tomármela a la ligera.

-Permíteme darte unas cuantas razones a favor -se inclinó hacia Alan-. Tu trayectoria es impresionante. Tienes una sólida reputación en el Congreso y tu carrera como senador está transcurriendo sin problemas. Tu imagen no puede ser mejor, y tu principal ventaja es tu juventud: eso nos da tiempo. En cuanto a tus antecedentes familiares, son muy buenos. El hecho de que tu madre tenga una carrera profesional tan exitosa trabaja mucho a tu favor.

-Seguro que ella se alegrará de oírlo -repuso secamente Alan.

-Tú sabes perfectamente lo mucho que eso importa -le recordó Leo-. Demuestra que te relacionas y que comprendes a las mujeres trabajadoras... que constituyen un alto porcentaje de la población votante. Tu padre tiene reputación de hombre honesto y limpio. No hay tacha ni escándalo alguno en tu familia.

-Leo... -Alan lo miró directamente-. ¿Quién te pidió que hablaras conmigo?

-Eres muy sagaz. Digamos que me encargaron que tratara contigo de ciertos temas en términos generales, sin concretar nada...

-Ya. Pues hablando en términos generales no he descartado la posibilidad de participar en las primarias cuando llegue el momento.

-Bien. Me alegro -comentó Leo antes de señalar con la cabeza a Shelby-. ¿Sabes? Le tengo mucho cariño a esa chica, pero... ¿tú crees que te reportará alguna ventaja? Nunca os había imaginado como pareja.

-¿Ah, no? -Alan entrecerró ligeramente los ojos.

-La hija de Campbell... ella sabe lo que es todo esto, lo ha mamado desde que participaba en las campañas electorales siendo una niña -Leo frunció los labios, sopesando cuidadosamente los pros y los contras-. Shelby creció con la política, así que no necesita estudiar protocolo, ni diplomacia. Por supuesto, es tan inconformista como rebelde. Ha dedicado su considerable energía a desafiar el establishment político durante años. Y eso ha motivado que alguna gente se haya molestado o sentido ofendida por ella... -Leo se interrumpió por un instante, mientras Alan lo miraba en silencio-. Pero siempre se pueden limar algunas asperezas. Es joven, y su educación y antecedentes familiares son intachables. Es una seductora por naturaleza. Tiene su propio negocio y sabe moverse entre la gente. En suma: es una excelente elección... -decidió... siempre y cuando tú la metas en vereda.

Alan dejó su copa sobre la mesa para no estrellarla contra el suelo de pura rabia.

-Nadie le ha pedido ni exigido a Shelby que sea una ventaja para nadie -pronunció, esforzándose por no alzar la voz-. Nadie le ha pedido ni exigido nada que no sea lo que ella misma elija. Nuestra relación no tiene nada que ver con la política, Leo.

Leo frunció el ceño. Se daba cuenta de que había tocado una fibra sensible, pero le agradaba la forma en que Alan había controlado su rabia. No era prudente tener a un insensato, a alguien que no sabía dominarse, al frente de todo un país.

-Me doy cuenta de que tienes derecho a salvaguardar tu intimidad, Alan. Pero una vez que te lances a la carrera presidencial, también la lanzarás a ella. La nuestra es una cultura de parejas. El uno siempre se refleja en el otro.

El hecho de saber que tenía toda la razón no hizo sino enfurecer todavía más a Alan. Aquello era lo que había estado evitando Shelby, lo que tanto había temido. ¿Cómo podría protegerla de ello y seguir siendo lo que era?

-Decida yo lo que decida, Shelby seguirá siendo libre para ser exactamente lo que es -se levantó de la mesa-. Eso es lo esencial.

El lunes Shelby abrió su tienda más contenta que nunca. Había pasado un largo y maravilloso fin de semana con Alan, sin salir ni una sola vez de su apartamento. Ni ganas que habían tenido.

Sentada detrás del mostrador, abrió el diario de la mañana por la página de los comics, como siempre. Todavía no había terminado de tomarse un café cuando se abrió la puerta. Era Maureen Francis.

-Hola -con una sonrisa, hizo a un lado el periódico-. Hey, estás estupenda -exclamó admirando el elegante traje de seda azul que llevaba.

-Gracias -Maureen dejó su lujoso maletín de cuero sobre el mostrador-. He venido a recoger mi cerámica y a darte las gracias.

-Ahora mismo voy a buscar las cajas -entró en la trastienda, donde Kyle le había dicho que las había guardado-. ¿Qué es lo que tienes que agradecerme?

-El contacto -incapaz de dominar su curiosidad, Maureen rodeó el mostrador para asomarse al taller de Shelby-. Es maravilloso -comentó al contemplar el torno y los estantes llenos de piezas-. Me encantaría verte trabajar algún día.

-Puedes sorprenderme de buen humor un miércoles o un viernes, y te daré una clase rápida, si quieres.

-¿Puedo hacerte una pregunta estúpida?

-Claro -Shelby la miró por encima del hombro mientras buscaba sus cajas-. Todo el mundo tiene derecho a hacer tres por semana -bromeó.

Maureen hizo un gesto abarcando el taller y la tienda.

-¿Cómo has podido montar todo esto tú sola? Quiero decir que... ya sé cómo se monta un negocio. Es bastante difícil de por sí, pero cuando a eso le añades este tipo de creatividad, las horas que dedicas a producir algo... y luego a venderlo...

-Esa no es una pregunta estúpida -pronunció Shelby-. Supongo que me gusta tanto lo uno como lo otro. Aquí, en el taller, suelo sentirme muy aislada. Pero allí -señaló el espacio de la tienda- no. Y me gusta llevar la voz cantante-. Imagino que a ti te pasará lo mismo, porque si no ahora mismo seguirías en aquella empresa de Chicago.

-Sí, pero todavía tengo momentos en que me siento tentada de volver a aquella seguridad. Supongo que a ti no te pasa.

-La inestabilidad siempre tiene algo de divertido, ¿no te parece? -Shelby le entregó la primera caja, y cargó ella sola con las otras dos-. Antes, cuando me diste las gracias por el contacto, supongo que te referías a Myra.

-Sí. La llamé el domingo por la tarde. Solo tuve que pronunciar tu nombre para que me invitara a almorzar esta mañana.

-Myra nunca pierde el tiempo -dejó las cajas sobre el mostrador-. Ya me contarás cómo te ha ido con ella.

-Tú serás la primera en saberlo -le prometió Maureen-. ¿Sabes? Muy pocas personas están tan dispuestas a hacer favores a la gente, y menos aún cuando se trata de desconocidos. Te estoy muy agradecida.

-Dijiste que eras buena en tu trabajo -le recordó Shelby con una sonrisa mientras le preparaba un recibo-. Sabía que lo serías. En cualquier caso, después de almorzar con Myra, quizá cambies de opinión. Es una mujer difícil.

-Yo también -sacó su chequera-. Y además una insaciable curiosa. Puedes decirme que me meta en mis propios asuntos, pero... no tengo más remedio que preguntarte si has hecho por fin las paces con el senador MacGregor. En aquel momento no lo reconocí. Lo tomé por una especie de amante desesperado...

A Shelby le divirtió aquella descripción.

-Es un hombre muy testarudo... -le dijo mientras le entregaba el recibo-. Afortunadamente.

-Me alegro. Me caen bien los hombres a los que les gustan los arcoiris. Bueno, será mejor que me lleve estas cajas al coche si no quiero llegar tarde.

-Te ayudaré -cargando con las cajas, Shelby sostuvo la puerta con el pie para que Maureen pudiera pasar.

-El coche está aquí mismo. Tal vez vuelva a visitarte algún miércoles o sábado.

-Estupendo. Si me ves de mal humor, aguanta hasta que se me pase -bromeó-. Buena suerte.

-Gracias -Maureen cerró el maletero y se sentó al volante-. Saluda al senador de mi parte, ¿vale?

Riendo, Shelby se despidió de ella y volvió a la tienda. Tomó la decisión de embalar la crátera de color verde jade, para darle una buena sorpresa a Alan.

Alan no solía sentirse tenso ni abrumado por su trabajo, pero aquella mañana había tenido que soportar una interminable serie de reuniones. Tampoco solía sentirse presionado por la prensa, pero el periodista que le había estado esperando a la puerta de su despacho en el nuevo edificio de oficinas del Senado se había mostrado tan tenaz como irritante. Tal vez todavía se sintiera algo disgustado por la conversación que había mantenido con Leo, o quizá simplemente había estado trabajando demasiado, pero para cuando llegó a su despacho su proverbial paciencia estaba a punto de estallar en mil pedazos.

-Senador -azorada, su ayudante se levantó nada más verlo entrar-. Los teléfonos no han dejado de sonar durante toda la mañana -abrió una carpeta y empezó a leer-: Ned Brewster, del sindicato; el congresista Platt: una llamada del ayuntamiento de Boston, referente a su proyecto de albergues; Smith, del Media Adviser; Rita Cardova, una trabajadora social que insiste en tratar personalmente con usted de su proyecto, y...

-Después -Alan entró en su despacho y cerró la puerta. «Solo necesito diez minutos», se prometió mientras dejaba descuidadamente su maletín sobre la mesa.

Desde las ocho y media no había hecho otra cosa que cumplir compromisos y satisfacer peticiones. Necesitaba esos diez minutos para él solo. Se acercó al ventanal. Podía ver el ala este del capitolio, con su cúpula blanca que simbolizaba la democracia. La política: su gran pasión.

No podía retrasar mucho más tiempo su decisión respecto a lanzarse o no a la carrera presidencial. En condiciones normales habría esperado, habría tanteado bien el terreno. Y, a fin de cuentas, sería eso lo que haría... al menos públicamente. Pero en su fuero interno tenía que decidirse pronto. No volvería a pedirle a Shelby que se casara con él sin haberla informado primero de sus planes.

Si finalmente optaba por aspirar a la presidencia, no solo tendría que pedirle que compartiera un apellido, un hogar o una familia. Tendría que pedirle que dedicara parte de su vida a él, a su país, a los mecanismos del protocolo y de la política. Alan ya no consideraba esa decisión como únicamente suya. Shelby era ya su esposa en todos los aspectos excepto el estrictamente legal... y tenía que convencerla de ello.

Cuando sonó el intercomunicador del despacho, lo miró con una expresión de disgusto. Solo había podido disfrutar cinco de esos diez minutos que tanto había necesitado.

-¿Sí? -pulsó el botón.

-Lamento molestarlo, senador, pero su padre está en la línea uno.

Alan se pasó una mano por el pelo mientras se sentaba.

-De acuerdo, la recibiré. Puedes ponerte con él, Arlene... Perdona mi comportamiento anterior, pero he tenido una mañana muy difícil.

-Oh, no se preocupe -el tono de su ayudante experimentó un súbito cambio-. Er, senador... creo que su padre está... especialmente exultante de alegría.

-Arlene, deberías haber elegido la carrera diplomática -la oyó reír antes de que lo pusiera al habla con su padre-. Hola, papá.

-Bueno, bueno, bueno, todavía sigues vivo... -aquella cálida y vital voz ronca estaba cargada de sarcasmo-. Tu madre y yo ya temíamos que hubieses sufrido un fatal accidente.

-Creo que me hice un pequeño corte afeitándome la semana pasada -sonrió-. ¿Qué tal estás?

-¡Y me pregunta qué tal estoy! -exclamó Daniel, suspirando-. Lo que me preguntaba yo era si todavía te acordabas de mí. Pero no pasa nada... no me importa. Tu madre era la que más estaba esperando que su hijo la llamara. Su primogénito.

Alan se recostó en su sillón. ¿Cuántas veces había lamentado su condición de primogénito, de la que tanto abusaba su padre para fastidiarlo? Aunque, por supuesto, Daniel también se ocupaba de fastidiar a Rena y a Caine: a la primera como única hija, y al segundo como benjamín.

-He estado bastante ajetreado. ¿Está mamá por ahí?

-No, tuvo una emergencia en el hospital -por nada del mundo habría admitido Daniel que su esposa, Anna, le habría echado un buen sermón si se hubiera enterado de lo que estaba tramando-. Dado que no cesaba de gemir y de suspirar por ti... mintió_- decidí enterrar mi orgullo y llamarte yo. ¿No crees que ya va siendo hora de que te reserves un fin de semana libre y vengas a ver a tu madre?

Alan arqueó una ceja con gesto irónico, ya que conocía demasiado bien a su padre.

-Yo pensaba que estaría entusiasmada con la perspectiva de tener un nieto. ¿Qué tal está Rena?

-Este fin de semana podrás verlo por ti mismo -replicó su padre-. Yo... esto es, Rena y Justin han decidido pasar este fin de semana en familia. Caine y Diana también van a venir.

-Has estado muy ocupado, ¿eh? -murmuró Alan.

-¿Qué quieres decir? No farfulles, chico.

-He dicho que vas a estar muy ocupado -se corrigió prudentemente.

-Por el bien de tu madre, soy capaz de sacrificar mi propia tranquilidad. Se pasa todo el día preocupada por ti... sobre todo teniendo en cuenta que sigues soltero y sin familia. Tú, el primogénito... mientras que tus hermanos pequeños ya han sentado la cabeza. ¡El hijo mayor, el portador del apellido de su padre... está demasiado ocupado para cumplir con su deber y perpetuar el linaje de los MacGregor!

-Oh -sonrió Alan-, me parece a mí que el linaje de los MacGregor se está perpetuando bastante bien. Quizá Rena tenga gemelos.

-¡Ja! -pero Daniel reflexionó sobre aquello por un instante. Recordó que, en la rama materna de su familia, un par de generaciones atrás habían nacido gemelos; después de colgar el teléfono se dedicaría a revisar su árbol genealógico-. Te esperamos para el viernes por la noche. Y ahora... -Daniel se recostó en su enorme sillón mientras fumaba uno de los habanos que le había prohibido el médico-... dime una cosa: ¿qué diablos significa eso que he estado leyendo en los periódicos?

-¿Quieres precisar un poco?

-Aunque supongo que tal vez habrá sido algún error de imprenta...

-Precisa un poquito más, por favor.

-Cuando leí que mi propio hijo... mi heredero... estaba confraternizando con una Campbell, no di crédito a mis ojos. ¿Cómo se llama esa chica?

-¿A qué chica te refieres? -inquirió Alan, malicioso.

-¡Maldito seas, chico! Esa chica con la que te has estado viendo y que, a juzgar por las fotos, parece un duendecillo.

-Shelby Campbell.

Siguió un mortal silencio. Reclinándose en su sillón, Alan se preguntó cuánto tiempo tardaría su padre en acordarse de volver a respirar.

-¡Campbell! ¡Una ladrona y asesina Campbell!

-Sí, ella también profesa un gran afecto a los MacGregor.

-¡Ningún hijo mío es capaz de dedicarle un solo minuto de su tiempo a un miembro del clan Campbell! estalló Daniel-. ¡Te vas a enterar de lo que es bueno, Alan Duncan MacGregor!

Era una amenaza tan vacía e inofensiva como las que había recibido Alan cuando tenía ocho años, pero el tono era el mismo.

-Tendrás oportunidad de intentarlo este fin de semana, cuando conozcas a Shelby.

-¡Una Campbell en mi casa! ¡Ja!

-Una Campbell en tu casa -repitió Alan con tono suave-. Y una Campbell en tu familia para antes de fin de año, si es que logro salirme con la mía.

-Tú... -Daniel no pudo continuar, emocionado. Su más firme aspiración era ver a todos y cada uno de sus hijos casados y con familia propia-. ¿Estás pensando en casarte con una Campbell?

-Ya se lo he pedido. Y ella todavía no ha aceptado... por el momento.

-¡Claro que te aceptará! -su orgullo paternal pareció imponerse-. ¿Qué clase de boba es? Típico de los Campbell, claro... -rezongó-. Probablemente te engatusó y... Sí, tú tráemela a mí. No cejaré hasta llegar al fondo de este asunto.

-De acuerdo. Pero antes tengo que preguntarle si quiere acompañarme.

-¿Preguntarle? ¡Ja! Tienes que traerla como sea.

-Te veré el viernes, papá. Y dale un beso a mamá de mi parte.

-El viernes... -murmuró Daniel, chupando ávidamente su habano-. Sí, sí, sí... el viernes.

Mientras colgaba, Alan pudo imaginarse a su padre frotándose las manos. Sí; iba a ser un fin de semana muy interesante

Cuando aparcó el coche frente a la casa de Shelby, Alan se olvidó de repente de su fatiga. Dejaba atrás una agotadora jornada de diez horas de trabajo: de llamadas, de papeleos, de entrevistas...

Pero cuando le abrió la puerta, todavía pudo Shelby leer el cansancio en sus rasgos.

-¿Un mal día para la democracia? -con una sonrisa, tomó su rostro entre las manos y lo besó levemente en los labios.

-Largo, más bien -la corrigió mientras la abrazaba-. Perdóname por haber llegado tarde.

-Es igual: ya estás aquí. ¿Quieres tomar una copa?

Lo llevó al sofá del salón. Después de darle más besos, le quitó la corbata y le desabrochó los dos primeros botones de la camisa. Mientras le quitaba los zapatos, Alan la miró con una sonrisa.

-Creo que podría acostumbrarme fácilmente a esto.

-Bueno, pues yo no -le advirtió al tiempo que se dirigía a la barra de la cocina-. Un día tal vez vuelvas y me encuentres derrengada en el sofá y nada dispuesta a moverse.

-Entonces yo te mimaré a ti -repuso mientras le tendía un whisky. Cuando Shelby se sentó a su lado, acurrucándose contra él, añadió-. Necesitaba esto.

-¿La copa?

-Tú -le dio un largo beso en los labios-. Solo tú.

-¿Quieres hablarme de todos esos detestables funcionarios o senadores que te han amargado el día?

Alan se echó a reír.

-Tuve una animada discusión con la congresista Plait.

-Martha Plait -pronunció Shelby, suspirando; la conocía bien-. No me extraña. Mi padre siempre decía que habría sido una excelente funcionaria de Hacienda. Está obsesionada con el déficit.

-¿Y tú? ¿Cómo te ha ido en la tienda?

-Poco trabajo por la mañana, horrible por la tarde. Recibí la visita de un grupo de estudiantes deseosos de ver cerámicas y de aprender cómo se hacen. Por cierto, tengo algo para ti -se levantó rápidamente y salió del salón. Mientras la esperaba, Alan estiró las piernas; ya no estaba tan cansado como antes. Se hallaba incluso más relajado de lo que habría creído posible hacía apenas unos minutos.

-Es un regalo -Shelby regresó y le puso una caja en el regazo-. Puede que no sea tan romántico como los regalos que me haces tú, pero es original -volvió a sentarse al tiempo que Alan abría la caja.

En silencio, sacó la cratera y la acarició lentamente. De alguna manera, Shelby se lo había imaginado mirándola y tocándola de esa misma forma, como lo habría hecho un senador de la antigua Roma. Verlo en sus manos le producía un enorme placer.

Alan observaba la pieza sin hablar. Estaba esmaltada con un tono verde jade con reflejos metálicos. El diseño era limpio y sencillo, exquisito en su sobriedad. Nunca le habían hecho un presente tan importante como aquel.

-Es preciosa. Realmente preciosa -sosteniendo la cratera con una mano, acercó a Shelby hacia sí-. Desde el principio siempre me fascinó que unas manos tan pequeñas como las tuyas tuvieran tantísimo talento -le besó los dedos antes de mirarla de nuevo a los ojos-. Gracias. Estabas torneando esta pieza el día que entré en tu taller, ¿verdad?

-Pues sí. La estaba torneando..., y pensando en ti. Me pareció lógico regalártela cuando la terminara. Luego, cuando vi tu casa, comprendí que era la cerámica adecuada para ti.

-Desde luego que lo es -asintió, volviendo a guardar la cratera en su caja. Después de dejarla cuidadosamente en el suelo, estrechó a Shelby entre sus brazos-. Como tú.

-Encarguemos comida china -susurró, con la cabeza apoyada en su hombro.

-Mmmm. Yo creía que querías ir al cine.

-Eso era esta mañana. Esta noche preferiría comer comida china contigo. De hecho... -añadió mientras le sembraba el cuello de besos-... incluso probablemente me conforme con un poco de queso y unas galletas saladas.

-¿Y si dejamos lo de la comida para más tarde?

-Tienes una mente muy bien organizada -comentó Shelby, tumbándose en el sofá y arrastrándolo consigo-. Me gusta la manera que tiene de funcionar. Bésame, Alan. Bésame como lo hiciste la primera vez que nos sentamos aquí. Aquel beso me volvió loca.

Tenía los ojos medio cerrados y los labios entreabiertos. Alan enterró los dedos en su melena, que se derramaba desordenada sobre los cojines. Ya no tenía la paciencia que se había impuesto aquella primera vez. Era más tentadora que la más atrevida de las fantasías, más deseable que cualquier sueño febril. Y allí estaba, solo para él.

Alan saboreó lentamente sus labios, tal y como ella había querido que hiciera. Podía controlar la necesidad de devorarla, ya que sabía que terminaría haciéndolo cuando llegara el momento. Shelby emitió un suspiro, y tembló. Aquel leve gesto estuvo a punto de hacerle perder el control. Y ni siquiera la había tocado, más que con aquella simple caricia de sus labios... Nunca había imaginado que una tortura podía ser tan exquisita.

A Shelby le encantaba sentirlo, tocarlo. Cada vez que podía tocarlo libremente, sabía que jamás se cansaría de hacerlo; eso le producía siempre un placer tan puro, un ansia tan intensa... Siempre que veía algo que despertaba su admiración, ansiaba sentir su textura, su peso, su sabor. Y con Alan no era distinto.

Podía sentir el acelerado latido de su corazón mientras su boca seguía haciéndole el amor con exquisita lentitud y meticulosidad. Alzó las manos hasta sus hombros para abrirle la camisa y explorar su piel con mayor libertad.

Fue entonces cuando percibió que la paciencia empezaba a agotársele... lo cual la dejó sin aliento.

Estaba ya inmersa en la tormenta que Alan había conjurado como si fuera un brujo. Creyó haber oído un trueno, pero solo era el latido de su propio pulso. Las manos de Alan se movían con rapidez, desnudándola con algo parecido a la rabia, y acariciándola luego con hábiles y violentas caricias que la hacían convulsionarse de placer. Un placer que se incrementaba por momentos, hasta la locura.

Alan la oyó gritar su nombre, reclamándolo, pero estaba demasiado enredado en su propia red para contestar. Sentía removerse algo salvaje en su interior, una ferocidad que nunca había gozado de total libertad y que estaba surgiendo ahora, como una pantera que se hubiera liberado finalmente de su encierro. La estaba devorando de puro placer, y aun sabiéndolo, no podía detenerse. El cuerpo de Shelby temblaba deseoso bajo el suyo. En todas aquellas zonas que tocaba su boca despertaba tanta pasión como promesas...

Shelby se arqueó hacia él, gimiendo. Con la lengua, Alan la arrastró implacable a otro orgasmo. Tenía el cuerpo en llamas, su mente limpia de todo pensamiento, gobernada solamente por sensaciones. No era consciente de lo que Alan le estaba preguntando o pidiendo, aunque percibía la urgencia en su voz ronca. Ni siquiera sabía lo que le respondía ella. Lo único que sabía era que nada de lo que le hubiera pedido habría sido demasiado. A través de aquella niebla de pasión, vio su rostro encima del suyo... y descubrió un sombrío brillo en sus ojos, casi salvaje, desesperado.

-No puedo vivir sin ti -le confesó Alan en un murmullo cuyo eco resonó interminable en su mente-. No podré.

Entonces se apoderó de sus labios, y todo quedó sumido en el delirio.

-¿Seguro que no quieres más?

Dos horas después Shelby estaba sentada en la cama con las piernas cruzadas, vestida con una corta bata de seda y comiendo del cartón de comida china que tenía delante. A su lado, la televisión estaba encendida y con el volumen bajo, pero no se veía nada en la pantalla. Alan, por su parte, seguía cómodamente tumbado, con la cabeza apoyada en los almohadones.

-Shelby, ¿por qué no llevas a arreglar ese aparato de una vez?

-Mmmm, ya lo haré algún día -dijo antes de apartar a un lado el cartón medio vacío. Llevándose una mano al estómago, suspiró satisfecha-. Estoy llena -se volvió sonriente y miró a Alan de la cabeza a los pies, admirando su cuerpo musculoso-. Me pregunto cuánta gente del área metropolitana de Washington sabrá lo imponente que está el senador MacGregor en ropa interior.

-Unos pocos elegidos.

-Deberías pensar en tu imagen pública, senador. Podrías hacer uno de esos anuncios publicitarios... ya sabes, como los que hacen los jugadores de fútbol americano. Uno que dijera, por ejemplo: «nunca me reúno con un dignatario extranjero sin llevar mis calzoncillos marca tal»...

-Menos mal que no trabajas para el Media Adviser.

-Tú piensa en las posibilidades que tendrías... -Shelby se dejó caer sobre él, riendo.

-Lo estoy pensando ahora mismo -comentó mientras deslizaba una mano por debajo de su bata.

-Anuncios en revistas de gran tirada, de televisión en horas de máxima audiencia... Vaya, creo que voy a mandar a arreglar ese televisor. Me has convencido.

-Piensa en la moda que eso podría generar: por todas partes políticos y funcionarios públicos desnudándose para enseñar sus calzoncillos...

-Dios mío, ¡eso podría ser una desgracia nacional! -exclamó Shelby, soltando una carcajada.

-¡Más bien mundial! -la corrigió Alan-, Una vez que la pelota echara a rodar, no habría quien la parara.

-De acuerdo, me has convencido -le dio un sonoro beso-. Es un deber patriótico que no te exhibas en ropa interior. Excepto aquí, claro está -añadió, con un malicioso brillo en los ojos, mientras deslizaba un dedo por su cintura.

Riendo, la besó en los labios.

-Shelby... Shelby, había algo de lo que antes quería hablarte, y estoy en serio peligro de volverme a distraer...

-Tú dirás... -le sembró el cuello de besos.

-Tengo un compromiso este fin de semana.

-¿De verdad? -le mordisqueó una oreja.

A modo de defensa, Alan rodó sobre su espalda y se colocó encima de ella.

-Esta tarde me llamó mi padre.

-Ah -sonrió-. El terrateniente.

-El título le sentaría muy bien -Alan le sujetó las muñecas para impedirle que le nublara el juicio, que era lo que parecía dispuesta a hacer-. Al parecer, ha organizado uno de sus famosos fines de semana. Ven conmigo.

-¿A la fortaleza de los MacGregor en Hyannis Port? -arqueó una ceja-. ¿Y desarmada?

-Enarbolaremos la bandera blanca.

Shelby quería ir. Pero también quería negarse. Una visita a su familia la acercaría peligrosamente a ese compromiso final que con tanto empeño había estado esquivando. Preguntas, expectativas, suposiciones... ya no habría manera de evitarlas.

Alan podía oír sus pensamientos tan claramente como si los hubiera pronunciado en voz alta. Dominando su frustración, cambió de táctica.

-Tengo órdenes estrictas de «traer a esa chica»... -vio que entrecerraba los ojos-. «Esa hija de los ladrones y asesinos Campbell».

-¿Esas fueron sus palabras?

-Sí. Literalmente -afirmó Alan con tono suave.

Shelby alzó la barbilla.

-¿Cuándo salimos?

Shelby se quedó admirada cuando vio la mansión sobre el acantilado. Era maravillosa. Sobria, recia, con altas torres de piedra, se levantaba como para vigilar el mar. Era una fortaleza, un castillo, un hermoso anacronismo.

Cuando se volvió hacia Alan, vio que la estaba mirando a la espera de su veredicto. Había un brillo de humor en sus ojos que había aprendido a interpretar, junto con la ironía que siempre lo acompañaba.

-Sabías que me encantaría -pronunció, riendo.

Incapaz de resistirse, Alan se le acercó para acariciarle el cabello con la punta de los dedos.

-Sí. Pensé que podría... gustarte.

Shelby se echó a reír y volvió a contemplar la casa mientras Alan arrancaba de nuevo el coche que habían alquilado para seguir subiendo la ladera.

-Si yo me hubiera criado aquí, me habría alojado en una habitación de la torre. Y habría tenido como novios fantasmas sin cabeza...

El mar estaba tan cerca que su aroma y su sabor a sal entraban por las ventanillas abiertas.

-Nunca ha habido fantasmas, aunque recurrentemente mi padre ha intentado importar algunos de Escocia -miró de reojo a Shelby-. Y, desde luego, tiene su despacho en una de las torres.

-Mmmm -frunciendo el ceño, observó las estrechas ventanas de la torre más alta. Daniel MacGregor. Sí, ardía en ganas de conocerlo. Pero antes se dedicaría a disfrutar de aquella magnífica vista.

No le pasó desapercibido el precioso jardín de flores que rodeaba la mansión, y que sabía estaba bajo los cuidados de la madre de Alan. Si la casa había sido diseñada por Daniel y el jardín por Anna, lo menos que podía decirse de aquella pareja era que se complementaban muy bien. Conocerlos, reflexionó, iba a constituir una experiencia muy interesante.

Poco después de que Alan hubiera aparcado el coche, Shelby ya había subido a un pequeño montículo salpicado de flores desde donde podía apreciarse toda la estructura de la mansión. Estaba riendo otra vez, con la cabeza echada hacia atrás y la rebelde melena rizada al viento.

Apoyado en el capó del coche, Alan se dedicó a observarla. Con Shelby, a veces el simple hecho de mirar era suficiente: lo colmaba de alegría y felicidad.

Le gustaba ver su silueta recortada contra aquel fondo de flores de colores y de la piedra gris de la casa, con las manos hundidas en los bolsillos de sus ajustados pantalones, con la fina tela de su blusa agitándose al viento.

-Definitivamente, yo sí que habría tenido fantasmas -decidió antes de tenderle la mano-. Terribles y escandalosos fantasmas, y no del tipo etéreo y lánguido. Bésame, MacGregor -le pidió, apartándose el pelo de los ojos-. Bésame a fondo. Nunca había visto un lugar más adecuado que éste para eso.

Incluso mientras hablaba, su cuerpo ya estaba buscando su contacto, con su mano libre deslizándose por su espalda para atraerlo hacia sí. Cuando se encontraron sus labios, creyó distinguir en los de Alan el aroma de una tormenta en el mar... por muy despejado que estuviera el cielo. Podía tocarlo y sentir en su piel la estremecedora sacudida de un rayo. Y si le susurraba su nombre, lo que oía era un trueno. Se abrazaron, perdidos uno en el otro, olvidados del mundo que simplemente se había detenido de repente. Nada más les importaba.

Shelby le acarició tiernamente las mejillas antes de apartarse. Se vio asaltada por una oleada de arrepentimiento por lo que aún no le había dado, y por lo que tal vez nunca sería capaz de darle: un compromiso que trascendiera todas sus dudas y sus miedos.

-Te amo, Alan -murmuró-. Créeme.

En sus ojos, Alan podía distinguir una pasión y una lucha interior. Sí, lo amaba, pero... «Aún no», se ordenó. Todavía podía esperar algo más antes de presionarla.

-Te creo -le dijo mientras la tomaba de las muñecas. Suavemente le besó las manos antes de deslizar un brazo en torno a su cintura-. Vamos dentro.

De camino hacia la puerta, Shelby apoyó la cabeza sobre su hombro.

-Te recuerdo la promesa que me hiciste de que volvería sana y salva a casa el lunes.

-Ya te dije que ejercería continuamente de mediador -sonrió Alan.

-Muchas gracias -alzó la mirada hacia la puerta, fijándose en la pesada aldaba de bronce: tenía la forma del león de los MacGregor, con un lema en gaélico sobre su cabeza coronada-. Tu padre no es precisamente muy discreto respecto a sus antecedentes familiares, ¿verdad?

-Digamos que tiene un fuerte y arraigado sentido de la familia -Alan levantó la aldaba y golpeó dos veces la puerta-. El clan MacGregor es uno de los pocos a los que les está permitido el uso de la corona en su escudo. Sangre azul.

-¡Ja! -la desdeñosa expresión de Shelby se trocó en otra de leve curiosidad al ver que Alan soltaba una carcajada-. ¿Es que he dicho algo gracioso?

Antes de que él pudiera contestar, la puerta se abrió de repente. Shelby se encontró frente a un hombre joven, alto y rubio, de fascinantes ojos de un tono azul cercano al violeta. Tenía un rostro de rasgos finos, con una expresión que sugería tanta inteligencia como astucia. Apoyándose en la puerta, sonrió a su hermano mayor.

-Eso, ríete. Papá lleva una hora rezongando y despotricando contra... -desvió la mirada hacia Shelby... no se qué gente traidora e infiel. Hola. Tú debes de ser la infiel, ¿no?

La amable ironía de su voz la hizo sonreír.

-Supongo que sí.

-Shelby Campbell. Mi hermano, Caine.

-La primera Campbell que pone un pie en el feudo de los McGregor. Adelante. Yo no me hago responsable de nada -Caine le tendió la mano mientras Shelby cruzaba el umbral. Su primer pensamiento fue que tenía el rostro de una sirena: un rostro de una belleza especial, que no se olvidaba fácilmente.

Shelby contempló el vasto vestíbulo, adornado con preciosos tapices y mobiliario antiguo. Ella misma no habría sabido decorarlo con mejor gusto.

-¡Alan! -Serena bajó las escaleras ágilmente, a pesar de su avanzado estado de gestación.

Tenía los ojos azules, algo más oscuros que los de su hermano Caine, con una preciosa melena rubia. También en su mirada descubrió Shelby placer, cariño, humor... momentos antes de que se lanzara a los brazos de Alan.

-Te he echado de menos.

-Estás preciosa, Rena -le acarició con ternura el abultado vientre, emocionado.

-El o ella está impaciente por salir -ladeando la cabeza, observó detenidamente a Alan-. Papá tiene la absurda idea de que pueden ser gemelos; me pregunto quién se la habrá metido en la cabeza...

-Oh -sonrió-. Te aseguro que solo fue una maniobra defensiva.

-Mmmm -de pronto Rena se volvió hacia Shelby, abriendo los brazos-. Tú debes de ser Shelby. Me alegro de que hayas venido.

-Yo también -repuso, sincera-. Ardía en ganas de conocer a la mujer que le rompió la nariz a Alan.

Reprimiendo una carcajada, Serena se volvió para mirar a Caine.

-Se suponía que ese golpe tenía que ser para ti. Bueno, vamos, Shelby. Voy a presentarte al resto de la familia -añadió mientras la tomaba del abrazo-. Dios mío, espero que Alan te haya preparado convenientemente.

-A su manera, lo ha hecho.

-Cuando empieces a pasarlo mal, dímelo con la mirada. En estos días solo tengo que suspirar para lograr distraer la atención de papá al menos durante una hora y media.

Alan se quedó mirando a las dos mujeres que ya abrían la marcha hacia el pasillo.

-Parece que Rena se lo está tomando muy en serio.

Caine sonrió al tiempo que le daba unas palmaditas en el hombro.

-Lo cierto es que todos nos moríamos de ganas de conocer a tu Campbell desde que papá anunció... la noticia -no le preguntó a Alan si iba en serio con Shelby: no tenía ninguna necesidad de hacerlo-. Espero que le hayas dicho que nuestro padre es perro ladrador y poco mordedor.

-Hey, ¿por qué habría de haberle dicho eso?

Antes de pasar al salón, Shelby se detuvo un instante en el umbral para contemplar la escena que se desarrollaba allí. Un hombre moreno estaba sentado cómodamente en una vieja butaca, fumando. Tuvo la impresión de que aunque apenas se movía, podía hacerlo ágil y rápidamente siempre que fuera necesario. En un brazo del sillón se hallaba sentada una mujer, con el cabello del mismo color, las manos entrelazadas sobre su falda verde. Una pareja perfecta, reflexionó Shelby.

Al otro lado de la habitación había otra mujer, bordando tranquilamente. Shelby no tardó en descubrir de quién había heredado Alan sus rasgos, incluida aquella atractiva y serena sonrisa. Por último, en el centro del grupo y de espaldas a Shelby, se balanceaba una mecedora de alto respaldo, tallada en madera, muy apropiada para el hombre que la ocupaba.

Daniel MacGregor era un hombre enorme, de impresionante apariencia, con un cabello color rojo fuego, hombros anchísimos y rostro rubicundo, rebosante de salud. Shelby advirtió, con un dejo de diversión, que llevaba una banda escocesa con los colores del clan MacGregor encima de la chaqueta del traje. Era, indiscutiblemente, un jefe de clan.

-Rena debería descansar un poco más -declaró, blandiendo un dedo acusador contra el hombre que estaba sentado en la butaca-. Una mujer en su estado no tiene nada que hacer en un casino a altas horas de la noche.

-Da la casualidad de que el casino es suyo -replicó Justin, soltando una bocanada de humo.

-Cuando una mujer embarazada... -Daniel se interrumpió para lanzar a Diana una mirada interrogante... y Shelby advirtió que la mujer morena a duras penas reprimía una sonrisa antes de sacudir la cabeza. Finalmente Daniel suspiró, volviéndose de nuevo hacia Justin-. Decía yo que cuando una mujer embarazada...

-Que esté embarazada no significa que no pueda hacer lo que haría cualquier otra mujer -terminó Serena por él.

Antes de que Daniel pudiera replicar, descubrió a Shelby.

-¡Vaya!

-Shelby Campbell -la presentó Serena con tono suave, mientras entraba con ella en el salón-. He aquí el resto de la familia. Mi marido, Justin Blade.

Shelby se encontró con un par de ojos verdes, de mirada tranquila e inteligente, que la observaban con interés. Tardó en sonreír; pero cuando lo hizo, mereció la pena.

-Mi cuñada, Diana -continuó presentándola Rena.

-Sois hermanos, ¿no? -inquirió mirando a Justin y a Diana. La semejanza de sus rasgos no le había pasado desapercibida.

Diana asintió. Le gustaba el candor de su mirada.

-¿De qué clan? -preguntó de nuevo Shelby.

Justin esbozó otra sonrisa mientras soltaba otra bocanada de humo.

-Comanche.

-Buen linaje -comentó Daniel dando un puñetazo en el brazo de su silla. Shelby lo miró sin decir nada.

-Mi madre -prosiguió Serena con las presentaciones.

-Estamos tan contentos de que hayas venido, Shelby... -la voz de Anna era sosegada, relajante. Y su mano, cuando tomó la de Shelby, firme y segura.

-Gracias. He estado admirando su jardín, señora MacGregor. Es precioso.

-Gracias. Es uno de mis caprichos -cuando Daniel se aclaró la garganta ostensiblemente, una fugaz sonrisa se dibujó en los labios de Anna-. ¿Has tenido un buen vuelo?

-Sí -de espaldas a Daniel, Shelby sonrió-. Muy tranquilo.

-Dejadme echar un vistazo a la chica! -pronunció Daniel, golpeando con el puño el brazo de la mecedora.

Advirtiéndole que Serena reprimía otra carcajada, Shelby se volvió lentamente para mirar a Daniel. Y alzó la barbilla con un gesto tan arrogante como el del patriarca del clan.

-Shelby Campbell -la presentó en esa ocasión Alan, disfrutando de aquel momento-. Mi padre, Daniel MacGregor.

-Una Campbell... -repitió Daniel.

Shelby se le acercó, pero no le tendió la mano.

-Así es -pronunció, porque su sangre parecía demandárselo-. Una Campbell.

Daniel se obligó a fruncir el ceño y a no sonreír en un esfuerzo por asumir su expresión más intimidante. Pero la joven ni siquiera parpadeó.

-Mi familia albergaría a un tejón en su casa antes que .a un Campbell.

Al ver que su madre abría la boca para protestar, Alan le hizo un gesto para que se mantuviera en silencio. No solo sabía que Shelby podía defenderse, sino que además quería verlo con sus propios ojos.

-La mayor parte de los MacGregor se sienten muy cómodos admitiendo a los tejones en sus salones.

-¡Bárbaros! Los Campbell eran bárbaros, desde el primero hasta el último.

-Y los MacGregor tuvieron siempre reputación de ser unos malos perdedores.

Al instante el rostro de Daniel se tomó tan rojo como su cabello.

-¿Perdedores? ¡Ja! Todavía no ha nacido el Campbell que pueda resistirse a un MacGregor en un combate limpio. Son de los que apuñalan por la espalda.

-Dentro de un minuto escucharemos la biografía de Rob Roy -intervino Caine, irónico-. ¿Quieres una copa, papá? -le preguntó en un intento por distraerlo-. ¿Y tú, Shelby?

-Sí, por favor. Whisky escocés -le hizo un guiño de complicidad, y continuó la discusión con su padre. Si los MacGregor hubieran sido más listos, quizá no habrían perdido ni sus tierras, ni sus kilt; ni su apellido. Los reyes -continuó con tono suave mientras Daniel resoplaba de furia- tienen la costumbre de enfadarse cuando alguien intenta ser más que ellos.

-¡Los reyes! -explotó Daniel-. ¡Un rey inglés, por Dios! Ningún verdadero escocés necesitaba que un rey inglés le dijera cómo tenía que vivir en su propia tierra.

Los labios de Shelby se curvaron en una sonrisa mientras Caine le tendía una copa.

-Esa es una verdad por la que podría brindar.

-¡Ajá! -Daniel levantó su copa y la apuró de un solo trago antes de dejarla sobre la mesa.

A Shelby le costó algo más, pero siguió su ejemplo. Por un instante el hombretón se quedó mirando con el ceño fruncido su copa vacía. Luego, lentamente y en medio de un tenso silencio, se volvió para observar a Shelby. Su mirada era feroz, y la de la joven, desafiante. Levantándose pesadamente de la mecedora, se irguió ante ella cual oso gigantesco.

Shelby, a su vez, se negaba a bajar la mirada, con las manos en las caderas. A Alan le habría gustado poder pintar aquella escena. Fue entonces cuando, sin previo aviso, Daniel estalló en estridentes carcajadas.

-¡Dios mío, qué chica ésta!

Y Shelby se encontró con que la levantaban en vilo, estrujada por un fuerte y paternal abrazo de bienvenida.

No tardó mucho tiempo Shelby en hacerse con un boceto mental de la familia MacGregor. Daniel era un hombre enérgico, de gestos teatrales, exigente... y un absoluto pedazo de pan por lo que se refería a sus hijos. Anna tenía los ojos y el temperamento de su hijo mayor. Podía dominar discreta y silenciosamente a cualquiera, su marido incluido. Después de observarla durante toda la tarde, Shelby no pudo menos que concluir que había ejercido una gran influencia sobre Alan. Había heredado la misma paciencia y perspicacia de su madre. Una combinación formidable.

Le gustaba la familia de Alan. Uno a uno, habría encontrado interesantes a todos sus miembros, pero en grupo los encontraba fascinantes. La casa misma era fantástica, irresistible. Bóvedas, gárgolas, armaduras, pasillos interminables...

Cenaron en un comedor de dimensiones colosales. Unas lanzas se cruzaban frente a una vasta chimenea llena de leña. Todo hablaba de una riqueza excéntrica y ostentosa muy al gusto de Daniel MacGregor.

Shelby se hallaba sentada a la izquierda de Daniel. Mientras deslizaba un dedo por el borde de su plato, comentó:

-Wedgwood jaspeada, de finales del siglo dieciocho. La variante amarilla es muy rara.

-Esa vajilla perteneció a mi abuela -le explicó Anna-. Siempre le encantó. No sabía que su color fuera tan poco común.

-Las de color azul verde y negro se pintan con óxidos. Nunca había visto el color amarillo fuera de un museo.

-Nunca entendí por qué a la gente puede interesarle tanto un simple plato -señaló Daniel.

-Porque a ti lo único que te ha interesado siempre es su contenido -terció Serena.

-Shelby es ceramista -le dijo Alan a su padre, antes de que pudiera replicar algo.

-¿Ceramista? -la observó, frunciendo el ceño-. ¿Haces platos?

-Entre otras cosas.

-Nuestra madre también hacía cerámica -murmuró Diana-. Todavía la recuerdo trabajando con un pequeño torno manual cuando yo era niña. Es fascinante ver las cosas que se pueden hacer a partir de un simple pedazo de barro. ¿Te acuerdas, Justin?

-Sí. A veces vendía las piezas en una pequeña tienda del pueblo. ¿Vendes tu trabajo? -le preguntó a Shelby-. ¿O es solamente una afición?

-Tengo una tienda en Georgetown.

-Una empresaria -comentó Daniel con tono aprobador-. Entonces vendes tu propia producción. ¿Eres buena?

Shelby alzó su copa de vino.

-Me gusta pensar que lo soy -y se volvió hacia Alan-. ¿Estás tú de acuerdo, senador?

-Absolutamente -respondió-. Y, para no tener ningún sentido de la organización, debo decir que trabajas y administras tu tienda a las mil maravillas.

-Me gustan los cumplidos ambiguos. Alan, en cambio, está acostumbrado a una rutina más estructurada. Es incapaz de perder los estribos.

-Y a mí me gustan los insultos ambiguos -murmuró.

-Eso equilibra vuestra relación -Daniel señaló a ambos con su tenedor-. Sabes lo que haces, ¿verdad, chica?

-Como la mayoría de la gente.

-Serás una buena Primera Dama, Shelby Campbell.

Los dedos de Shelby se tensaron sobre su copa: un involuntario detalle que solamente advirtieron Alan y su madre.

-Quizá... -repuso con voz tranquila-... si fuera esa una de mis ambiciones.

-Lo sea o no, es el destino quien te ha emparejado con este hombre -señaló Daniel a su primogénito.

-Eso es un poco prematuro -apuntó Alan mientras cortaba limpiamente su filete, dominando su inquietud-. Aún no he decidido aspirar a la presidencia, y Shelby tampoco ha decidido casarse conmigo.

-¿Que no lo ha decidido aún? ¡Ja! Esta chica no me engaña. Campbell o no, es una buena escocesa. No importa el clan al que pertenezca. Engendrará unos buenos MacGregor.

-Todavía sigue empeñado en que cambie de apellido -terció Justin, en un esfuerzo por desviar la atención de Daniel hacia él.

-En cualquier caso, el retoño de Rena será un MacGregor. Y lo mismo con Caine cuando entre en razón y se decida a tener uno -lanzó a su benjamín una ceñuda mirada que fue replicada con una sonrisa-. Pero Alan es el primogénito y por tanto está obligado a perpetuar la estirpe y...

Alan se volvió hacia su padre, dispuesto a acabar con aquel tópico, pero se contuvo al ver la sonrisa de Shelby. Había cruzado los brazos sobre la mesa, olvidándose de la cena para disfrutar de una de las clásicas actuaciones de Daniel MacGregor.

-¿Te estás divirtiendo? -le preguntó al oído.

-No me lo perdería por nada del mundo. ¿Siempre es así?

-Sí -respondió Alan, suspirando, mientras su padre proseguía su sermón.

Finalmente, Shelby se decidió a intervenir.

-Creo que estoy enamorada. Daniel... -interrumpió su torrente de palabras, tirándolo de la manga-. No quiero ofender a Alan, ni a tu esposa, pero creo que si fuera a casarme con un MacGregor... lo haría contigo.

Daniel se la quedó mirando, estupefacto, hasta que de repente estalló en carcajadas.

-Eres una diablilla, Shelby Campbell. Toma... -levantó la botella de vino-. Veo que tu copa está vacía.

-Eso estuvo muy bien -le dijo Alan a Shelby poco después, mientras le enseñaba la casa.

-¿De verdad? -riendo, lo tomó de la mano-. Es un hombre irresistible... -se puso de puntillas para mordisquearle el lóbulo de una oreja-. Al igual que su primogénito.

-Esa palabra tiene que ser usada de manera reverente -le advirtió Alan-. Personalmente, siempre me ha parecido odi...

-¡Oh, esto es fabuloso! -exclamó, levantando una pieza de porcelana de una mesa-. Un Chantilly. Alan, te juro que esta casa es mejor que un museo. Nunca me cansaré de recorrerla -después de dejar la porcelana donde estaba, se volvió hacia él con una sonrisa-. ¿Alguna vez te has puesto una de esas armaduras?

-Caine lo hizo una vez..., y yo tardé cerca de una hora en sacarlo.

Shelby murmuró unas palabras de simpatía mientras le acunaba el rostro entre las manos.

-Eras un niño tan bueno -bromeó, riendo, pero Alan acalló su risa con un súbito beso, apasionado, abrasador.

-Caine se metió en esa armadura -continuó Alan, sin dejar de besarla..., porque yo le sugerí que podría ser una interesante experiencia.

Lo miró fijamente, sin aliento, preguntándose cuándo estaría preparada para esos bruscos cambios de carácter de Alan.

-Así que haciendo de instigador, ¿eh? -logró pronunciar.

-Ejerciendo de líder, más bien -la corrigió antes de soltarla-. Y solamente le ayudé a salir..., después de que le diéramos un susto de muerte a Rena.

Por un instante Shelby se apoyó en la pared, observándolo, mientras el latido de deseo que atravesaba su cuerpo se calmaba poco a poco.

-No creo que fueras tan modosito como me dijiste una vez que eras. Probablemente te merecías que te rompieran la nariz.

-Caine se lo merecía aún más.

Shelby se rió de nuevo mientras enfilaban por otro pasillo.

-Me gusta tu familia.

-A mí también.

-¿Y disfrutaste viendo cómo me enfrentaba a duelo con tu padre?

-Siempre me han gustado las comedias de salón.

-¿De salón? ¡Pero si aquello parecía la sala del trono! -apoyó la cabeza en su hombro-. Es maravilloso. Alan... ¿de dónde sacó tu padre la idea de que nos vamos a casar?

-Yo le dije que te lo había pedido -reconoció-. Lo que pasa es que a mi padre le cuesta entender que una mujer pueda rechazar a su primogénito -se volvió de repente, acorralándola contra la pared del corredor.

La penumbra reinante resaltaba los rasgos de su rostro, dejando en sombra sus ojos. Shelby podía sentir la fuerza y el poder que emanaba su cuerpo, y ello a pesar de que apenas se estaban tocando. Sabía que podía ser fiero, al igual que exquisitamente tierno.

-Alan...

-¿Cuánto tiempo vas a pedirme que espere? -no había querido presionarla; de hecho, se había prometido que no lo haría. Pero verla en el hogar de su infancia, con su familia, con sus recuerdos, solo había intensificado la necesidad que sentía de ella -. Te amo, Shelby.

-Lo sé -le echó los brazos al cuello, apretando la mejilla contra la suya-. Te amo. Dame algo más de tiempo, Alan, solo un poco más de tiempo. Es demasiado pedir, ya lo sé -lo abrazó. con fuerza antes de apartarse para verle el rostro-. Eres más honesto que yo, más bueno, más paciente. Tengo que aprovecharme de eso.

Pero Alan no se sentía ni bueno ni paciente. Quería acorralarla contra una esquina y exigir, reclamar, pedir... suplicar.

-De acuerdo. Pero, Shelby, hay cosas que tendremos que hablar cuando volvamos a Washington. Una vez que tome una decisión, tendré que pedirte que tomes tú la tuya.

Shelby se humedeció los labios, temerosa de lo que pudiera implicar esa decisión. «Ahora no», se dijo. Ni siquiera pensaría en ello. En Washington ya tendría tiempo para preocuparse, pero allí, en ese instante, quería a Alan para ella sola, sin la política de por medio, sin tener que pensar en el futuro.

-Hablaemos en Washington -aceptó-. Y te prometo que te daré una respuesta.

-Espero que sea la que yo deseo -murmuró Alan, besándola de nuevo-. Es tarde -añadió de pronto-. Supongo que ya se habrá ido todo el mundo a la cama.

-Nosotros deberíamos hacer lo mismo.

-Alan se echó a reír.

-¿Qué te parecería un baño a medianoche?

-¿Un baño? -Shelby cerró los ojos, suspirando de deleite-. Oh, pero no he traído traje de baño.

-Mejor -Alan la llevó por el pasillo ante una gran puerta doble, y cerró con cuidado después de hacerla pasar.

-Vaya -con las manos en las caderas, contempló la habitación.

Era enorme, como todo en aquella casa. Una pared era enteramente de cristal, con exuberantes plantas colgando desde diferentes niveles, dejando paso a la luz de la luna. El suelo era de mosaico, con diminutas teselas dibujando intrincados diseños en tonos verdes y azules. Y, en el medio, una enorme piscina. Con una sonrisa, se volvió hacia Alan.

-Apuesto que has nadado incontables veces aquí. La primera vez que te vi pensé que tenías un cuerpo de nadador de fondo. Seguro que no iba tan descaminada.

Alan se limitó a sonreír.

-Pero antes tendremos que tomar una sauna.

-Oh, ¿de verdad?

-Ajá -enganchó un dedo en la cintura de sus pantalones y la acercó hacia sí-. Hay que abrir los poros un poquito con un rápido movimiento, se los desabrochó y deslizó por las caderas.

-Dado que insistes... -Shelby empezó a desanudarle la corbata-. ¿Te has fijado, senador, que generalmente sueles llevar mucha más ropa que yo?

-Pues... -introdujo las manos debajo de su blusa-... sí.

-Pues a no ser quieras tomar esa sauna completamente vestido -empezó a desabrocharle los botones- tendrás que frenarte un poco -soltando un largo suspiro, lo despojó por fin de la camisa-. Necesitaremos toallas -añadió mientras recorría su torso con las manos, hasta llegar a su cinturón.

Lentamente, Alan le quitó la blusa, permitiéndose admirarla por unos segundos antes de buscar las toallas en un estante que tenía detrás. Era esbelta, tentadora, desafiante... y era toda suya. Sin dejar de mirarlo, Shelby se envolvió en la toalla que le ofreció.

Empezó a sudar desde el mismo instante en que la hizo pasar a una habitación contigua. Se quedó inmóvil por un momento, disfrutando de la sensación, antes de sentarse en un banco.

-Hacía meses que no hacía esto -murmuró y se recostó hacia atrás, con los ojos cerrados-. Es maravilloso.

-Tengo entendido que mi padre consiguió cerrar muchos tratos de negocios en esta sala -Alan se dejó caer a su lado.

-No me extraña. Gracias a ella debió de ser capaz de derretir a cualquiera -con gesto distraído, deslizó un dedo por el muslo de Alan-. ¿Alguna vez te has servido de una sauna para alguna importante intriga de gobierno, senador?

-La verdad es que, en las saunas, prefiero hacer otras cosas... -inclinándose, rozó con los labios su hombro desnudo-. Cosas mucho más personales.

-Mmmm. ¿Cómo de personales?

-Altamente confidenciales -de repente, Alan la sentó en su regazo y comenzó a sembrar su piel de aquellos besos que tanto le habían encantado siempre-. Tu cuerpo me fascina, Shelby. Tan esbelto, tan fino, tan ágil... -sus labios descendían cada vez más, hasta llegar al nudo de la toalla-. Y tu mente... también es ágil, y tan hábil como tus manos. Nunca he sabido qué es lo que me atrae más de ti. Quizá sean ambas cosas.

Shelby se contentó con tumbarse y dejar que le hiciera el amor con sus palabras y con el maravilloso contacto de sus labios. Tenía los músculos relajados por el calor, la piel suave, y húmeda. Cuando volvió a besarla en la boca, descubrió que apenas tenía fuerzas para alzar un brazo y atraerlo hacia sí.

Pero sus labios sí que podían moverse, tentándolo, invitándolo. Así que fue en su boca donde concentró sus escasas energías mientras su cuerpo parecía derretirse por momentos de ardor y anhelo.

Al tiempo que la besaba lenta, profundamente, le deshizo el nudo de la toalla hasta dejarla completamente desnuda y vulnerable ante él.

La sintió gemir contra sus labios, y saboreó su tembloroso aliento que se confundía con el suyo. Su aroma, siempre excitante, parecía llenar aquella pequeña sala hasta borrar todo lo demás. Deslizándolo un brazo por su espalda, la atrajo todavía más hacia sí. Sus labios, aún hambrientos, parecían enredarse en un beso eterno, inolvidable. Alan descubría una respuesta allí donde la tocaba, una reacción que se tornaba cada vez más frenética conforme sus manos iban perdiendo la paciencia. Cuando vio que empezaba a convulsionarse de placer, se estremeció. «Ahora», parecía decirle en silencio. Con un tembloroso suspiro, se obligó a dominar su necesidad.

La encontró húmeda y excitada. Cuando Shelby arqueó el cuerpo hacia su mano, Alan pudo sentir la explosión de su orgasmo. Aturdida e inconsciente gemía su nombre, solo su nombre. Era todo lo que él deseaba escuchar. Podría haber estado horas acariciándola así. Estrechándola entre sus brazos, se incorporó levantándola consigo.

-Es peligroso quedarse aquí demasiado tiempo -le dio un rápido beso-. Vamos a refrescarnos.

-Imposible -murmuró Shelby, apoyándose en su hombro-. Absolutamente imposible.

Habían dejado atrás las toallas.

-El agua está fresca... y casi tan suave como tu piel.

Con un suspiro, Shelby se volvió para mirar la lisa superficie de la piscina.

-Puedo meterme en el agua -le echó los brazos al cuello, demasiado débil para sostenerse sola... pero no creo que tenga fuerzas para nadar.

-Yo te ayudaré -le sugirió Alan, y levantándola como si fuera una pluma, se metió con ella en la piscina.

Shelby se quedó sin aliento al primer contacto con el agua.

-¡Está helada!

-No te creas. Es el contraste con la temperatura de la sauna.

Fue nadando hasta el otro extremo mientras sentía cómo se vigorizaban de nuevo sus músculos. Allí la estaba esperando ya Alan.

-Quieres exhibirte ante mí como gran nadador, ¿eh? -lo acusó, retirándose el pelo de los ojos. Dejó luego vagar lentamente la mirada por su cuerpo. No importaba cuántas veces lo viera desnudo, o cuántas lo tocara: tenía siempre la virtud de excitarla, en todo momento y lugar-. Estás estupendo, senador. Creo que podría llegar a acostumbrarme a verte mojado y desnudo. Si algún día te decides a dejar la política, podrías alcanzar un gran éxito como socorrista en una playa nudista.

-Siempre es bueno tener un oficio de recambio -la observó por unos instantes, con su piel blanca y cremosa contrastando con el agua oscura. La luz de la luna se derramaba por el ventanal. El deseo que antes había experimentado retornó con toda su fuerza. De repente se adelantó hacia ella, deslizando un brazo por su cintura.

Shelby se aferró a sus hombros mientras echaba la cabeza hacia atrás, con la melena medio hundida en el agua. Alan podía ver en sus ojos la excitación, la mutua necesidad. Fue entonces cuando sintió el roce de sus labios en los suyos, y no vio ya nada más.

Shelby sabía que no habría ya paciencia ni languidez en aquel nuevo acto amoroso. La boca de Alan devastaba la suya, y en ella podía saborear tanta desesperación como irrefrenable avidez. Hasta aquel instante nunca había creído posible que pudiera excitarse tan rápidamente, pero así ocurrió, y con el mismo ardor e intensidad que antes. El deseo la asaltaba en sucesivas olas cada vez más altas, hasta que se vio completamente anegada por una y tuvo que salir a buscar aire. Sus cuerpos se enredaban casi con rabia. Enterró los dedos en su pelo murmurando mil promesas, mil exigencias distintas.

El agua reducía la velocidad de sus movimientos, como si quisiera burlarse de su apresuramiento. Ninguno de los dos conservaba la paciencia de la ternura una vez desbocada su avidez. Shelby sentía la caricia del agua en sus hombros, fresca y sensual, en contraste con el ardor de la boca de Alan en sus labios, cada vez más hambrienta. Podía olerlo en su piel, paladearlo en su sabor: aquel leve rastro a cloro, lo único que podía recordarles que se hallaban en una piscina, y no en alguna remota laguna a miles y miles de kilómetros de distancia.

Pero cuando terminaron haciendo el amor en un frenesí de pasión, ninguno de los dos recordó ya dónde estaba.

-Hola.

Shelby ahogó un bostezo mientras terminaba de bajar el último tramo de escaleras y vio a Serena.

-Hola.

-Parece que tú y yo somos las únicas que no estamos haciendo una actividad desagradablemente productiva esta mañana. ¿Quieres desayunar?

-Desde luego -Shelby se llevó una mano al estómago-. Me muero de hambre.

-Bien. Normalmente desayunamos en un comedor contiguo a la cocina, todos a diferentes horas. Caine... continuó Serena mientras se dirigían al salón... siempre se levanta al amanecer: un hábito por el que siempre he querido estrangularlo ya desde niño. Alan y mis padres tampoco se diferencian mucho. A Diana las ocho le parece ya muy tarde, y lo mismo sucede con Justin. En cualquier caso, ahora tengo esto como excusa para quedarme más tiempo en la cama -se palmeó su abultado vientre de embarazada.

-Yo no necesito ninguna -sonrió Shelby.

-Es una suerte.

Serena la llevó a un comedor vasto y soleado. Elegantes cortinajes colgaban de los ventanales. La alfombra era magnífica, tejida en azul y dorado.

-Creo que siempre me sorprenderá esta casa. Es maravillosa -comentó Shelby mientras estudiaba la lujosa cerámica de las vitrinas.

-Lo mismo me pasa a mí -rió Serena-. ¿Te gustan los gofres?

-Tengo una especial debilidad por ellos.

-Lo sabía. Ahora vuelvo -y desapareció por una puerta lateral.

Una vez sola, se dedicó a pasear por la habitación, admirando una pintura de paisaje francesa y oliendo deleitada las flores de un jarrón de cristal tallado. Habría necesitado un fin de semana entero solamente para ver cada sala. Y toda una vida para poder apreciar todo lo que contenían. Aun así, se sentía como en su propia casa, reflexionó mientras se acercaba a los ventanales para contemplar el jardín. Se sentía tan cómoda con la familia de Alan como con la suya propia. Debería ser tan sencillo amarase, casarse, tener hijos... Con un suspiro, apoyó la frente en el cristal. Si todo pudiera ser tan sencillo para los dos...

-¿Shelby?

Irguiéndose, se volvió para sorprender a Serena observándola.

-Te he traído café -le dijo tras una breve vacilación. No había esperado ver aquella sombra de preocupación en unos ojos de mirada tan pura-. Los gofres estarán dentro de un momento.

-Gracias -se sentó ante la mesa mientras su anfitriona le servía el café-. Alan me dijo que tienes un casino en Atlantic City.

-Sí. Justin y yo somos socios en el casino y en otros hoteles. Del resto... -añadió mientras alzaba su taza-... él es el único propietario. Por ahora.

Shelby sonrió. Le gustaba aquella mujer.

-Quieres convencerlo de que te deje participar como socia también en los demás hoteles.

-Sí, pero cada cosa a su tiempo. He aprendido a saber llevarlo bastante bien durante el último año... sobre todo desde que perdió la apuesta y tuvo que casarse conmigo.

-Vas a tener que aclararme eso.

-Es jugador. Y yo también. Echamos una moneda al aire -sonrió Serena, recordándolo-. Si salía cara ganaba yo, y cruz perdía él.

Riendo, Shelby dejó la taza sobre el plato.

-Está loco por ti. Lo sé por la manera en que te mira cada vez que entras en una habitación en la que está él.

-Los dos hemos pasado por muchas cosas -se quedó callada un momento, evocando los problemas que tuvieron nada más conocerse, el amor que fue creciendo entre ellos y el miedo a asumir aquel compromiso final-. Caine y Diana también -agregó-. Justin y Diana tuvieron una infancia dura, y eso marcó su capacidad de relacionarse con otras personas. Es curioso: creo que amé a Justin casi desde el principio, aunque no era consciente de ello. Y lo mismo le ocurrió a Caine con Diana -se interrumpió, lanzando a Shelby una mirada cargada de cariño.

-Los MacGregor sabéis bien lo que hacéis.

-Yo ya me estaba preguntando si Alan llegaría a amar a una mujer algún día, hasta que lo vi contigo le tomó una mano por encima de la mesa-. Me alegré tanto cuando vi que no eras el tipo de mujer de la que tanto temía que fuera a enamorarse...

-¿Qué tipo era ese? -inquirió Shelby, sonriendo.

-Fría, sofisticada, elegante, de manos finas y maneras impecablemente aburridas -un brillo de humor apareció en sus ojos-. Alguien con quien no podría soportar desayunar una mañana como esta.

Shelby se echó a reír y tomó un sorbo de café.

-A mí, en cambio, ese perfil de mujer me parece más adecuado para el senador Alan MacGregor que yo

-Adecuado para su título, para su condición de senador -objetó Serena-. Conozco a mi hermano. Suele ponerse demasiado serio a veces, y también trabajar demasiado, pero es un encanto de persona. Necesita que alguien le ayude a relajarse y a reír.

-Ojalá fuera eso todo lo que necesitara... -murmuró Shelby con tono suave.

Viendo cómo la anterior sombra de preocupación volvía a su mirada, de repente Serena sintió una gran lástima por ella.

-Shelby, no pretendo pecar de curiosa.., bueno, quizás un poquito sí. De verdad que solamente quería que supieras lo que sentía. Quiero mucho a Alan.

Se quedó contemplando la taza vacía antes de mirar de nuevo a Serena.

-Yo también.

Serena se recostó en su silla, deseando poder decir algo prudente, sensato.

-Lo que pasa es que el asunto no es tan fácil, ¿verdad?

Shelby negó con la cabeza.

-Vaya, así que al fin has decidido levantarte -resonó la voz de Alan cuando entró en la sala. Aunque había percibido que algo estaba pasando entre Shelby y su hermana, no hizo ningún comentario.

-Todavía no son las diez -repuso Shelby, echando la cabeza hacia atrás para recibir su beso-. ¿Ya has desayunado?

-Hace horas. ¿Queda algo de café?

-Desde luego -respondió Serena-. Sírrete una taza. ¿Has visto a Justin?

-Está arriba, con papá.

-Ah, preparando alguna brillante operación financiera, supongo.

-No. Jugando al póquer. Sin dinero: con botones -explicó Alan mientras se servía una taza-. Papá lleva ya perdidos quinientos.

-¿Y Caine?

-Unos trescientos.

Serena intentó adoptar una expresión de desaprobación... y falló.

-No sé qué es lo que voy a hacer si Justin sigue desplumando así a mi familia... ¿Y tú? ¿Cuánto has perdido?

-Oh, unos ciento setenta y cinco -desviando la mirada hacia Shelby, sonrió-. Solo juego con Justin por no mostrarme descortés. Pero, maldita sea, un día le daré una buena paliza...

-No sabía que el juego estuviera legalizado en este Estado -terció Shelby, mirando los gofres que le estaban sirviendo.

Alan miró su plato, sorprendido.

-¿Vas a comerte todo eso?

-Sí -Shelby tomó el frasco de sirope y se sirvió generosamente-. Dado que los clubes exclusivamente masculinos son arcaicos, machistas e inconstitucionales, supongo que podríais hacerme sitio en alguna partida.

Alan observó cómo los gofres desaparecían en un santiamén.

-Ninguno de nosotros había pensado que el dinero podía tener género. ¿Estás preparada para perder?

-No tengo esa costumbre -sonrió Shelby.

-Me gustaría estar presente -comentó Serena-. ¿Dónde están mamá y Diana?

-En los jardines -respondió Alan-. Diana quería que le diera algunos consejos para la casa que acaba de comprar con Caine.

-Eso significa que disponemos de una hora o dos -dijo Serena mientras se levantaba de la mesa.

-¿No le gustan a tu madre los juegos de cartas?

-Los juegos de cartas, sí: los habanos de mi padre no explicó Serena cuando abandonaban la sala-. El se los esconde... o al menos ella le deja pensar eso.

Recordando la penetrante y observadora expresión de Anna, Shelby pensó que probablemente se trataría de lo último. A Anna, como a Alan, se le escapaban muy pocas cosas.

Todavía estaban subiendo la escalera de la torre cuando pudieron oír la voz atronadora de Daniel:

-¡Maldito seas, Justin Blade! ¡Tienes más suerte que el demonio!

-Malos perdedores, estos MacGregor -suspiró Shelby, mirando de reojo a Alan.

-Ya veremos si los Campbell pueden hacerlo mejor -replicó Alan-. Sangre nueva -anunció desde el umbral de la puerta.

El salón estaba lleno de humo. Se habían servido del enorme y viejo escritorio de Daniel como mesa. Los tres hombres hicieron una pausa en el juego al ver entrar a Shelby y a Serena.

-No me gustaría desplumar a mi propia esposa -fue el primer comentario de Justin mientras miraba sonriente a Serena, con un puro entre los dientes.

-Ni siquiera tendrás oportunidad de intentarlo -explicó mientras se sentaba en el brazo de su sillón-. Es Shelby la que quiere jugar un par de partidas.

-¡Una Campbell! -Daniel se frotó las manos-. Ya veremos de qué lado sopla el viento ahora. Siéntate, chica. Tres descartes y límite de diez dólares por postura.

-Si crees que vas a recuperar tus pérdidas a costa mía, MacGregor -le advirtió Shelby mientras tomaba asiento-, estás muy equivocado.

Daniel emitió un gruñido de aprobación.

-Baraja las cartas, chico -le ordenó a Caine.

Shelby tardó menos de diez minutos en descubrir que Justin Blade era el mejor jugador de póquer que había conocido en su vida. Daniel jugaba arriesgando demasiado, Caine con una combinación de intuición y talento, pero Justin simplemente jugaba. Y ganaba.

Como sabía que no tenía nada que hacer frente a un jugador de esa categoría, Shelby optó por lo que consideraba su mejor recurso: la suerte a ciegas, el puro azar.

Situado discretamente detrás de ella, Alan observó que se descartaba de dos corazones, con la intención de completar una escalera de color. Sacudiendo la cabeza con expresión escéptica, se acercó a la mesa que había en una esquina para servirse otra taza de café.

Le gustaba verla así, jugando contra su padre frente a frente, dos cabezas pelirrojas inclinadas mientras examinaban sus cartas. Era extraña la facilidad con que se había infiltrado en su vida. Encajaba bien allí, en aquella extraña habitación de la torre, jugando al póquer en un ambiente con olor a humo y café. Y encajaría muy bien asimismo en una elegante velada de Washington, paladeando el mejor champán.

Y encajaba por las noches en sus brazos de una manera que nunca ninguna otra mujer podría igualar. Alan la necesitaba en su vida tanto como necesitaba comer, o beber, o respirar.

-Pareja de ases -pronunció Daniel con feroz expresión.

Justin enseñó sus cartas con gesto tranquilo.

-Doble pareja. De sotas y sietes -declaró mientras Caine soltaba una exclamación de disgusto.

-¡Maldito...! -Daniel se interrumpió, mirando a su hija y a Shelby-. Que el diablo te lleve, Justin Blade.

-Creo que te estás apresurando -intervino Shelby, desplegando sus cartas-. Tengo una escalera.

Alan se acercó a la mesa para mirar sus cartas, asombrado.

-Que me aspen si no es una escalera de color.

-Solo una condenada bruja podría sacar una escalera de color -comentó Daniel con admiración.

-O una condenada Campbell -repuso Shelby con tono tranquilo.

-Otra partida.

-Bienvenida a bordo -le susurró Justin a Shelby con una maliciosa sonrisa, antes de empezar a barajar las cartas.

Jugaron durante una hora, durante la cual Shelby pudo arreglárselas para mantener la cabeza fuera del agua. Daniel siguió fumando hasta que oyó la voz de su esposa procedente de la escalera: inmediatamente apagó lo que quedaba de su habano y escondió el cenicero.

-Subo tus cinco -pronunció, inclinándose de nuevo sobre la mesa.

-Todavía no has abierto -le recordó Shelby con tono dulce. Tomando uno de los caramelos de menta que había en el escritorio, se lo metió en la boca a Daniel-. Y acuérdate de borrar tus huellas, MacGregor.

Sonriendo, el patriarca del clan la despeinó cariñosamente.

-Campbell o no, eres una buena chica.

-Claro. Teníamos que haber adivinado que estarían dejándose desplumar por Justin -declaró Anna cuando entró en la habitación acompañada de Diana.

-Sí, pero las ganancias se las está repartiendo con Shelby -explicó Caine.

Abrazándolo por detrás, Diana apoyó la barbilla sobre su cabeza.

-Anna y yo estábamos pensando en darnos un baño en la piscina antes de comer. ¿Alguien más está interesado?

-Buena idea -Daniel se las arregló para empujar un poco más con el pie el cenicero que estaba en el suelo-. ¿A ti te gusta nadar, chica?

-Sí -respondió Shelby-. Pero no he traído traje de baño.

-Hay un armario lleno en el vestuario -le dijo Serena-. No tendrás problema en encontrar alguno que te siente bien.

-¿Ah, sí? -desvió la mirada hacia Alan-. Es estupendo. Un armario lleno.

-¿No te lo había dicho? -sonrió Alan, irónico-. Lo de la piscina es una buena idea -le puso las manos sobre los hombros-. Todavía no he visto a Shelby en traje de baño.

Veinte minutos después, Alan se encontraba relajándose en la sauna, pero no con Shelby, sino en compañía de su hermano y de Justin. Recostándose en el banco, dejando relajar los músculos, recordaba el maravilloso brillo de su piel húmeda y suave cuando hicieron el amor la noche anterior...

-Tienes buen gusto -le comentó Caine, apoyándose en la pared de mosaico-. Debo reconocer que me has sorprendido.

-¿Ah, sí? -inquirió Alan, abriendo los ojos.

-Tu Shelby no pertenece al tipo de rubia sofisticada, de cuerpo... interesante con la que estuviste saliendo hace unos meses. No habría durado ni cinco minutos con papá.

-Shelby es especial.

-No puedo menos que respetar a alguien que nada más sentarse a una mesa de póquer se hace con una escalera de color -añadió Justin mientras se tumbaba de espaldas en el banco-. Serena me ha dicho que esa chica te conviene.

-Siempre es bueno contar con la aprobación de la familia -repuso secamente Alan.

Justin se echó a reír, cruzando los brazos detrás de la cabeza.

-Los MacGregor tenéis la costumbre de entrometeros en ese tipo de cosas.

-Por supuesto, habla por experiencia propia -Caine se apartó el pelo húmedo de la frente-. Por el momento, me alegro de que el viejo esté concentrando sus preocupaciones en Alan. Eso nos da un respiro a Diana y a mí.

-Y yo que pensaba que estaría demasiado ocupado con Rena y con su futuro nieto para meterse también conmigo! -exclamó Alan.

-Diablos, no se quedará satisfecho hasta que caiga de rodillas ante un pequeño MacGregor o Blade sonrió Caine-. De hecho, yo mismo me lo he llegado a plantear...

-Una cosa es planteárselo y otra engendrar otro híbrido de comanche y escocés -repuso Justin con tono indolente.

-Diana y yo pensábamos esperar primero a ver qué pasa con nuestro sobrino o sobrina.

-¿Qué se siente ante la perspectiva de ser padre, Justin? -le preguntó Alan.

Justin se quedó mirando el techo recordando la primera vez que sintió moverse algo bajo su mano en el interior de la mujer que amaba. Estremecedor. Inefable. Vio otra vez a Serena desnuda, embarazada de su hijo, hermosa.

-Te quedas aterrado. Te obliga a cuestionarte toda tu vida. Cuanto más deseas que llegue el momento, más miedo tienes... y más ganas tienes de ver a esa criatura, de saber cómo será, a quién se parecerá...

-Comanche y escocés. Una buena mezcla -declaró Caine.

Justin se rió entre dientes y cerró los ojos.

-Al parecer, Daniel ha pensado lo mismo respecto a los Campbell. ¿Vas a casarte con ella, Alan?

-Sí. Aquí. Para el otoño.

-Maldita sea, ¿por qué no nos lo habías dicho antes? -protestó su hermano Caine.

-Porque Shelby aún no lo sabe -contestó Alan con tono tranquilo-. Pensé que sería más prudente decírselo primero.

-Mmmm. No me parece que sea una mujer del tipo pasivo, a la que tengan que decirle las cosas.

-Muy observador -le comentó Alan a Justin-. Pero ya se lo he pedido. Antes o después podría yermme obligado a cambiar de táctica.

-¿Te respondió que no? -inquirió Caine, frunciendo el ceño.

-Dios mío, hay veces que te pareces terriblemente a Daniel. Shelby no me dijo que no... ni tampoco que sí. Su padre era el senador Robert Campbell.

-Robert Campbell -repitió Caine en voz baja-. Oh, entiendo. Supongo que habrá tenido una vivencia muy negativa de tu profesión. Su padre estaba haciendo campaña en las primarias cuando lo asesinaron, ¿verdad?

-Así es -Alan leyó la tácita pregunta en los ojos de su hermano-. Y sí, yo también quiero presentarme a las elecciones cuando llegue el momento -se daba cuenta de que era la primera vez que había dicho eso en voz alta. Ocho años no era demasiado tiempo para prepararse para un camino tan largo y duro-. Eso es otra cosa que tendremos que tratar Shelby y yo -añadió, suspirando.

-Tú naciste para eso, Alan -declaró Justin, rotundo-. No es algo a lo que puedas renunciar.

-No, pero la necesito. Y si tuviera que elegir...

-Elegirías a Shelby -terminó Caine, comprendiendo perfectamente lo que significaba encontrar a la mujer, al amor de su vida-. Pero lo que me pregunto es si cualquiera de los dos podrá vivir con una decisión como esa a cuestas.

Alan permaneció pensativo por un momento, y luego volvió a cerrar los ojos.

-No lo sé -una elección así, tanto una como la otra, lo partiría irremisiblemente en dos.

El miércoles de la semana siguiente, Shelby recibió su primera llamada telefónica de Daniel MacGregor. Sosteniendo el cuenco de agua de Tía Emma en una mano, descolgó el auricular con la otra.

-¿Shelby Campbell?

-Sí -esbozó una sonrisa-. Hola, Daniel.

-¿Has cerrado la tienda por hoy?

-Los miércoles suelo trabajar en el taller -le dijo mientras cambiaba el cuenco de la lora-. Pero sí, por hoy ya he cerrado. ¿Qué tal estás?

-Bien, bien, chica. Creo que le echaré un vistazo a esa tienda tuya la próxima vez que vaya a Washington.

-Estupendo -se sentó en el brazo del sillón-. Y supongo que me comprarás algo.

-Tal vez -rió Daniel-, si con las manos eres tan hábil como con la lengua. Mira, la familia MacGregor pretende pasar el fin de semana del Cuatro de julio en el Comanche de Atlantic City -le informó bruscamente-. Y yo, personalmente, había pensado en invitarte.

El Cuatro de Julio, pensó Shelby. Fuegos artificiales, perritos calientes y cerveza. Faltaba ya menos de un mes... ¿cómo había podido pasar tan rápido el tiempo? Quería imaginarse a sí misma en la playa con Alan, contemplando el espectáculo de colores en el cielo. Aun así... su futuro, el de ambos, era algo que aún no podía ver.

-Te lo agradezco, Daniel... De verdad que me gustaría ir -se dijo que era sincera. Que al final fuera o no, eso era otra cuestión.

-Eres la mujer adecuada para mi hijo -afirmó Daniel después de haber percibido su breve vacilación. Jamás imaginé que algún día podría decir eso de una Campbell, pero es la verdad. Eres una chica brillante y fuerte. Y sabes reírte de las cosas. Llevas buena sangre escocesa en tus venas, Shelby Campbell. Espero verla en mis nietos.

Con los ojos llenos de lágrimas, Shelby forzó una carcajada.

-Eres un intrigante, Daniel MacGregor.

-Ya lo sé. Bueno, ya nos veremos en Atlantic City.

-Adiós, Daniel.

Cuando colgó, Shelby cerró los ojos con fuerza. No iba a ponerse a llorar en ese momento. Desde la primera mañana que se había despertado en los brazos de Alan, siempre había sabido que solo estaba posponiendo lo inevitable. ¿Adecuada para él? Daniel le había dicho eso, pero quizá solo podía ver la superficie de los hechos. No sabía qué era lo que la retenía por dentro. Ni siquiera Alan alcanzaba a

adivinar lo profundo que tenía arraigado aquel miedo, tan presente y vivo después de todos los años transcurridos.

Si se dejaba llevar, todavía podía escuchar aquellas tres rápidas explosiones: los tres tiros que acabaron con la vida de su padre. Y podía ver también el espasmo de sorpresa de su cuerpo, la manera en que cayó al suelo, desmadejado, casi a sus pies. La gente gritando, corriendo, llorando. La sangre de su padre en la falda de su vestido. Alguien que la echó a un lado para llegar hasta él. Y Shelby se había quedado sentada en el suelo, sola. Todo ello no habría durado más de treinta segundos, pero había sido toda una vida.

No había necesitado que le dijeran que su padre había muerto, ya que había sentido cómo la vida escapaba de su ser. Y del suyo propio.

Llamaron a la puerta. Tenía que ser Alan. Shelby dedicó un minuto entero a asegurarse de que las lágrimas estaban bajo control. Hasta que, aspirando profundamente, fue a abrir.

-Hola, MacGregor. Vaya, veo que no traes comida -comentó, arqueando una ceja-. Qué mal.

-Pensé que esto podría ser mejor -repuso Alan mientras le entregaba una rosa roja, con un tono idéntico al de su pelo.

Un regalo tradicional, pensó Shelby intentando reaccionar con naturalidad, incluso con indiferencia. Pero nada de lo que él le ofreciera podría resultarle nunca indiferente. En el momento de aceptar la rosa, comprendió que se trataba de todo un símbolo. Un hombre serio y tradicional le estaba regalando una parte muy seria de sí mismo.

-Se supone que una sola rosa es mucho más romántica que un ramo -pronunció, esforzándose por no llorar-. Gracias -le echó los brazos al cuello besándolo con una pasión casi desesperada, que no podía contrastar más con la ternura con que Alan le acariciaba el cabello-. Te amo -susurró, enterrando el rostro en su hombro hasta que estuvo segura de que las lágrimas se le habían secado.

Alan le puso un dedo bajo la barbilla para alzarle la cabeza, observándola con detenimiento.

-¿Qué es lo que pasa, Shelby?

-Nada -respondió con sospechoso apresuramiento-. Es solo que me pongo sentimental cuando alguien me regala algo -vio que la tranquila intensidad de la mirada de Alan no había desaparecido, así como tampoco el doloroso nudo de emoción que sentía por dentro-. Hazme el amor, Alan -apretó la mejilla contra la suya-. Vamos ahora mismo a la cama.

La deseaba. Shelby era capaz de despertar su deseo con una simple mirada, pero Alan sabía que no era esa la respuesta que necesitaba ninguno de los dos.

-Sentémonos. Es hora de que hablemos.

-Yo...

-Shelby -la tomó de los hombros-. Ya es hora.

Tuvo que reconocer que tenía razón. Ya le había hecho esperar bastante, y siempre había sabido que, tarde o temprano, se cansaría. Asintiendo con la cabeza, se acercó al sofá.

-¿Quieres tomar una copa?

-No -con una mano sobre su hombro, la hizo sentarse y se sentó a su lado-. Te amo -afirmó con sencillez-. Sabes que te amo y que quiero casarme contigo. No hace mucho que nos, conocemos - continuó mientras Shelby guardaba silencio-. Si fueras una mujer distinta, tal vez podría convencerme de que necesitas tiempo para estar segura de tus sentimientos por mí. Pero tú no eres una mujer distinta.

-Sabes que yo te amo, Alan -lo interrumpió-. Pero tú eres una persona lógica, y yo...

-Shelby, sé que tienes un problema con mi profesión. Lo comprendo, quizá no del todo, pero lo comprendo. Tenemos que trabajar a partir de ese hecho -al tomarle las manos, percibió su tensión-. Lo superaremos, Shelby. De la manera que sea, pero lo superaremos.

Shelby no hablaba, sino que se lo quedó mirando fijamente como si ya supiera lo que iba a decirle a continuación.

-Es hora de que te diga que algunos miembros principales de mi partido han hablado conmigo y que estoy pensando seriamente en aspirar a la presidencia. El proceso durará casi una década, pero la carrera puede empezar pronto.

Shelby lo había sabido. Siempre lo había sabido, pero el hecho de escucharlo de sus labios hizo que los músculos del estómago se le contrajeran como un puño. Sintiendo una opresión cada vez mayor en los pulmones, dejó escapar un profundo suspiro.

-Si me estás pidiendo mi opinión -logró articular con tono tranquilo-, no deberías pensártelo: deberías hacerlo. Es algo que siempre has deseado, Alan. Has nacido para ello -aquellas palabras, incluso mientras las pronunciaba, la estaban desgarrando por dentro-. No es una simple cuestión de ambición o de poder. También estarán las dificultades, la tensión, la insoportable responsabilidad... se levantó del sofá, segura de que si continuaba sentada un segundo más, estallaría de emoción-. Se trata del destino. Eso es lo que el destino ha decretado para ti.

-Quizás -la observó pasear de un lado a otro del salón-. Eres consciente de que es algo más que simplemente escribir mi nombre en una papeleta. Cuando llegue el momento, todo esto significará una larga y dura campaña electoral. Te necesito a mi lado, Shelby.

Shelby se detuvo de pronto, de espaldas a él, y cerró los ojos con fuerza. Luchando por mantener la compostura, se volvió de repente.

-No puedo casarme contigo.

Algo fulguró en los ojos de Alan. Si fue furia o dolor, Shelby no lo supo, pero cuando habló lo hizo con voz clara y tranquila:

-¿Por qué?

La garganta se le había quedado tan seca que ni siquiera estaba segura de poder responderle.. Con un esfuerzo, tragó saliva.

-Tú eres un apasionado de la lógica, así que utilízala. Yo no soy una buena anfitriona de la política; no soy diplomática, ni se me da bien organizar nada. Y eso es lo que tú necesitas.

-Yo quiero una esposa -replicó Alan-. No una ayudante.

-Maldita sea, Alan. Yo no te sería de ninguna utilidad. Peor que eso -con un gemido frustrado, continuó paseando por la habitación-. Si intentara encajar en el molde, me volvería loca. ¿Cómo podría ser una Primera Dama si ni siquiera soy lo que se dice una dama? -le espetó-. Y, diablos, tú ganarás. Me encontraría encerrada en la Casa Blanca y maniatada por las normas de la elegancia y el protocolo.

-¿Me estás diciendo que te casarías conmigo si decidiera no aspirar a la presidencia?

Shelby se giró en redondo, con un brillo de desesperación en los ojos.

-No me hagas esto. Me odiarías... yo me odiaría a mí misma. No se trata de elegir entre lo que tú eres y yo, Alan.

-Claro que sí -la desafió. De repente, la furia que había estado conteniendo estalló en libertad. Claro que se trata de elegir -se levantó del sofá para agarrarla de los brazos-. ¿Crees que puedes expulsarme así sin más de tu vida con un simple «no», y eso sabiendo que me amas? ¿De qué pasta te crees que estoy hecho?

-No puedo hacer nada más -objetó, apasionada-. Yo no te convendría, Alan; tienes que darte cuenta de eso.

-No me mientas ni te refugies en excusas. Si vas a darme la espalda, hazlo con la verdad en la boca.

Shelby ya no podía más; se habría caído al suelo si él no la hubiera estado sujetando.

-No puedo soportarlo -lágrimas de dolor le corrían por el rostro-. No podría volver a pasar por todo eso, Alan. No podría soportar volver a esperar que un día alguien... -estalló en sollozos-. Oh, Dios, por favor, no... Yo no quería amarte así; no quería que tú me importaras tanto que pudiera perderlo todo otra vez. Ya lo estoy viendo: toda la gente apretujándose, todas esas caras, y el ruido... Una vez vi a alguien que amaba morir delante de mis ojos, y eso no puedo soportarlo de nuevo. ¡No puedo, no puedo!

Alan la estrechó entre sus brazos, desesperado por consolarla, por tranquilizarla. ¿Qué palabras podría utilizar para luchar contra un miedo y un dolor tan inmensos? Allí no había lugar alguno para la lógica, el análisis o el raciocinio. Si era la intensidad de su propio amor lo que nutría su miedo... ¿cómo podría pedirle que cambiara?

-Shelby, no. No aspiraré a...

-¡No! -lo interrumpió, liberándose-. No lo digas. ¡No lo digas! Por favor, Alan, ya no puedo más. Tienes que ser lo que eres, y yo también. Si intentáramos cambiar, ya no seríamos las mismas personas que un día se enamoraron.

-No te estoy pidiendo que cambies -repuso

Alan, sintiendo que su paciencia se estaba agotando de nuevo-. Solo te estoy pidiendo que tengas fe en mí.

-Me pides demasiado! Por favor, por favor, déjame sola -y antes de que él pudiera decir algo, corrió a encerrarse en su dormitorio.

Maine estaba precioso en junio: verde y exuberante. Shelby conducía por la carretera de la costa, con la mente en blanco. A través de las ventanillas abiertas podía oír el estruendo del agua estrellándose contra las rocas. Pasión, furia, dolor: todo eso expresaba aquel sonido. Lo mismo que estaba sintiendo ella.

De cuando en cuando veía lechos de flores silvestres junto a la carretera, pequeños capullos capaces de resistir el azote del viento y de la sal. El terreno era eminentemente rocoso, erosionado por la eterna batida de las olas que se divisaban cerca. El aire era fresco y limpio. El verano, que en Washington había sucedido tan rápido a la primavera, estaba tardando en llegar a aquella comarca del norte. Y Shelby necesitaba aferrarse a la primavera.

Distinguió el faro al final de un pequeño cabo que se adentraba arrogante en el mar, y se obligó a relajarse. Quizás pudiera encontrar allí la misma tranquilidad de espíritu que su hermano tanto se había empeñado en conseguir.

Estaba amaneciendo. Cuando aterrizó su avión, todavía era de noche. Podía ver levantarse el sol, tiñendo de colores el mar mientras las gaviotas sobrevolaban las rocas, la arena, el agua, emitiendo su triste y solitario grito. Shelby sacudió la cabeza. No, no pensaría en la tristeza, ni en la soledad. No pensaría en nada.

La playa estaba desierta y soplaba una ligera brisa cuando bajó del coche. El faro se destacaba como una torre redonda y blanca, solitaria y desafiante frente a los elementos. Quizá estuviera algo vieja y deteriorada, pero aún conservaba un extraño poder que tenía algo de irreal. A Shelby le pareció un buen lugar para refugiarse de una tormenta.

Sacó su bolsa de viaje del maletero y se acercó a la puerta del faro. Sabía que estaría cerrada. Golpeó la puerta de madera con el puño, preguntándose cuánto tiempo tardaría Grant en ignorar sus llamadas hasta que se decidiera a contestar. La oiría, de eso estaba segura, porque Grant lo oía todo. Al igual que lo veía todo. El hecho de que se hubiera aislado del resto de la humanidad no había podido cambiar eso.

Shelby llamó de nuevo mientras contemplaba la salida del sol. Transcurrieron más de cinco minutos antes de que se abriera la puerta.

Por enésima vez pensó en lo mucho que su hermano se parecía a su padre: moreno, de mirada inteligente, rasgos duros. Sus ojos, de un color verde profundo, estaban todavía nublados por el sueño. Estaba despeinado. Llevaba el pelo demasiado largo, necesitado de un buen corte.

Grant la miró con el ceño fruncido, pasándose una mano por la barbilla sin afeitar.

-¿Qué diablos estás haciendo aquí?

-Las típicas palabras de bienvenida de Grant Campbell -se alzó de puntillas para darle un beso.

-¿Qué hora es?

-Temprano.

Maldiciendo entre dientes, se echó a un lado para dejarla pasar. Por un instante se apoyó en la puerta, desorientado, con los pulgares en las trabillas de sus vaqueros cortos, única prenda de ropa que llevaba. Luego la siguió por la empinada escalera de madera, a donde tenía su vivienda.

Una vez arriba tomó a su hermana de los hombros y la observó detenidamente, con una intensidad a la que ella nunca había llegado a acostumbrarse. Shelby soportó estoica su escrutinio, con una media sonrisa en los labios y unas profundas ojeras que no podían pasarle desapercibidas.

-¿Qué pasa? ¿Qué es lo que anda mal? -le preguntó Grant con tono brusco.

-¿Mal? -se encogió de hombros mientras dejaba su bolsa de viaje sobre una silla-. ¿Por qué tiene que ir algo mal para que te haga una visita? -se volvió para mirarlo, advirtiéndole que no había engordado nada. Seguía tan delgado y enjuto como siempre, pero aun así, como la casa en la que vivía, parecía proyectar una fuerza primaria, básica. Una fuerza de la que Shelby estaba muy necesitada-. ¿No vas a preparar el café?

-Sí -Grant atravesó el salón para pasar a la cocina, limpia y bien organizada-. ¿Quieres desayunar?

-Siempre.

Soltando lo que podría haber sido una breve carcajada, sacó unas lonchas de beicon de la nevera.

-Estás muy flacucha, hermanita.

-Tú tampoco estás precisamente muy gordo.

-¿Qué tal está mamá?

-Estupendamente. Creo que va a casarse con el francés.

-Dilleneau, el de las orejas grandes y mente cautelosa y reservada.

-El mismo -Shelby se dejó caer en una silla, ante la redonda mesa de roble, mientras su hermano freía el beicon-. ¿Vas a inmortalizarlo en alguno de tus libros?

-Depende -le lanzó una maliciosa sonrisa-. Supongo que mamá no se sorprendería de encontrarlo en un texto mío.

-Más que sorprendida, se sentiría encantada... -se interrumpió, encogiéndose de hombros-. ¿Sabes? Le gustaría que alguna vez le hicieras una visita.

-Quizá -Grant sirvió el plato de beicon en la mesa.

Shelby se levantó para buscar platos y tazas mientras su hermano cascaba varios huevos en una sartén.

-Yo los prefiero revueltos. ¿Vienen muchos turistas por aquí en esta época?

-No.

El monosílabo sonó tan rotundo y definitivo que a punto estuvo Shelby de echarse a reír.

-Siempre siembras tu terreno de minas y alambre de espino. Me sorprende que un hombre como tú, que conoce tan bien a la gente, la odie tanto.

-Yo no odio a la gente -dejó el plato de los huevos en la mesa-. Lo que pasa es que no la quiero cerca -sin ceremonia previa alguna, se sentó y empezó a servirse. Comió. Y su hermana fingió que comía-. ¿Qué tal tus compañeros de casa?

-Viven en un período de coexistencia pacífica -respondió-. Kyle se está ocupando de ellos durante mi ausencia.

Grant la miró por encima del borde de su tazón de café.

-¿Cuánto tiempo vas a quedarte?

En esa ocasión Shelby no pudo reprimirse y soltó una carcajada. -

-Tú siempre tan gentil. Unos cuantos días... no pasará de una semana. No, por favor -extendió una mano, con la palma levantada-. No me supliques que amplíe mi visita. No puedo quedarme más tiempo - en el fondo sabía que, a pesar de sus juramentos, le abriría su casa durante todo el tiempo que fuera necesario.

Grant terminó de comerse el último huevo.

-De acuerdo, así podrás ir al pueblo a buscar provisiones mientras estés aquí.

-Siempre a tus disposición -musitó Shelby-. ¿Cómo te las arreglas para recibir en un lugar tan aislado los principales diarios del país?

-Pagando -respondió lacónico-. Piensan que soy un tipo raro.

-Eres raro.

-Pues eso. Y ahora... -apartó a un lado su plato y apoyó los codos sobre la mesa-. ¿Por qué has venido, Shelby?

-Solo quería desconectar durante unos días -empezó a explicarle, solo para ser interrumpida por un nuevo juramento. Pero en lugar de replicar con una broma o con una exclamación de parecido jaez, bajó la mirada a su plato y susurró:- Tenía que hacerlo. Grant, mi vida es un desastre.

-¿Y cuál no lo es? -inquirió, pero en seguida deslizó un dedo bajo su barbilla para obligarla a alzar la cabeza-. No hagas eso, Shelby -murmuró al ver que le brillaban los ojos-. Aspira profundamente y háblame de ello.

Shelby soltó un profundo y tembloroso suspiro, luchando por controlar las lágrimas.

-Estoy enamorada y no debería estarlo, y él quiere casarse conmigo y yo no.

-Ah, ya. Alan MacGregor -cuando su hermana lo miró asombrada, negó con la cabeza-. No, no me lo ha contado nadie. Te he visto con él en los periódicos al menos una docena de veces durante el último mes.

-Es una gran persona -afirmó Shelby-. Un hombre ilustre, quizá. Una personalidad.

-¿Y entonces? ¿Cuál es el problema?

-Que yo no quiero amar a una personalidad -le confesó, alterada-. No quiero casarme con una.

Grant se levantó para tomar la cafetera y volver a llenar las tazas. Luego se sentó, acercándole la leche a Shelby.

-¿Por qué?

-No quiero volver a pasar por aquello, Grant.

-¿A qué te refieres?

-Maldito seas, no te hagas el tonto -lo fulminó con la mirada.

Tranquilamente Grant tomó un sorbo de café, satisfecho de su reacción.

-He oído rumores de que, más tarde o más temprano, el senador podría aspirar a la presidencia. Quizá más temprano de lo esperado.

-Pues has oído bien, como siempre.

-No te gustaría lucir uno de tus maravillosos vestidos en el Smithsonian, Shelby?

-Siempre has tenido un sentido del humor muy extraño, Grant. Un humor más bien negro.

-Gracias.

Disgustada, retiró a un lado su plato.

-No quiero estar enamorada de un senador.

-¿Lo estás? ¿O es de un hombre de quien estás enamorada?

-¡Es lo mismo!

-No, no lo es. Tú, mejor que nadie, deberías saberlo.

-No puedo arriesgarme! -exclamó Shelby con vehemencia-. Simplemente no puedo. Ganará, Grant, si es que vive lo suficiente. No puedo soportar eso... las posibilidades...

-Tú y tus posibilidades -le espetó. El recuerdo le dolía, pero lo eludió-. De acuerdo, consideremos algunas. La primera: ¿lo amas?

-Sí, sí, lo amo. Maldita sea, ya te he dicho que sí.

-¿Cuánto significa para ti?

Shelby se pasó ambas manos por el pelo.

-Todo.

-Entonces, si aspira a la presidencia y algo le sucede... -se interrumpió al ver que se quedaba pálida-. ¿Sufrirás menos llevando en tu dedo un anillo de matrimonio que no llevándolo?

-No -se llevó una mano a la boca-. No lo hagas, Grant.

-Tienes que vivir con eso -pronunció con voz áspera-. Ambos tenemos que vivir con eso, cargándolo a nuestras espaldas. Yo también estaba allí, y no he olvidado nada. ¿Vas a cerrarte a la vida por algo que sucedió hace quince años?

-¿Y tú?

Aquel era un golpe demasiado directo, pero no lo reconoció abiertamente.

-No estamos hablando de mí. Consideremos otra de tus posibilidades, Shelby. Supongamos que te ama lo suficiente como para renunciar a su carrera por ti.

-Me despreciaría a mí misma.

-Exacto. Y ahora, la última. Supongamos... -por primera vez, le tomó la mano y entrelazó los dedos con los suyos... que se presenta a las elecciones, las gana y alcanza una venerable edad escribiendo memorias, o viajando por todo el mundo como diplomático o jugando al parchís en el soleado porche de su casa. Imagínatelo viviendo cincuenta años sin ti. No te sentirías nada bien, ¿verdad?

-Tienes razón -suspiró-, pero...

-Nada de «peros» -la interrumpió-. Por supuesto, existen varios millones más de posibilidades diferentes. Le puede atropellar un coche al cruzar una calle..., o a ti también. Puede perder las elecciones y hacerse misionero, o incluso presentador de los informativos de las seis.

-De acuerdo -Shelby apoyó la frente en sus manos entrelazadas-. Nadie como tú para hacerme sentir como una estúpida.

-Es uno de mis talentos menores. Escucha: date un paseo por la playa y despéjate la cabeza. Cuando vuelvas, come algo y después échate a dormir durante doce horas seguidas, porque estás hecha una pena. Luego... esperó a que ella levantara la cabeza para sonreírle-... vete a casa. Tengo trabajo.

-Eres un asqueroso, pero te quiero.

-Ya -esbozó una de sus fugaces sonrisas-. Yo también.

Alan sabía que su casa estaba demasiado vacía y solitaria, pero no quería ir a ninguna otra parte. Se había obligado a concederle a Shelby un día entero, y casi se volvió loco cuando el viernes descubrió que había desaparecido. Veinticuatro horas después, todavía seguía intentando razonar consigo mismo. Shelby tenía derecho a irse cuándo y a dónde quisiera, sin darle explicaciones. Si había decidido salir unos días, él no tenía derecho a enfadarse, y menos aún a preocuparse. Se levantó de su escritorio y empezó a pasear por el despacho, nervioso. ¿Dónde podría estar? ¿Cuánto tiempo pensaba estar fuera? ¿Por qué no lo había avisado? Frustrado, hundió las manos en los bolsillos. Siempre había sido capaz de encontrar la manera de resolver cualquier problema. Si no le funcionaba una solución, probaba con otra, hasta que encontraba alguna viable. Solo era una cuestión de tiempo y de paciencia. Pero ya no tenía más paciencia. Estaba sufriendo como nunca había creído que podría sufrir. Cuando la encontrara, la... «¿Qué?», se preguntó. ¿Le gritaría, suplicaría, rogaría? ¿Qué más le quedaba por hacer? Sin Shelby, siempre estaría incompleto. Le había arrebatado algo de su propio ser, pensó furioso. No: él se lo había entregado voluntariamente, aunque ella se había mostrado reacia a aceptar el amor que le había ofrecido. Y ya no podía recuperarlo, incluso aunque desapareciera completamente de su vida. Y era capaz de ello, reflexionó con una súbita punzada de pánico. Shelby podía hacer las maletas y desaparecer sin dejar un solo rastro detrás. ¡Vaya si podía! Miró por enésima vez el teléfono, frunciendo el ceño. La encontraría.

Primero la encontraría. Luego resolvería sus problemas con ella, de una forma o de otra. Empezaría por llamar a su madre, y luego hablaría con todos y cada uno de sus amigos y amigas. Ya había descolgado el teléfono cuando soltó una amarga carcajada. Tratándose de Shelby, tendría que estar toda la semana pegado al teléfono. Antes de que pudiera marcar, sonó el timbre de la puerta. Alan lo dejó sonar tres veces hasta que recordó que McGee estaba de viaje en Escocia. Jurando entre dientes, colgó el auricular y fue a abrir. El mensajero le sonrió.

-Un envío para usted, senador -anunció con tono alegre mientras le entregaba una bolsa de plástico transparente. Sin dejar de mirar la bolsa que sostenía en la mano, Alan cerró la puerta. Estaba llena de agua, y en ella se debatía frenéticamente una carpa de color naranja brillante. Entró lentamente en el salón, estudiando con expresión recelosa aquel regalo. ¿Qué se suponía que iba a hacer con eso? Algo molesto por aquella interrupción, sacó una gran copa y vertió el contenido de la bolsa. Solo entonces leyó la tarjeta que llevaba atada. Senador: Si tú puedes vivir en una pecera, a la vista de todos, yo también.

Después de leer tres veces aquella frase. Alan cerró los ojos. Había regresado. Dejó caer la tarjeta mientras se volvía hacia la puerta. Sonó el timbre cuando ya la estaba abriendo.

-Hola -sonrió Shelby-. ¿Puedo entrar?

Ansiaba abrazarla, estrecharla entre sus brazos, retenerla para estar seguro de que no volvía a escapar. Pero sabía que no era esa la manera de conservarla a su lado.

-Claro -se echó a un lado para dejarla pasar-. Has estado fuera.

-Oh, solo ha sido un rápido peregrinaje -hundió las manos en los anchos bolsillos del peto vaquero que llevaba. Advirtió que parecía cansado, como si apenas hubiera dormido. Ardía en deseos de acariciarle la cara, pero se contuvo.

-Entra y siéntate -la llevó al salón-. McGee está fuera. Puedo hacer un café.

-Oh, yo no quiero -Shelby paseó por la habitación. ¿Por dónde empezar? ¿Qué iba a decirle? Todos los discursos razonados o apasionados que había elaborado mentalmente parecían abandonarla. Vio que Alan había colocado la crátera que ella le había regalado cerca de la ventana, para que recogiera la luz del sol. La miró fijamente-. Supongo que debiera empezar pidiéndote disculpas por... mi comportamiento del otro día.

-¿Por qué habrías de pedirme disculpas?

-Porque odio llorar. Habría preferido jurar, o darle una patada a algo -se sentía terriblemente nerviosa por dentro; eso era algo que no había esperado, y que la firme y tranquila expresión de Alan tampoco contribuía a aliviar -. Estás enfadado conmigo.

-No.

-Lo estabas -siguió paseando inquieta por la habitación-. Tenías todo el derecho a estarlo, yo... -se interrumpió al descubrir a la carpa nadando en círculos en el interior de la gran copa-. Vaya, ya ha vuelto a la vida -comentó, riendo-. Aunque no creo que sea muy consciente de ello. Alan -en esa ocasión, cuando se volvió para mirarlo, una expresión inquisitiva, vulnerable y desesperada apareció en sus ojos- ¿Sigues queriéndome? ¿Lo he estropeado todo?

Alan se dijo que en aquel preciso momento habría podido lanzarse a sus brazos, aceptarla según sus propios términos, o los suyos, los que fuera. Pero quería más. Mucho más.

-¿Por qué has cambiado de idea?

Shelby fue hacia él y le tomó las manos.

-¿Importa eso?

-Sí, importa -Alan le soltó las manos, pero solo para enmarcarle el rostro con las suyas. Sus ojos tenían aquella mirada solemne y profunda que aún era capaz de derretirla por dentro-. Tengo que asegurarme de que serás feliz, de que tendrás lo que quieres, de que podrás vivir con eso. Tengo que saberlo.

-De acuerdo -Shelby alzó las manos hasta sus muñecas, reteniéndoselas por un instante antes de apartarse-. He analizado las diferentes posibilidades que existen -comenzó-. No me gustaron todas, pero la que más odio es la de pasarme toda la vida sin ti. No vas a jugar al parchís sin mí, MacGregor.

-¿No? -arqueó las cejas.

-No -rió de nuevo, todavía insegura-. Cásate conmigo, Alan. No siempre estaré de acuerdo contigo, pero intentaré tener algo de tacto... a veces. No encabezaré ningún comité, y solo iré a las cenas y galas si no tengo más remedio: mi propio trabajo me servirá de disculpa para eso. Tampoco organizaré fiestas de tipo convencional, sino interesantes y divertidas, en todo caso. Alan no había creído posible que pudiera amarla más de lo que ya la amaba. Se equivocaba.

-Shelby, escucha, podría volver a la abogacía, abrir un bufete aquí, en Georgetown, y...

-No! ¡No, maldita sea, no vas a volver a la abogacía, ni por mí ni por nadie! Estaba en un error. Amaba a mi padre, lo adoraba, pero no puedo consentir que lo que le pasó a él domine el resto de mi vida..., o de la tuya -se detuvo, necesitada de controlar su voz para tranquilizarse de nuevo-. No estoy cambiando por ti, Alan. No puedo. Pero puedo hacer lo que tú me pediste y tengo fe en ti -sacudió la cabeza antes de que él pudiera hablar-. No voy a fingir que no me sentiré aterrada, o que no habrá aspectos de la vida que llevemos que odie profundamente. Pero me sentiré orgullosa de lo que hagas -ya más tranquila, añadió-. Estoy orgullosa de ti. Y si todavía sigo teniendo algún dragón contra el que luchar, Alan, lo haré.

-¿Conmigo? -se acercó para abrazarla.

-Siempre -suspiró, aliviada.

En aquel preciso instante Alan la besó en los labios con un ansia solo comparable a la suya. Con la sensación de que habían pasado años y no días, desde la última vez que la había besado, lo urgió a tumbarse en la alfombra, a su lado.

A ninguno de los dos le quedaba paciencia alguna: solo deseo y necesidad. Alan juraba entre dientes, luchando con los broches y cremalleras de su peto vaquero hasta que Shelby, riendo, se colocó encima de él y empezó a deslizar los labios por su pecho desnudo.

Cuando al fin ambos quedaron libres de la barrera de la ropa, Alan pudo devorarla a placer. En el silencio reinante, solo se oían gemidos y murmullos sin aliento. Una vez más enterró la cara en su melena para absorber su fragancia, para dejarse absorber por ella, mientras Shelby lo guiaba hacia su interior.

A partir de entonces no existió más que el inefable, desesperado gozo de la fusión de sus cuerpos.

Ya estaba muy avanzada la tarde cuando Shelby empezó a desperezarse. Yacían en el sofá abrazados, desnudos, adormilados. Sobre la mesa más cercana había una botella de vino, a su alcance.

Al abrir los ojos vio que Alan seguía durmiendo; su rostro relajado, su respiración regular. Otra vez volvía a sentir Shelby aquella satisfacción. La sencilla e íntima satisfacción que experimentaba cada vez que se refugiaba en sus brazos.

Alzando la cabeza, siguió observándolo hasta que él también se despertó. Con una sonrisa, se inclinó para acariciarle los labios con los suyos.

-No puedo recordar haber pasado un sábado tan... agradable -comentó, suspirando.

-Dado que no tengo intención de moverme durante al menos veinticuatro horas, creo que la expresión podría resultar extensible al domingo también.

-Creo que me va a encantar. No me gusta ser insistente, senador, pero... ¿cuándo vas a casarte conmigo?

-Había pensado en septiembre, en Hyannis Port.

-La fortaleza de los MacGregor. Pero hasta que llegue septiembre todavía quedan dos meses y medio.

-Hasta entonces tú y tus compañeros de casa podréis trasladaros aquí, o podríamos incluso empezar a buscar otra casa. ¿Te gustaría pasar la luna de miel en Escocia?

-Sí -se acurrucó en su regazo-. Por cierto... -pronunció lentamente mientras deslizaba las manos hasta su cintura..., quería decirte que estoy plenamente a favor de una de tus políticas domésticas, senador.

-¿Ah, sí?

-Tienes... -capturó su labio inferior con los dientes... todo mi apoyo. Y me estaba preguntando si podrías... mostrarme una vez más ese trámite que se te da tan bien.

-Ya sabes que considero un deber cívico satisfacer los deseos de mis conciudadanos...